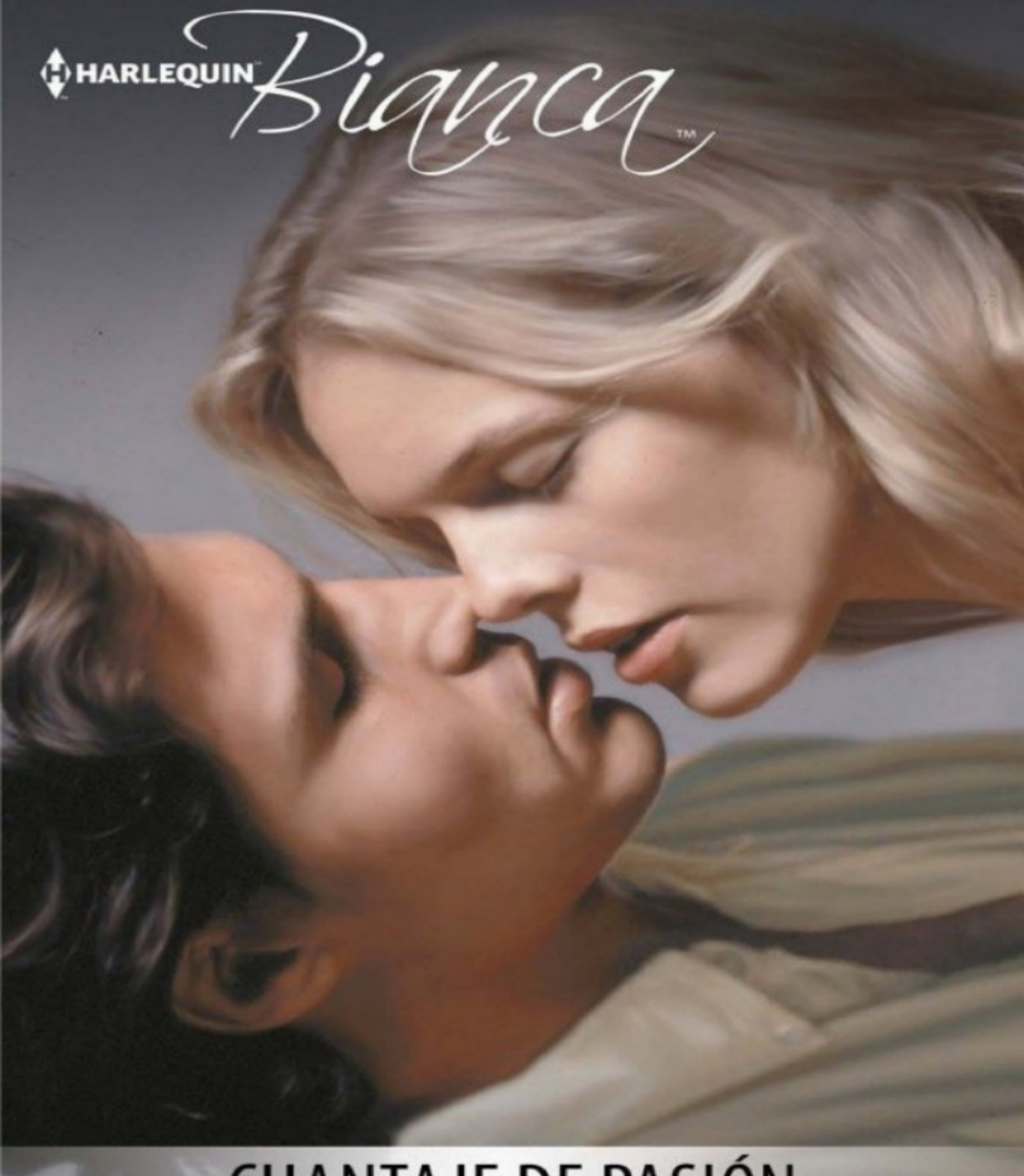

HARLEQUIN
Bianca
CHANTAJE DE PASIÓN
KATHRYN ROSS



CHANTAJE DE PASIÓN

KATHRYN ROSS





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Chantaje de pasión, n.º 1433 - octubre 2017
Título original: Blackmailed by the Boss
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-463-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

NO HABÍA ninguna excusa para ello y probablemente era una de las cosas más estúpidas que había hecho en toda su vida, aparte de la relación que había mantenido con David. Pero aquello era incomprensible.

Giró la cabeza sobre la almohada y miró hacia el otro lado de la cama. La noche anterior habían dejado la lamparilla de noche encendida, de manera que pudo verlo con claridad; no había sido un sueño, aún seguía allí, durmiendo profundamente y Charlotte sintió que el pánico se apoderaba de ella.

Jordan era el socio de su padre y por lo tanto, su jefe. ¿Cómo había permitido que aquello ocurriese?

Estudió sus facciones; dormido parecía diferente, menos atractivo… y más vulnerable. Era un pensamiento absurdo; Jordan Lynch no era nada vulnerable, era un hombre de negocios duro y dinámico y ante el cual las mujeres más guapas parecían caer rendidas. Charlotte las había visto ir y venir y se había jurado a sí misma que nunca sería una de sus conquistas. ¿Entonces, qué había ocurrido? Desde luego no podía echarle la culpa a la bebida ya que dos vasos de gaseosa no alteraban los sentidos.

Recordó el día anterior, cuando sus ojos se encontraron con los de él a través del panel de cristal que separaba sus despachos. Recordó haber pensado que tenía unos ojos increíblemente seductores, para después apartar inmediatamente la mirada. Pero aquello no era tan extraño; ella era una mujer con sangre en las venas y a menudo había mirado a Jordan, admirando su perfecta masculinidad. Pero aquello no significaba nada, era un pensamiento pasajero que probablemente cruzaba la cabeza de todas las mujeres que lo veían. Había vuelto a su trabajo, recordándose que aunque él fuera un hombre soltero de treinta y ocho años, rico y atractivo, su actual novia era una sensual modelo sudamericana de veintitrés años. Además, no era su tipo; exhibía una arrogante seguridad en sí mismo. De hecho, Charlotte había disfrutado simulando no fijarse en él, actuando de manera desdeñosa mientras todo el mundo lo adulaba.

Cuando su padre lo tomó como socio el año anterior, ella no había estado completamente de acuerdo. Durante los últimos cinco años les había ido bien, pero de repente había llegado él con aquellas ideas modernas y actitud altiva. Los primeros dos meses el ambiente entre ellos había sido frío, pero poco a poco se había ido relajando. Para ser sincera, a Charlotte no le había quedado más remedio que llevarse bien con él porque su padre a penas estaba allí

últimamente y Jordan era quien dirigía la empresa.

Entonces fue cuando sonó el teléfono…

Ella lo había ignorado pensando que Frank, su ayudante, contestaría. Pero había continuado sonando hasta que, desesperada, Charlotte contestó:

–Charlotte McCann al habla. ¿En qué puedo ayudarte?

–Hola, Charlie. Soy Melanie. Solo llamaba para saber cómo estás. ¿Lo estás superando?

–¡Ah! Hola, Melanie.

Charlotte sintió que el estómago le daba un vuelco al oír la voz cargada de lástima al otro lado de la línea. Últimamente todo el mundo la hablaba de aquella manera y aunque Charlotte sabía que lo hacían con buena intención, era algo que odiaba.

–Supongo que te has enterado.

–Sí. Erica me lo ha contado. No me lo podía creer; David siempre me había parecido un hombre en quien confiar.

–Ya, claro. Evidentemente las apariencias engañan –dijo Charlotte.

–Lo siento, Charlie. Debes de estar destrozada.

–La verdad es que no. Me siento muy optimista; probablemente sea mejor así –dijo Charlotte mientras garabateaba en un informe que había dejado Frank sobre su mesa–. Hacía tiempo que las cosas habían empezado a enfriarse entre nosotros.

–Aun así, es duro cuando una relación se acaba. Escucha, ¿por qué no vienes mañana a cenar? Van a venir las chicas y nos encantaría verte.

«Para que os lo cuente todo con pelos y señales», dijo Charlotte mentalmente.

Pero a ella no le apetecía; prefería olvidarlo todo.

–Es un poco precipitado, Mel, y estoy bastante ocupada…

–Escucha, te vendría bien. Cindy Smith y Janice Pike estarán aquí, y hace mucho tiempo que no las ves –la interrumpió Melanie con seriedad.

¡Janice Pike! Era la mayor cotilla en Londres. Charlotte tembló al pensar en cómo sería la noche.

–No es eso… –comenzó a decir cuando Jordan entró en el despacho.

Charlotte le indicó que estaría con él en un momento y Jordan se sentó en el borde de la mesa. Tenía un aspecto muy elegante con aquel traje oscuro y la inmaculada camisa blanca.

Charlotte pensó que debería haber tomado aquel gesto como una señal para colgar, pero lo ignoró, diciéndose a sí misma que tenía derecho a charlar unos minutos con una amiga ya que siempre llegaba media hora antes y se marchaba media hora más tarde que

todos los demás empleados.

–¿Entonces qué es? –insistió Mel, que no se daba por vencida con facilidad.

Charlotte inspiró profundamente e improvisó.

–La verdad es que estoy saliendo con alguien y ya sabes cómo son los primeros días, cuando estás empezando a conocerlo…

–¡Ah! –exclamó Melanie sorprendida.

Charlotte se fijó en que incluso Jordan parecía sorprendido ya que enarcó ligeramente sus oscuras cejas.

–¡Eso sí que es rapidez! –dijo Mel arrastrando las palabras–. Desde luego no pierdes el tiempo.

–Bueno, hace ya cuatro semanas y media que David y yo lo dejamos.

En cuanto dijo aquello, Charlotte se dio cuenta de que había sido un error. Si aún contaba los días, ¿no significaba que no lo había superado?

–Voy a tener que dejarte, Mel –continuó Charlotte–. Jordan acaba de entrar en el despacho y no quiero hacerle esperar.

Al menos aquello sí era verdad.

–Lo siento –se disculpó Charlotte tras colgar el auricular–. Ya tengo los datos sobre los últimos diseños y me alegra poder decir que todo marcha perfectamente.

Charlotte repasó los diseños con la mirada al tiempo que hablaba.

–No sabía que estuvieses saliendo con otra persona –dijo Jordan ignorándola y volviendo precisamente al tema que ella quería evitar.

Charlotte dudó y por un momento pensó en la posibilidad de mentirle también a él, pero se encogió de hombros y se dijo que no tenía sentido seguir disimulando.

–No estoy saliendo con nadie –dijo ella sin levantar la vista de los papeles que tenía encima de la mesa–. Quiero hablar contigo sobre el presupuesto del nuevo proyecto…

Pero Jordan no le permitió cambiar de tema.

–¿Entonces por qué le has dicho a esa persona que sí? –insistió él.

–Porque… –comenzó a decir ella al tiempo que se recostaba en la silla y se pasaba la mano por el pelo–. Supongo que no quería que Melanie supiese que lo más emocionante que he hecho últimamente ha sido ver una reposición de *Dallas* y pedir una pizza por teléfono.

La verdad salió sin que ella se diese cuenta y le sorprendió su reacción porque él pareció relajarse ligeramente, como si le pareciese divertido.

–Ya veo.

–No es que no me hayan hecho proposiciones –se apresuró a decir Charlotte, enfadándose consigo misma por haberle confesado aquello–. Pero es que todo esto me ha tenido muy absorta –le explicó, señalando los papeles que tenía delante.

–Sí. Ya sé que has estado trabajando mucho.

Algo en su forma de mirarla le hizo sentir un escalofrío.

–En cualquier caso, sé que estoy a punto de sobrepasar el presupuesto para las cortinas de estos apartamentos.

Charlotte volvió con firmeza a la conversación sobre el trabajo. No era la primera vez que él provocaba aquel efecto en ella, y supuso que no sería la última.

–Pero quiero utilizar la muselina más fina para las ventanas exteriores –continuó ella–. Porque, ¿qué sentido tiene edificar en un lugar con vistas maravillosas y después estropearlas por no vestir bien las ventanas? ¿Puedo gastar un poco más? –añadió y lo miró con sus maravillosos ojos verdes, abiertos de par en par.

–¿Más? –preguntó él–. ¿Es que estás bañando en oro los apartamentos?

–Los apartamentos se venderán gracias a las ventanas –dijo Charlotte con firmeza–. Las mujeres que entren en esos apartamentos se enamorarán a primera vista.

–¿Se trata de eso entonces? ¿Buenos visillos? –preguntó Jordan y después sonrió–. De acuerdo. Tú eres la interiorista; subiré el presupuesto.

–Bien…

–Con una condición –la interrumpió.

–¿Cuál?

–Que cenes conmigo esta noche.

Aquello la tomó por sorpresa. Charlotte lo miró a los ojos, que eran de color avellana, y una alarma se disparó en su cabeza.

–Lo siento, Jordan. No puedo. Tengo demasiadas cosas que hacer.

–Una noche no alterará demasiado tu rutina de trabajo. Además, hay algunas cosas sobre las que creo que deberíamos hablar.

Charlotte no estaba segura de si le estaba pidiendo una cita o si le estaba pidiendo que hablaran de negocios.

Y en aquel momento, echada en la cama de Jordan, aún lo dudaba.

Miró al techo y analizó la invitación; durante el último año habían comido juntos en varias ocasiones, normalmente habían sido comidas de negocios, a veces con su padre y a veces sin él. Pero nunca habían acabado en la cama juntos.

Jordan se movió y se echó de lado, de manera que estaba de cara a ella. Por un momento, Charlotte pensó que se estaba

despertando y sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se quedó quieto y continuó durmiendo.

Se fijó en su oscuro pelo, que contrastaba sobre la blanca almohada; en la sábana, que se había deslizado hacia abajo, dejando a la vista sus hombros y su fuerte y bronceado torso, y al recordar la delicadeza con la que aquellos brazos la habían sujetado la noche anterior, sintió que el estómago le daba un vuelco.

Pero no quería continuar pensando en lo que había sucedido, tenía que salir de allí antes de que se despertase porque no podía enfrentarse a él. Todo aquello era demasiado embarazoso.

Bajó un pie de la cama y se deslizó por debajo de las sábanas, intentando no hacer ruido o un movimiento brusco. Acabó en el suelo a cuatro patas, quieta durante unos instantes, recuperando el aliento y buscando frenéticamente su ropa. En aquella postura, se dio cuenta de lo ridículo de su situación: era una mujer de negocios de casi treinta y tres años y tenía que comportarse de una manera adulta; las personas disfrutan del sexo, no sufren por ello. Pero la lógica de aquellas palabras no caló en ella. Charlotte no era tan moderna y nunca había practicado el sexo esporádico; ella necesitaba estar enamorada de un hombre para acostarse con él.

Entonces, ¿qué había ocurrido para que aquello cambiase?

Jordan volvió a moverse y Charlotte oyó cómo crujía la cama; al ver su mano colgando por el borde de la cama, casi rozando sus rubios rizos, levantó la cabeza; en cualquier momento se despertaría le preguntaría qué estaba haciendo arrodillada junto a la cama.

Charlotte esperó, decidida a mentirle y decirle que estaba buscando sus lentillas, pero ella no llevaba lentillas y Jordan probablemente lo sabía.

Inspiró profundamente y se obligó a ponerse de pie. Al hacerlo, vio que no tenía por qué haberse preocupado ya que Jordan seguía durmiendo; de hecho estaba ocupando toda la cama. Charlotte miró a su alrededor buscando su ropa, pero solo vio la camisa de él sobre la silla, así que la utilizó para taparse.

En aquel momento, Jordan movió la mano como si buscara algo en el espacio que había a su lado.

–Hola –dijo él con una sonrisa somnolienta y se incorporó ligeramente, al tiempo que la miraba de abajo arriba.

Ella no pudo evitar fijar la mirada en el pecho de él, y recordar momentos de la noche anterior que la hicieron sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

–¿Estás bien? –preguntó él con la voz ronca.

Charlotte levantó la vista apresuradamente para encontrárselo mirándola con una cariñosa mirada de preocupación.

–Claro que sí.

Jordan se pasó la mano por el pelo.

–Es que… bueno… por un momento pensé que estabas en el suelo a cuatro patas.

–Es que suelo gatear un poco por el suelo antes de empezar el día. Ayuda a tonificar el cuerpo.

Charlotte no había pretendido responder con sarcasmo, pero no pudo evitar que las palabras saliesen de su boca.

Jordan sonrió.

–A tu cuerpo no le hace falta un tonificante –murmuró él, mirando sus piernas con admiración.

–La verdad es que estaba buscando mi ropa –dijo ella.

–Creo que la encontrarás en el salón. ¿Pero por qué tanta prisa? –preguntó él, echando un vistazo al reloj que había sobre la mesilla–. Aún es pronto.

¿Cómo podía estar tan tranquilo? Parecía como si aquella situación no le resultase en absoluto embarazosa. Aunque él estuviese acostumbrado a levantarse con una mujer diferente cada mañana, ¡ellos aún tenían que trabajar juntos!

Antes de que Charlotte pudiese contestar, sonó el teléfono que había al otro lado de la cama, y cuando él se dio la vuelta para descolgar el auricular, Charlotte aprovechó para mirar en dirección al salón. Vio que su ropa estaba en un montón en el suelo y antes de que él pudiese darse la vuelta, cruzó la puerta que comunicaba las dos habitaciones y la cerró firmemente. Nunca se había vestido tan deprisa como aquel día; se puso las braguitas, las medias y la falda en tiempo récord. Pero justo cuando todo iba tan bien, no pudo encontrar el sujetador; buscó entre los cojines del sofá, pero no lo encontró. En aquel momento oyó cómo Jordan colgaba el auricular en la otra habitación, así que dándose por vencida, se puso la blusa y se la abrochó, con la única idea de escapar. Su bolso estaba sobre la mesita de café y el abrigo estaba colgado en el perchero de la entrada; corrió a buscarlo, lo recogió y salió por la puerta. No queriendo esperar al ascensor, se apresuró escaleras abajo como si la llevase el diablo.

Salió a la oscura y fría mañana y entonces se dio cuenta de que no tenía coche. La noche anterior había tomado un taxi para llegar al restaurante y después habían caminado hasta su apartamento.

En aquel momento comenzó a llover, así que agachó la cabeza y se encaminó hacia la estación de metro más cercana.

Era hora punta. Charlotte se colocó a la derecha de las escaleras mecánicas que bajaban hacia el andén mientras una incesante corriente de personas pasaba apresuradamente por su lado, pero Charlotte apenas era consciente de ellas; el constante estruendo de los trenes y las espirales de aire caliente que subían hacia arriba,

inundaban los pasillos, pero se sentía adormecida, como si no estuviese allí.

Una y otra vez se preguntaba cómo había podido hacer lo que había hecho.

Mientras caminaba por los pasillos, pasó junto a un músico callejero que cantaba una canción acerca del sufrimiento que provocaba el amor y se hurgó en los bolsillos en busca de unas monedas para echarle; David le había enseñado el daño que podía hacer el amor.

Quizá aquella fuese la razón por la que algunas personas como Jordan, decidían olvidarse del amor y concentrarse solo en el aspecto físico de las relaciones. Charlotte nunca había estado de acuerdo con aquella manera de pensar, pero en aquel momento no estaba segura de nada porque la noche anterior había sido muy placentera.

Vio que el tren se detenía y se apresuró a entrar en el vagón. Se quedó de pie, aprisionada entre la multitud y cuando el tren arrancó, se agarró al pasamanos, cerró los ojos y volvió a pensar en la noche anterior.

Ella había insistido en verse directamente en el restaurante ya que si llegaba por sus propios medios se sentiría más en control de la situación; además, significaba que podría marcharse cuando quisiera sin tener que esperarle a él. A Charlotte le gustaba ser independiente.

Comenzaron la velada hablando sobre el trabajo y a lo largo de la cena Jordan la había hecho reír; tenía un agudo sentido del humor.

Recordó que algunas mujeres le habían lanzado miradas de envidia y casi se había sentido orgullosa de ser ella el objeto de la atención de Jordan. En aquel momento se dio cuenta de que aquella debería de haber sido la primera señal de alarma.

–¿Dónde está tu novia esta noche? –le preguntó ella cuando hubo una pausa en la conversación.

–Benita y yo rompimos hace un par de semanas.

–Lo siento.

Jordan se encogió de hombros.

–Son cosas que pasan, como tú bien sabes. ¿Has visto a David últimamente? –le preguntó él y Charlotte movió la cabeza.

–Creo que sigue de viaje de negocios en Estados Unidos.

–¿Aún sientes algo por él?

Aquella pregunta tan personal la tomó por sorpresa y no supo qué decir.

–Según tu padre, no era adecuado para ti –continuó Jordan secamente.

–¿Mi padre ha estado hablando de mi vida personal contigo? –le preguntó ella enfadada.

–Solo de manera superficial –dijo él con calma–. Estuviste saliendo con David durante bastante tiempo, ¿verdad?

–Dos años. ¿Cuánto tiempo estuviste tú con Benita? –le preguntó ella, desviando así el tema de conversación hacia él.

Jordan frunció el ceño.

–No lo sé. Ya nunca llevo la cuenta.

–¿Cómo que ya nunca?

–Mientras estuve casado con Nadine contaba los aniversarios, las fechas importantes… lo típico.

Aquella afirmación la intrigó. Sabía que Jordan estaba divorciado, pero aquello era todo porque era muy reservado en lo que se refería a su pasado. Y como parecía un mujeriego, Charlotte había asumido que habría sido él quien habría acabo con el matrimonio.

–Parece que la amabas mucho.

–Sí –dijo él con pesar–. Pero no me sirvió de nada; a veces no basta con amar.

–Evidentemente no era la persona adecuada para ti.

Jordan sonrió.

–¿Vas a adoptar conmigo la misma actitud que tu padre contigo?

–No –admitió ella al tiempo que se sonrojaba.

–He disfrutado mucho de esta velada, Charlie. Gracias.

–Yo también he disfrutado –dijo ella y de repente se dio cuenta de que realmente no quería que la noche terminase.

–¿Has sabido algo de tu padre últimamente?

–No. La última vez que supe de él fue cuando me telefoneó Ruth para decirme que no volverían de Francia en la fecha prevista. Mi padre debe de estar disfrutando mucho porque no es propio de él tomarse días extra de vacaciones. Ya sabes que es un adicto al trabajo.

–¿Ruth no te dijo nada más?

–No. Como siempre, la conversación con mi madrastra fue muy corta. Siempre tiene prisa –le aclaró y frunció el ceño–. ¿Por qué?

–Solo era curiosidad. Tú te llevas bien con Ruth, ¿verdad? –le preguntó, despreocupadamente.

–Sí. Parece que mi padre es feliz con ella –afirmó Charlotte–. ¿Le pasa algo? Tú has hablado con él desde que se marchó, ¿verdad?

–Por supuesto –dijo Jordan, poniéndose de pie–. Es mi socio; no podría estar fuera siete semanas y no mantener el contacto.

Mientras salían del restaurante, Jordan puso una mano sobre su espalda. Fue solo un ligero roce, pero Charlotte se dio perfecta cuenta de aquel gesto.

El tren se detuvo bruscamente en aquel instante y Charlotte abrió los ojos; había llegado a su estación, así que se abrió paso entre la multitud y se apeó. Cuando salió a la calle, la fría lluvia del mes de abril comenzó a mojarla, pero ella continuaba absorta en sus pensamientos y no reparó en ello.

Se habían dirigido caminando hasta el apartamento de Jordan y él la había invitado a tomar café.

–Será mejor que esperes al taxi en un sitio resguardado –le había dicho con naturalidad.

Así que lo siguió hasta su elegante ático. Charlotte nunca había estado en su casa y se sintió diferente al estar con él en un lugar que no estuviese relacionado con el trabajo. De repente se había sentido avergonzada, y cuando él alargó la mano para tomar su abrigo, sintió su proximidad mucho más de lo que la había sentido hasta entonces en cualquier otro momento.

Mientras Jordan preparaba café, Charlotte se paseó por el salón admirando la decoración.

–¿Quién diseñó el interior de este apartamento? –le preguntó, mirando por la puerta hacia la cocina.

–No lo sé. Hasta que te conocí a ti no estaba especialmente interesado en interioristas –contestó Jordan y Charlotte sonrió.

Se fijó en una foto de una niña de unos tres años, de pelo oscuro y pícara sonrisa.

–¿Quién es? –le preguntó a Jordan cuando este volvió al salón.

–Es mi hija Natasha.

–No sabía que tuvieses una hija. Es muy guapa.

–Sí.

Jordan dejó la bandeja con el café sobre la mesa y se acercó a ella.

–Era muy guapa –corrigió él y tomó la foto de las manos de Charlotte.

–¿Era?

Charlotte sintió un escalofrío al oír el dramático tono de su voz y por un momento vio la emoción desnuda asomarse a sus ojos.

–Murió hace casi dos años.

–Lo siento.

Charlotte lo observó mientras colocaba la foto cuidadosamente de nuevo en su sitio. En aquel momento sintió deseos de alargar la mano y acariciarlo para ahuyentar las sombras de su cara. Jordan era un hombre que siempre mantenía el control sobre sí mismo y ella nunca había visto aquella expresión de desamparo en su cara. Instintivamente, levantó la mano y le acarició la mejilla con los dedos. Él tomó la mano de Charlotte en la suya y, al tiempo que sus miradas se encontraron, la emoción que se reflejaba en su cara se

convirtió en otra cosa; Jordan giró su mano y besó el interior de su muñeca. Aquel gesto fue completamente inesperado y hubo algo increíblemente provocativo al tiempo que cariñoso en él… algo que hizo que el estómago de Charlotte diese un vuelco.

–Estás preciosa esta noche –murmuró él y paseó la mirada por su cuerpo, vestido con un elegante traje de color azul–. Claro que siempre estás preciosa.

Ella lo miró con ojos inquisidores; siempre había habido una química turbulenta entre ellos. Quizá aquella fuese la razón por la cual Charlotte siempre había procurado mantener las distancias. Sabía que él representaba peligro. Pero en aquel momento, a la sensación de peligro se unió otra mucho más poderosa. Charlotte sintió cómo crecía en su interior y se preguntó qué sentiría al besarlo.

Jordan había alargado la mano para tocarle la cara igual que había hecho ella; aquel roce fue como una chispa y lo siguiente que recordaba era haberse puesto de puntillas para besarlo.

Ella había dado el primer paso.

Al recordarlo, sintió que su corazón se paralizaba.

Tras la sorpresa inicial, él le había devuelto el beso… ¡Y menudo beso!

El simple hecho de recordarlo hizo crecer de nuevo el deseo en su interior. Jordan Lynch sabía exactamente cómo besar a una mujer; sus labios se habían deslizado lenta y seductoramente sobre los de ella, de una manera tan deliciosa que había sentido un escalofrío de placer por todo el cuerpo.

La pasión se apoderó de ellos y comenzaron a perder el control, y entonces, Jordan se apartó.

–¿Estás segura? –le preguntó él.

Charlotte se limitó a sonreír para después continuar besándolo…

Se apresuró a entrar en su apartamento, cerró la puerta y se apoyó en ella. Aunque estaba de nuevo en su piso, un lugar acogedor y familiar, se sintió distinta. Era como si la mujer que salió de allí la noche anterior no fuese la misma que acababa de regresar.

De repente, el sonido del teléfono la sobresaltó.

Se preguntó si sería Jordan y decidió no contestar, y tras unos instantes, saltó el contestador automático.

–Hola, cariño, soy David. Esperaba poder hablar contigo antes de que te marchases a trabajar. Solo quería volver a decirte cuánto lo siento. Solo fue una noche, cielo, y no significó nada en comparación con el amor que siento por ti. Fue un terrible error, un momento de locura… –la voz de David se silenció un momento para volver con más desesperación que entusiasmo–. Mañana vuelvo a

Londres. Te llamaré cuando llegue.

Aquella sincera y suplicante voz tocó una fibra en su interior; el día anterior no habría sido capaz de comprender un momento de locura, pero hasta el día anterior ella había sido una mujer sensata y en aquel momento no sabía qué estaba haciendo.

Capítulo 2

JORDAN sabía que no había sido nada oportuno. Lo había sabido la noche anterior, pero no había sido capaz de detenerse. Y le disgustaba profundamente ser tan débil, pero de una manera perversa, no se arrepentía de ello. Charlotte había sido todo lo que él se había imaginado: apasionada, cariñosa… había sido increíblemente placentero. ¿Cómo iba a arrepentirse?

Jordan recogió su maletín del asiento y se apeó del coche. Se preguntó cuándo debería decírselo; aquel mismo día no era el mejor momento, pero se dio cuenta de que estaba volviendo a aplazar lo inevitable. Charlotte se enteraría antes o después, se lo dijera o no, y sería mejor que se enterase por él antes que a través de terceras personas. Pero aún no era el momento.

El cielo estaba encapotado y se reflejaba en las agitadas aguas del río Támesis y en el moderno edificio de cristal que era el centro de administración de Desarrollos McCann.

El abuelo de Charlotte fundó la empresa años atrás y Simon, el padre de Charlotte, llevaba veinticinco años dirigiéndola. Era una empresa que siempre había gozado de buena reputación y las cosas habían marchado bastante bien hasta que, hacía cinco años, entraron en un período de recesión que había mermado tanto sus beneficios que Simon había tenido que aceptar a Jordan como socio. El comienzo no fue tan sencillo como Jordan anticipó en un principio, pero era un arquitecto con talento y un experimentado hombre de negocios, con olfato para las buenas oportunidades; a penas llevaba un año y ya habían comenzado a subir los beneficios. Había tenido que hacer algunos cambios para que el funcionamiento de la empresa fuese más eficiente, y sabía que harían falta más cambios si querían que el negocio prosperase.

Jordan pensó en Simon McCann; lo admiraba y el negocio era bueno, y aquellas eran las razones por las que decidió invertir en primer lugar. Pero últimamente había notado que Simon había cambiado; se había vuelto reticente a estudiar los diseños nuevos, que eran fundamentales para estar a la cabeza de la competencia. Era como si hubiese perdido el entusiasmo y cada vez resultaba más evidente que si Jordan quería obtener buenos resultados, iba a necesitar el voto de calidad. Estaban llegando los momentos difíciles en los que quizá se viese obligado a pedirle a Simon que le vendiese su parte del negocio para obtener el cien por cien del control, y no creía que Charlotte fuese a ver aquello con buenos ojos. Y además de todo aquello, faltaba dinero.

–Buenos días, Jordan –lo saludó su secretaria, que se había

detenido junto a los ascensores para esperarlo.

–Buenos días, Laura.

Jordan le dedicó una sonrisa a la atractiva mujer, pero sus pensamientos volvían continuamente a su próximo encuentro con Charlotte, preguntándose cómo manejaría aquel asunto después de lo que había sucedido la noche anterior.

Jordan miró la placa de bronce que había en el ascensor, en la que aparecía el nombre de la empresa y se preguntó cómo se sentiría Charlotte si el negocio dejaba de ser familiar. Ella llevaba seis años trabajando allí y era la encargada del departamento de interiorismo. Cuando Jordan la conoció le había parecido un poco arisca y pensó que sería una niña rica mimada, que había conseguido el trabajo gracias a su padre. Pero no podía estar más lejos de la realidad. Había descubierto que era una diseñadora con talento, que trabajaba muy duro y que había sido dueña de su propia empresa de interiorismo. Su padre la había convencido para que se uniese al negocio familiar prometiéndole proyectos más importantes y lucrativos. Además de diseñar el interior de los pisos piloto, dirigía un servicio de posventa para los clientes. Estaba resultando tan exitoso, que habían tenido que ampliar el departamento.

En cuanto salió del ascensor, en el último piso de las oficinas, vio que ella ya estaba sentada a su mesa. Jordan se había preguntado si llegaría tarde aquella mañana, pero sonrió para sí mismo al recordar que Charlotte siempre llegaba temprano a la oficina, pasase lo que pasase; era una mujer dedicada a su carrera profesional.

La observó durante unos instantes: estaba completamente absorta en unos documentos que tenía delante. Llevaba la rubia melena recogida en un moño, dejando a la vista la suave piel de su cuello, y como siempre, llevaba un elegante traje de pantalón negro, con una blusa blanca abierta por el cuello. Tenía un tipo estupendo y Jordan recordó sus suaves curvas y sus largas y bien formadas piernas. De repente, sintió que la deseaba de nuevo.

Aquel no era un buen comienzo, se dijo irritado consigo mismo. Tenía que manejar aquello con mucho cuidado.

En aquel momento ella levantó la vista y por un momento sus miradas se encontraron. La palidez de su piel y las ojeras delataban que no había descansado.

Ella le dedicó una breve sonrisa y volvió a centrar su atención en el trabajo mientras se maldecía a sí misma.

Quizá no debería haber sonreído. Se había pasado la mañana diciéndose que debía actuar con normalidad, pero no era capaz de recordar cómo solía comportarse con Jordan. Los recuerdos de la

acalorada pasión de la noche anterior se mezclaban en su cabeza. Tenía que concentrarse en su trabajo.

Al menos sus diseños parecían tomar forma, pensó ella mientras los examinaba con ojo crítico. En ocasiones parecía que cuando trabajaba bajo presión era cuando realizaba sus mejores trabajos; quizá fuera porque utilizaba el trabajo como una válvula de escape. Cuando se concentraba en los diseños, era capaz de aislarse de todo lo demás.

Jordan era muy parecido a ella; alguna vez habían comentado que cuando se trataba de trabajo ambos eran personas dedicadas y aquella probablemente era la razón por la que últimamente trabajaban tan bien juntos.

¿Habría puesto en peligro aquella relación? En aquel momento Charlotte dudaba que pudiese siquiera simular estar tranquila cuando estuviese cerca de él.

Se abrió la puerta de su despacho y fue consciente de que sus oscuros ojos la recorrían. Se mantuvo erguida, como si estuviese tranquila y en control de sí misma, y sonrió.

–Hola, Jordan. Llegas tarde y el contable no tardará en llegar; tenemos que revisar unas cuentas.

–Claro que llego tarde.

Jordan dejó su maletín en el suelo y se sentó en el borde de la mesa.

¿Por qué no podía sentarse en la silla, como todo el mundo?

–Es que cierta mujercita me tuvo muy ocupado anoche –dijo él de manera burlona y Charlotte sintió que se sonrojaba.

Hubo un momento de silencio durante el cual él esperó a que ella dijese algo, y al ver que no lo hacía, la observó fijamente.

–¿Por qué te has marchado tan deprisa esta mañana? –le preguntó él.

Ella se recostó en la silla intentando simular una indiferencia que no sentía.

–Anoche fue… agradable, Jordan.

–Sí, lo fue –aceptó él, mirándola irónicamente–. Muy agradable.

–Pero tenemos que trabajar juntos y no creo que debamos complicar las cosas.

–¿Quién ha hablado de complicaciones? A mí también me parece bien que no lo hagamos –dijo él y se encogió de hombros.

Charlotte asintió. En ningún momento había pensado que Jordan se tomase en serio lo que había sucedido.

–Seré sincera contigo. Me siento un poco incómoda –le confesó, intentando mantener su mirada, pero no pudo–. Me gustaría que pudiésemos olvidarnos de este incidente y dejar que las cosas vuelvan a la normalidad.

Jordan alargó la mano y le levantó la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

–¿Te sientes culpable porque aún sigues enamorada de David? –le preguntó en voz baja.

Aquella pregunta, junto con el roce de su mano, hizo que la sangre le corriese con rapidez por las venas.

–No creo que eso sea asunto tuyo, Jordan –espetó ella, al tiempo que apartaba la cara de su mano.

Jordan se encogió de hombros.

–Pues si estás pensando en darle otra oportunidad, cometerás un gran error. David es un perdedor.

–Pues la verdad es que no necesito que me des consejos, muchas gracias. Tú tampoco eres un modelo de perfección en lo que se refiere a mujeres.

Jordan sonrió al escuchar aquello.

–Anoche no te quejaste –dijo él irónicamente y vio cómo ella se sonrojaba.

–¡Lo ves! Esa es la razón por la que lo que sucedió anoche fue un gran error –espetó ella indignada–. Tenemos que trabajar juntos y no puedo permitir que me lo recuerdes continuamente.

–No lo hago; simplemente estábamos hablando sobre las implicaciones de lo que ocurrió, antes de empezar con el trabajo, al fin y al cabo somos adultos.

–No te pases de listo conmigo, Jordan. No hay nada de qué hablar. Simplemente disfrutamos de un buen rato, así que olvidémonos de lo que ocurrió y volvamos a la normalidad.

–De acuerdo –dijo él, encogiéndose de hombros.

–Bien. Esto es para ti –le dijo, entregándole unos documentos que tenía sobre la mesa–; son las previsiones para las tapicerías.

–Gracias. Cuando las estudie te enviaré mis conclusiones.

–Me parece bien.

–Yo también tengo algo para ti.

Cuando Jordan abrió su maletín, Charlotte pensó que sería para sacar unos diseños, pero en vez de eso, sacó un sujetador negro de encaje y lo dejó sobre la mesa.

–Estaba en mi salón, en el suelo.

Charlotte se sintió mortificada y lo guardó apresuradamente en el cajón superior de su mesa.

–¿Se puede saber en qué estás pensando? –le preguntó con la voz temblorosa, mirando a su alrededor.

Su despacho le hacía sentirse como si estuviese en una pecera: estaba rodeada de paneles de cristal y todos sus compañeros podían ver lo que estaba haciendo.

–Pensé que lo echarías de menos –dijo él sonriendo.

–¡Trabajo aquí, Jordan! No quiero que todo el mundo sepa que tuve un momento de locura con el jefe.

–Charlotte, tendrían que tener rayos X para poder ver qué es. Tranquilízate.

Y antes de que se diese cuenta de lo que iba a hacer, Jordan alargó la mano para levantarle la cara hacia él.

–Y como momento de locura, fue muy placentero –murmuró Jordan con la voz ronca, al tiempo que fijaba la vista en sus labios.

Después, bajó la mano y se marchó del despacho.

Charlotte sintió que se le aceleraba el corazón y que el estómago le daba un vuelco; había manejado penosamente la situación. Quizá debería haberse reído de todo aquello en vez de actuar de manera tan tirante.

Inspiró profundamente para relajarse e intentó pensar con claridad, pero su cabeza era un torbellino de palabras y sentimientos que no lograba dominar. Desesperada, descolgó el auricular y marcó el número de teléfono de su hermana. Sonó varias veces y justo cuando saltó el contestador automático y estaba a punto de colgar, Jennifer contestó:

–Hola, hermana –la saludó casi sin respiración–. Estaba con Matilda, que no para de llorar.

Efectivamente, Charlotte pudo oír los sollozos de su sobrina de cuatro meses.

–Lo siento. Te he pillado en mal momento. Te llamaré más tarde.

–No te preocupes. ¿Qué ocurre?

Charlotte sonrió para sus adentros. Aunque Jennifer era cinco años menor que ella, estaban muy unidas.

–Qué bien me conoces –murmuró Charlotte.

–Conozco ese tono de voz, si te refieres a eso –dijo Jennifer, que tenía a su hija en brazos y la arrullaba para que se tranquilizase.

–No sé qué me ocurre. No soy capaz de manejar nada en estos momentos y siento que no soy dueña de mis emociones.

–Teniendo en cuenta lo que ha pasado con David, no me parece algo tan extraño. Llevabais mucho tiempo juntos y es normal que estés disgustada. Deberías haberte tomado unos días libres…

–Jen, anoche hice algo terrible –le interrumpió Charlotte, que necesitaba desahogarse–. Me acosté con Jordan.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Hasta Matilda se había callado.

–¡Charlie!

–¡Ya lo sé!

Charlotte miró de reojo por el cristal y vio a Jordan riéndose con su secretaria; parecía tan relajado que Charlotte se sintió más

nerviosa aún.

–No sé cómo ocurrió. Yo solo iba a tomar un café con él y acabamos en la cama.

Jennifer se rio.

–No es divertido.

–No. Pero tampoco es tan terrible. Para serte sincera, siempre me ha parecido que Jordan es perfecto para ti, y papá piensa lo mismo –le dijo Jennifer–. De hecho, hace poco comentó algo acerca de lo bien que trabajáis juntos últimamente y de la bendición que es teneros a los dos en la empresa. Y Jordan es tan simpático y tan guapo…

–¡Ya está bien! –la interrumpió secamente Charlotte–. No te pongas poética. Lo único que diría papá es que gracias a Jordan la empresa tiene buenos beneficios; papá es un empresario de pies a cabeza.

–No lo es. En realidad es un sentimental y le encantará saber que tienes una relación con Jordan.

–No tenemos una relación; solo ha sido sexo.

–Bueno, una relación tiene que empezar de alguna manera. ¿Por qué no en la cama? Al menos ya has comprobado que la mercancía está en buen estado –se rio Jennifer–. Me alegro mucho. Desde luego necesitabas a alguien para quitarte a David de la cabeza.

Charlotte pensó que Jordan, efectivamente, lo había conseguido.

–¿Por qué no venís los dos el domingo a comer? –le preguntó entusiasmada Jennifer.

–Jen, no me has escuchado; no estamos saliendo. De hecho, apenas nos estamos comportando de una manera civilizada entre nosotros esta mañana. Además, ya sabes cómo es; simplemente seré otra conquista más en su lista.

–O quizá no; quizá seas especial.

–Y el mundo podría ser plano –se mofó Charlotte–. De todos modos, no es una situación agradable. Tengo que trabajar con él y no quiero ninguna complicación. Ya he tenido bastantes problemas. La verdad es que no sé en qué estaba pensando.

–Yo sí. ¡Es tan guapo! –exclamó su hermana–. Bueno, pues ven tú sola a comer. Ahora tengo que dejarte, Matilda acaba de devolver. Te veré el domingo.

–De acuerdo –dijo Charlotte, pero Jennifer ya había colgado.

No debería sorprenderla que a Jennifer le hubiese parecido bien; desde que Jordan empezó a trabajar para ellos, su hermana solo había tenido buenas palabras para él, y su marido, Steve, tenía una buena relación con él.

Aunque vivían en las afueras de Londres, Jordan iba a menudo a su casa; era a través de Jennifer que Charlotte sabía acerca de las

novias de Jordan. Le sorprendía que su hermana no supiese que Jordan había tenido una hija. Evidentemente era un tema demasiado doloroso para hablar de ello.

Charlotte miró los diseños que tenía delante, pero su cabeza no paraba de darle vueltas a las palabras de Jennifer.

«Siempre he pensado que Jordan sería perfecto para ti, y papá también lo piensa».

¿De dónde se habrían sacado aquella idea? Jennifer nunca le había dicho nada, y a su padre le parecería bien cualquier hombre siempre que no fuese David; nunca le había gustado, incluso antes de su ruptura.

Pero Jen estaba equivocada. En el sentido romántico, Jordan no era su tipo; era demasiado arrogante y estaba demasiado seguro de sí mismo. Pero al recordar la noche anterior y en cómo la había hecho reír durante la cena… la expresión de sus ojos cuando habló de su hija… la forma en que la había besado el interior de la muñeca…

¿Por qué había resultado tan erótico aquel beso? Charlotte nunca habría pensado que la muñeca pudiese ser una zona erógena.

Frunció el ceño. Aunque le gustase Jordan, no le gustaba en el sentido romántico. Jennifer estaba equivocada. Sin embargo el sexo había sido fabuloso.

Charlotte trazó una línea en el papel que tenía delante. Se repitió a sí misma que tenía que trabajar con él y pensar en aquel tipo de cosas no ayudaba demasiado.

Volvió a mirar hacia el despacho de Jordan; firmó algo y después le dedicó a Laura una pícara sonrisa que tuvo un extraño efecto en Charlotte. Realmente era un hombre agradable y resultaba evidente que había amado profundamente a su esposa y a su hija. Fuese como fuese su vida en la actualidad, había atravesado momentos duros en el pasado.

Quizá debería disculparse por haber sido tan brusca. Ambos habían disfrutado de la noche anterior y ella debería haberse comportado de una forma más adulta.

Vio que Laura salía del despacho y que él se ponía a hablar por teléfono. Si quería disculparse, tenía que hacerlo en aquel momento, mientras su secretaria estuviese ausente. No quería que toda la oficina se enterase de que era la última conquista de Jordan. Sería demasiado humillante.

Así que antes de que le abandonase el valor, se levantó y se dirigió a su despacho.

Nunca llamaban a la puerta ninguno de los dos, de manera que Charlotte no se lo pensó dos veces y entró directamente.

Jordan estaba sentado de espaldas a ella y continuaba hablando.

–Salimos a cenar –estaba diciendo él–. Después la invité a mi casa a tomar café –continuó y se rio burlonamente–. ¿Qué puedo decir? De acuerdo, soy débil y sé que se me fue un poco de las manos. No ha sido uno de mis mejores movimientos, pero fue muy agradable.

Charlotte sintió que se le helaba la sangre en las venas al darse cuenta de que estaba hablando de ella.

Su primera reacción fue la de salir del despacho antes de que él la viese allí, porque desde luego, ya no iba a pedirle disculpas. Salió apresuradamente del despacho y cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido.

¿Cómo se atrevía? Charlotte regresó a su despacho; estaba enfurecida. ¡Desde luego que no había sido uno de sus mejores movimientos!

Se sentó a su mesa y lo miró furiosa a través del cristal. ¿Cómo se atrevía a hablar de ella de aquella manera? ¿Y con quién estaría hablando? Esperaba que no fuese con alguien de la empresa, porque si alguien se enteraba, se convertiría en la comidilla de la oficina.

Charlotte se sintió indignada. Ella siempre había sido una persona muy reservada y siempre se había enorgullecido de ser capaz de controlar sus emociones, pero en aquel momento odiaba a Jordan Lynch. De repente, la silla de Jordan giró y sus miradas se encontraron; ella lo miró con ira y él la miró con una tranquila calma.

Charlotte rápidamente bajó la cabeza y volvió su atención al trabajo. Aquella era la gota que colmaba el vaso: no tendría nada más que ver con Jordan Lynch.

Capítulo 3

EL DOMINGO por la tarde el cielo estaba de un claro color azul y una suave brisa soplaba entre los árboles, esparciendo el aroma de los cerezos en flor. Parecía más el principio del mes de marzo que del mes de mayo, pensó Charlotte mientras detenía el coche a la entrada de la imponente casa de estilo victoriano, donde vivían Jennifer y Steve.

Charlotte se bajó del coche y caminó hacia la casa, pasando junto al coche de su hermana, el de Steve y la bicicleta de Harriet.

La puerta de la entrada estaba entreabierta, así que entró en la casa sin llamar.

Lo primero que percibió fue el aroma del asado que salía de la cocina; lo segundo fue el discordante sonido que Harriet hacía al practicar el piano en el salón.

–¡Hola! –llamó Charlotte.

Inmediatamente, el sonido cesó y su sobrina de seis años salió corriendo a recibirla.

–¡Tía Charlie! –gritó encantada la niña, al tiempo que se tiraba a sus brazos–. ¡Adivina quién ha venido!

–¿Quién? –preguntó Charlotte mientras la abrazaba.

–¡El tío Jordan!

–Vaya.

El momento de alegría se disipó en cuanto Charlotte levantó la cabeza y vio a Jordan, de pie junto a la puerta de la cocina, observándola.

Charlotte estaba acostumbrada a ver a Jordan vestido con traje, pero aquel día llevaba unos vaqueros y una camisa de color azul, abierta por el cuello. Aquel aspecto informal lo favorecía, haciéndolo parecer más joven de lo que era, incluso parecía más sexy de lo normal, si es que aquello era posible.

Charlotte apartó la vista, enfadada consigo misma por pensar en aquellas cosas.

–Hola, Jordan.

Charlotte era consciente de que su tono de voz era frío, pero no pudo evitarlo. Había esperado poder relajarse cenando con su familia, alejada de los problemas. Sobre todo de Jordan.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella, aunque ya sabía cuál sería la respuesta.

–Jennifer me ha invitado.

Charlotte esperó que no pensase que había sido idea suya; lo último que necesitaba Jordan Lynch era que alimentasen su ego.

–Qué amable por su parte –dijo ella sarcásticamente.

Jordan sonrió, aparentemente inalterado.

–Sí. A mí también me lo ha parecido.

Charlotte se quitó la chaqueta y la dejó sobre el pasamanos de las escaleras. Sentía deseos de matar a su hermana.

–¿Dónde está Jen?

–Hablando por teléfono con el club de golf. Por lo visto Steve se marchó a echar una partida rápida y debería haber vuelto hace una hora.

Charlotte sonrió.

–Me sorprende que no te hayas ido con él.

Jordan se encogió de hombros.

–Tuve que ir a la oficina a revisar unos documentos.

Por primera vez, Charlotte se dio cuenta de la cantidad de trabajo extra que tenía Jordan encima desde que su padre estaba en Francia.

–Si necesitas ayuda puedo echarte una mano –le ofreció, casi sin pensar–. Sé que lo mío es el diseño, pero también puedo hacer trabajos administrativos. Tuve mi propio negocio.

–Sí. Lo sé –dijo él sonriendo–. Lo tendré en cuenta. Gracias.

Algo en su forma de sonreír hizo que Charlotte se sintiese acalorada y apartó la mirada apresuradamente.

Entonces, al ver a su sobrina, recordó que había comprado unos caramelos para ella; se los sacó del bolsillo y se los dio a la niña.

–¡Gracias! –exclamó Harriet–. Estos son mis favoritos. Mira lo que ha traído el tío Jordan –dijo la niña y se fue corriendo al salón, para regresar con una muñeca de trapo y un osito de peluche–. Esta es para mí y este es para Matilda.

–¡Qué bonitos! Supongo que le has dado las gracias, ¿verdad?

Harriet asintió.

–Es un tío estupendo –dijo la niña con mucha seriedad.

Charlotte se rio y miró divertida a Jordan.

–Ya es oficial, soy un tío estupendo –dijo Jordan y sus ojos brillaron complacidos–. Aunque solo sea un título honorífico.

Charlotte pensó que aunque fuese un canalla en cuanto al amor, era un hombre que se hacía querer.

–Ha sido muy amable por tu parte.

Charlotte se dirigió hacia la cocina y vio cómo se fijaba en sus ajustados pantalones de cuero marrón y en el jersey de color crema. Era como si pudiese ver a través de la fina tela de su ropa interior, cosa que sorprendentemente, provocó que el cuerpo de Charlotte reaccionase de una manera puramente sexual, cuando recordó la salvaje pasión que habían compartido el jueves por la noche.

Charlotte se enfureció consigo misma y con él por mirarla de aquella manera. ¿Es que nunca olvidarían aquello? Tuvo la terrible

sensación de que aquel recuerdo dominaría toda su relación profesional con él. Al recordar la forma en que había hablado sobre ella por teléfono, se encogió interiormente.

¡Qué tonta había sido!

Matilda estaba echada en el cuco junto a las puertas correderas que daban al jardín, así que para distraerse, Charlotte se acercó a echar un vistazo a la niña. Como estaba tan callada, pensó que estaría dormida y se sorprendió cuando la niña volvió la cabeza y la miró con sus grandes ojos azules como si sonriese.

–Hola, cielo –dijo Charlotte en voz baja, al tiempo que le acariciaba la manita y pensó que Jennifer era muy afortunada por tener dos hijas tan maravillosas.

–¿Te apetece una copa de vino? –le preguntó Jordan desde el otro lado de la cocina–. Hace un rato abrí una botella.

–Sí, gracias.

Charlotte lo observó mientras abría la nevera y servía el vino y pensó que Jordan parecía sentirse muy cómodo allí.

–¡Enseguida bajo! –gritó Jennifer desde el piso de arriba–. Están buscando a Steve en el club de golf. ¡Se va a enterar de lo que vale un peine cuando llegue!

–Déjale en paz, marimandona –respondió Charlotte, riéndose.

–Ni hablar. Harriet, no te oigo practicar el piano.

La niña hizo una mueca de desaprobación, pero volvió obedientemente a su tarea.

–Esto es la dicha matrimonial –dijo Jordan y se rio.

Se acercó a Charlotte y dejó una copa sobre la mesa. Ella estuvo a punto de devolverle la sonrisa, pero se detuvo a tiempo; iba a tener que hacer un esfuerzo para mantener las distancias y no le iba a permitir pensar que era una mujer fácil.

–Espero que no pienses que le pedí a Jen que te invitase a comer porque no lo he hecho –le dijo secamente ella, mientras se sentaba en el sofá.

–No se me había ocurrido pensarlo. Vengo a menudo.

–Eso tengo entendido.

Jordan sacó una de las sillas de hierro forjado de la cocina y la colocó frente a ella.

–¿Podemos volver a ser amigos, Charlie? –le preguntó él.

Charlotte se fijó en que sus rodillas casi rozaban las suyas y observó sus manos, que eran grandes y experimentadas. Recordó su tacto contra su piel; cómo se había retorcido y gemido bajo sus caricias y la pasión con que lo había besado.

–¿Charlie?

–Por supuesto –se apresuró ella a contestar.

Ella lo miró con sus brillantes ojos verdes y se preguntó a sí

misma si habían llegado a ser amigos alguna vez. Siempre había sido tan consciente de su presencia cerca de ella, que había procurado mantenerse alejada de él.

Y con razón.

Las palabras de Charlotte no convencieron a Jordan; era como si acabase de levantar un muro a su alrededor.

–No puedes engañarme –dijo él sin perder la calma–. Desde que pasamos la noche juntos te has vuelto muy fría conmigo.

–¿De verdad? –preguntó ella frunciendo el ceño–. Pues discúlpame, no quisiera estropear nuestra relación profesional.

Charlotte se fijó en el gesto de desaprobación que él hizo con la boca.

–Yo tampoco. Tenemos que mantenernos unidos, Charlie, porque… tenemos mucho trabajo por delante.

–¿Debido a la ausencia de mi padre?

–Más o menos… –dijo Jordan y dudó por un momento–. Creo que deberías saber que le hice una oferta por su parte del negocio.

Charlotte sintió una repentina aprensión. Su padre era la única barrera de seguridad que había entre Jordan y ella, y después de la otra noche, la necesitaba más que nunca.

Jordan observó su reacción mientras hablaba y vio la preocupación reflejada en sus ojos.

–Pero la rechazó –añadió.

–¡Ah! –exclamó Charlotte aliviada–. No puedes culparlo, ha sido un negocio familiar durante dos generaciones.

–Y para los McCann, la familia es muy importante.

–Sí. ¿Qué hay de malo en ello?

–Nada, y entiendo lo que sientes; querrás y deberías participar en la dirección de la empresa algún día. Has trabajado muy duro para que el departamento de interiorismo sea un éxito.

–¿Por qué tengo la sensación de que habrá un pero? –preguntó Charlotte mientras alcanzaba su copa de vino.

–No creo que tu padre pueda permitirse rechazar mi oferta –le dijo Jordan.

–¿Por qué no?

Charlotte se rio de lo absurdo de aquel comentario.

–Tiene dinero de sobra para hacer lo que quiera –añadió ella y Jordan se quedó pensativo.

–No se trata solo del dinero; se ha vuelto olvidadizo y su juicio en los negocios ya no es tan agudo como solía ser. Se que perdió mucho dinero con algunas acciones el año pasado y… –Jordan se interrumpió y bajó el tono de voz–… no quería tener que contártelo, Charlotte, pero debo hacerlo. Los auditores hicieron una inspección sorpresa y descubrieron que falta una cantidad

importante de dinero de las cuentas de la empresa.

A Charlotte le llevó un momento asimilar lo que acababa de oír, y cuando habló, lo hizo con voz temblorosa:

–¿Estás diciendo que mi padre está robando dinero de la empresa?

–Yo no he dicho tal cosa.

–¡Pues es lo que parece! –espetó ella–. Mi padre es un hombre honrado, ¿cómo puedes sugerir algo así?

Charlotte lo miró furiosa.

–Estoy siendo sincero contigo, así que no tiene sentido que te enfades –dijo Jordan con calma–. Si te hace sentir mejor, creo que tu padre es inocente y que ha sido Ruth la que se ha llevado el dinero sin que tu padre se entere.

–¡Esto es absurdo! ¿Por qué iba Ruth a llevarse dinero de la empresa?

–No lo sé. Pero me telefoneó la semana pasada y parecía muy nerviosa. Al principio no entendía de qué me estaba hablando, farfulló algo acerca de las cuentas y el dinero, pero antes de que pudiese explicármelo, se cortó la comunicación.

Charlotte lo miró desconsolada y la duda comenzó a hacer mella en ella. Su padre solo llevaba dos años casado con Ruth. Al principio a Charlotte le había preocupado aquella unión por la diferencia de edad: su padre tenía casi sesenta y seis años y Ruth tenía cuarenta y seis. Sin embargo parecían tan felices juntos que Charlotte dejó de preocuparse y con el tiempo, se había encariñado de su madrastra.

–No puedo imaginar ni por un momento que Ruth haya hecho eso.

–Lo he estado pensando detenidamente desde que ella me telefoneó; Ruth trabajaba en el departamento de contabilidad, ¿verdad? –le preguntó él y Charlotte asintió–. Así que conoce todos los entresijos del sistema de cuentas –añadió.

–Sigo sin poder creer que lo haya hecho –dijo firmemente Charlotte–. Mi padre es un hombre acaudalado. A Ruth no le haría falta hacer algo así.

–Pues el dinero no está…

–Tiene que haber algo más –insistió ella–, algo que no sabemos.

–¿No te parece extraño que no hayan vuelto aún de Francia? Desde que descubrí que faltaba el dinero, no he podido contactar con ellos.

Charlotte pensó que, efectivamente, resultaba extraño. Su padre era un adicto al trabajo. Pero realmente había creído que Ruth lo había convencido para que alargasen las vacaciones. De hecho, interiormente se había alegrado de que Ruth tomase aquella

iniciativa porque su padre parecía muy cansado últimamente. Pero…

–¿De cuánto dinero estamos hablando? –le preguntó intrigada.

–El problema no es la cantidad de dinero. El problema son las consecuencias; son cargos muy serios. Si se hiciesen públicos, el escándalo arruinaría la buena reputación de la empresa. Lo siento, Charlie.

Jordan alargó la mano para tocarla, pero ella se apartó e, incapaz de soportar su cercanía más tiempo, se levantó de la silla y se acercó a la ventana.

–La situación aún puede salvarse, pero habrá que hacerlo deprisa. Si tu padre no puede permitirse devolver el dinero, podemos llegar a un acuerdo. Yo puedo pagar la deuda y a cambio, tu padre puede devolverme el dinero transfiriéndome el equivalente en acciones, dándome el control total de la empresa.

El tranquilo y frío tono de voz de Jordan hizo enfurecer a Charlotte. Por lo que parecía, lo tenía todo pensado.

–¡Qué conveniente para ti! –murmuró ella–. Has querido el control total desde el día en que llegaste, ¿verdad?

–Eso no es justo, Charlie.

–Pero es cierto –dijo ella, sin dejar de mirar por la ventana–. Eres ambicioso y te gusta el poder.

Al ver que él no contestaba, ella se dio la vuelta para mirarlo y Jordan se levantó de la silla y se acercó a ella.

–No hay nada de malo en ser ambicioso –dijo él con suavidad–. Tú también lo eres, de lo contrario no serías tan buena en tu trabajo. No eres tan distinta a mí, Charlotte McCann.

–Yo creo que sí. Yo estoy preocupada por mi padre mientras que tú estás preocupado por conseguir el control de la empresa.

–Estoy preocupado por el futuro de la empresa, que es muy diferente. Ya te he dicho que nos afecta a todos y que podría ser algo muy serio –le dijo Jordan y su expresión se tornó fría y dura–. Tengo que ser sincero contigo, Charlie. Tu padre no ha sido el mismo estos últimos seis meses, y yo no puedo tener un socio en quien no puedo confiar.

Al escuchar aquello, Charlotte se revolvió. Jordan Lynch era un hombre de negocios de pies a cabeza.

Una parte de ella, la parte profesional lo comprendía, pero su lado emocional, el que la recordaba que él había sido amigo de su padre, no era capaz de aceptar aquellas palabras.

–Pero si fuese cierto que Ruth se ha llevado el dinero, les darás algo de tiempo para que lo devuelvan, ¿verdad?

Jordan no contestó inmediatamente y la seria expresión de sus ojos hizo que el corazón de Charlotte se acelerase.

–No creo que pueda. Necesito el control total de la empresa cuanto antes.

Charlotte sintió que se mareaba.

–Y necesito tu ayuda –añadió Jordan con decisión–. No he podido contactar con tu padre en su teléfono móvil y no sé en qué parte de Francia están. Vas a tener que ayudarme a localizarlo, hablar con él por mí si fuese necesario. No podemos continuar así.

–Estoy segura de que solo se trata de un terrible error –murmuró ella abatida.

–¿Pero me ayudarás a solucionarlo?

Charlotte dudó por un momento y después asintió.

–Gracias. Intenta no preocuparte demasiado.

La suavidad con que dijo aquello y la cercanía de su cuerpo estaban provocando emociones muy dispares en el cuerpo de Charlotte. Había parecido tan frío cuando habló de su padre que ella se había sentido irritada, pero al mismo tiempo, el recuerdo del cariño y la pasión con que la había sujetado entre sus brazos la otra noche le hizo sentir deseos de volver a estar entre ellos. Se odió a sí misma por aquel momento de debilidad y sin embargo, no podía desterrar aquella sensación.

El sonido de unos pasos bajando las escaleras les interrumpió y Jordan alargó la mano y la sujetó el brazo.

–No le digas nada a Jennifer –le dijo él–. Sé que os lo contáis todo, pero esto es algo que debes guardarte. Acaba de tener un bebé y Steve está un poco preocupado por ella.

–Lo sé.

Charlotte era consciente de que su hermana tenía bastantes cosas por las que preocuparse; lo que le sorprendía era que Jordan se hubiese dado cuenta.

Cuando Jennifer entró en la cocina, Charlottte inmediatamente se dio cuenta de que su hermana había llegado a la conclusión equivocada al verlos tan juntos. Se le iluminó la cara y sus azules ojos brillaron y parecieron sonreír.

–Hola, hermana. ¿Has encontrado a Steve? –le preguntó Charlotte al tiempo que se apartaba apresuradamente de Jordan y se acercaba a Jennifer para darle un beso.

Jennifer y Charlotte no eran muy diferentes; ambas tenían el mismo pelo rubio que tenía tendencia a rizarse. Jen lo llevaba corto, con un estilo que favorecía sus delicadas facciones. Charlotte se dio cuenta de que había perdido peso, lo cual no era una buena señal. Tenían que vigilarla porque siendo adolescente padeció anorexia, y aún tendía a preocuparse por su peso. Pero nunca hablaban demasiado sobre ello; Jen se había recuperado y querían que continuase de aquella manera.

–Sí. Ya viene de camino –le informó Jennifer mirándolos especulativamente–. Parecíais estar enfrascados en una profunda conversación. ¿Va todo bien?

–Sí. Todo marcha perfectamente –mintió Charlotte.

–Muy bien.

Jennifer sonrió satisfecha y de repente Charlotte tuvo la sensación de tanto la tardanza de Steve en el club de golf como la ausencia de su hermana durante tanto tiempo en el piso de arriba había sido parte de una artimaña para dejarlos a solas un rato. Y evidentemente, Jen pensaba que había surtido efecto.

–Pues voy a preparar la cena. Steve llegará en cualquier momento y estará hambriento.

–Te echaré una mano –ofreció Charlotte y la siguió hasta el otro extremo de la cocina.

–¿Cómo van las cosas en el despacho? –preguntó Jen mientras sacaba el asado del horno.

–Como siempre, hay mucho trabajo –contestó Jordan.

–Me sorprende que papá esté fuera tanto tiempo. Supongo que Ruth le distrae; normalmente no habría visto el momento de regresar.

Media hora antes, Charlie se habría reído y habría estado de acuerdo; pero en aquel momento sus ojos se encontraron con los de Jordan y ella sintió el peso de todo lo que le acababa de contar.

Se libraron de tener que contestar gracias a que Matilda comenzó a llorar en aquel momento. Como Jennifer estaba ocupada con las verduras y Charlotte estaba preparando la salsa para la carne, Jordan se puso de pie.

–¿Quieres que vaya a verla? –le preguntó a Jennifer.

–Si no te importa –aceptó Jen.

–Enseguida estoy contigo –le dijo Charlotte, preguntándose si se las arreglaría.

Pero no tenía por qué haberse preocupado; cuando echó un vistazo en el salón, vio que Jordan tenía al bebé en brazos y le frotaba la espalda con suavidad.

–Ya está, cielo. ¡Pero qué ruido tan fuerte para una niña tan pequeña! –exclamó él en voz baja.

Aquel era el hombre que apenas unos minutos antes se había comportado de manera fría y calculadora, pensó Charlotte. Parecía estar a gusto y tranquilo con el bebé, y considerando las manos tan grandes que tenía, en comparación con el pequeño y frágil cuerpo de la niña, no parecía nada torpe. Después de un rato, Matilda eructó y dejó de llorar.

–Así está mejor –dijo Jordan y la dejó de nuevo en el cuco.

Unos minutos más tarde le oyeron hablar con Harriet mientras

esta aporreaba las teclas del piano.

–¿No te parece maravilloso? –le preguntó Jennifer a su hermana.

Charlotte se dijo a sí misma que no pensaría lo mismo si supiese lo que había estado diciendo de su padre.

–Puedes dejar de hacer de celestina, Jen.

Pero Jennifer no se dio por vencida.

–¿Pero a que ahora te alegras de que le haya invitado? Me he dado cuenta de lo que hay entre vosotros; si hubiese tardado unos segundos más en bajar, os habría pillado en un abrazo apasionado. Ya verás cuando papá se entere, estará encantado.

Charlotte quería decirle que las cosas no eran lo que aparentaban, pero se detuvo a tiempo por si Jen comenzaba a hacerle demasiadas preguntas.

–¿Sabes algo de papá? –le preguntó a Jen de manera casual.

–No. La verdad es que le echo de menos, Charlie. Ni siquiera he podido contactar con él en el móvil porque lo tiene apagado –dijo Jen e hizo un gesto de desaprobación–. No me gusta no poder hablar con él. Es ridículo, ¿verdad?

En aquel momento escucharon el sonido de la puerta de la entrada y a Steve anunciando que ya estaba en casa.

–¡Ya era hora! –gritó Jen al tiempo que sonreía a Charlotte.

–Pero si en realidad no estás enfadada con él –dijo Charlotte, aliviada de poder cambiar de tema–. Y si estabas pensando en hacer de celestina como carrera profesional, olvídate, porque se te da muy mal. Para que lo sepas, Jordan y yo solo somos buenos amigos.

–Eso es lo que yo solía decir de Steve.

No tuvieron tiempo para continuar hablando. Charlotte se ocupó en terminar de preparar la cena, contenta de tener algo que hacer para no pensar en su padre. Pero en cuanto se sentaron a la mesa, sus pensamientos volvieron de nuevo a él, y aunque la comida estaba deliciosa, Charlotte se sentía incapaz de tragar.

Steve estaba hablando sobre su empresa de ingeniería, pero Charlotte no escuchaba; estaba pensando que habían estado sentados allí mismo cuando su padre les comunicó que iba a volver a casarse.

–He conocido a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida –les había dicho.

Había sido un momento muy emotivo y feliz y todos desearon que el matrimonio resultase.

Jordan tenía que estar equivocado respecto a Ruth, pensó Charlotte con determinación, y como si pudiese leerle el pensamiento, Jordan la miró fijamente.

De repente, Charlotte recordó la forma en que él le había hecho preguntas acerca de su padre cuando salieron a cenar y se preguntó

si habría sido aquella la razón por la que la había invitado a cenar. De ser cierto, pensar en lo que sucedió después resultaba más duro aún.

–Estás muy callada, Charlie –dijo Jennifer de repente.

–¿De verdad?

Miró a su alrededor y al ver que todos la observaban, Charlotte se sonrojó.

–Lo siento, me estaba relajando.

–Charlotte ha estado trabajando demasiado –intercedió Jordan–. Estarás cansada, ¿verdad? –añadió sin dejar de mirarla.

–Supongo que sí –contestó Charlotte mirándolo furiosa; podía hablar por sí misma.

Jennifer movió la cabeza de forma reprobatoria.

–De verdad, Charlotte, eres igual que papá cuando se trata de trabajo. Sé que es muy importante para ti, pero tienes que descansar; aprovecha que Jordan está al pie del cañón y relájate.

Charlotte evitó mirar a Jordan.

–Sí, tienes razón –murmuró.

Steve levantó la botella de vino e hizo amago de rellenar las copas.

–Gracias, pero no puedo tomar más vino. Tengo que conducir –dijo Charlotte y puso la mano sobre su copa.

–Yo te llevaré a casa –dijo Jordan, en un tono que era más una orden que un ofrecimiento.

Charlotte dudó por un momento y levantó la mano; de todos modos quería seguir hablando con él acerca de su padre, así que le dejaría que la llevase, pensó con resignación.

Afuera se estaba haciendo de noche, de manera que Jennifer encendió unas velas y las puso en la mesa.

–¿Alguien quiere café? –preguntó Steve poniéndose de pie.

–Yo no, gracias –dijo Jordan–, pero te ayudaré a cargar el lavavajillas. Es lo menos que puedo hacer después de una cena tan deliciosa –añadió cuando Jennifer comenzó a objetar.

–¿Estás bien? –le preguntó Jennifer a su hermana en cuanto se quedaron a solas.

–Sí, claro.

Charlotte sonrió y se puso de pie apresuradamente. Tenía que alejarse antes de que su hermana continuase haciéndole preguntas; la conocía demasiado bien para no darse cuenta de que algo andaba mal.

–Discúlpame un momento –le dijo a Jen y se marchó al cuarto de baño.

Cuando entró, encendió la luz y cerró la puerta. Al mirarse en el espejo vio que tenía los ojos abiertos de par en par y que estaba

pálida; el shock de lo que Jordan le había contado empezaba a calar en ella. Se lavó la cara con agua fría, se retocó el carmín e intentó retomar el control sobre sí misma. Tenía que haber otra explicación para el dinero que faltaba. Y su padre estaría bien.

Pero Charlottte quería hablar con él antes de que lo hiciese Jordan. Quizá fuese más sencillo.

Lo mejor que podía hacer en aquel momento era inventarse una excusa para marcharse antes de que su hermana se diese cuenta de que algo andaba mal.

Habiendo tomado aquella decisión, se sintió un poco más tranquila, así que salió del cuarto de baño y se dirigió hacia la cocina. Mientras atravesaba el pasillo, escuchó voces que salían de allí; Jordan le estaba preguntando a Jennifer si sabía algo de su padre.

–No. Hace un rato le estaba diciendo a Charlie lo mucho que lo echo de menos, pero al menos se estará divirtiendo.

–El sur de Francia es precioso. Yo solía vivir allí y aún conservo una propiedad cerca de Saint Tropez. De hecho, fui yo quien les recomendó aquella zona e incluso le ofrecí mi villa a Simon, pero Ruth dijo que querían viajar por toda la zona y que ya tenían todas las reservas hechas.

–Sí, creo que Ruth tenía una idea aproximada de adónde quería ir. Cuando fueron el año pasado ella se enamoró de aquella zona.

Charlotte se quedó junto a la puerta, observando. Era una escena muy acogedora; Jordan y Steve recogían los platos mientras que Jennifer atendía a Matilda.

–¿Y adónde piensas que han ido tu padre y Ruth?

Jordan hizo aquella pregunta con tanta naturalidad que si Charlotte no hubiese sabido lo que sabía, habría pensado que simplemente estaba entablando una conversación educada. Pero sabiendo lo que sabía, sintió que el pánico se apoderaba de ella.

–Lo último que me dijo fue…

–Siento interrumpir la fiesta –interrumpió Charlotte con rapidez–, pero Jordan y yo tenemos que marcharnos.

Todos se volvieron para mirarla.

–¡Pero si aún es pronto! –exclamó Jennifer.

–Lo siento Jen, pero tengo mucho trabajo que hacer para mañana.

–¡Trabajo! –exclamó Jen e hizo un gesto de impaciencia con los ojos–. Pero si es domingo por la noche. Dile a Charlotte que tiene la noche libre, Jordan. Recuérdale quién es el jefe –añadió con una sonrisa.

Jordan miró por encima de la cabeza de Jennifer y se encontró con la mirada de Charlotte.

–Yo soy el jefe y esta noche no se trabaja, Charlie –dijo en un tono autoritario, para después sonreír y bajar la voz–. Lo que necesitas es acostarte temprano.

La insinuación implícita en aquellas palabras la envolvió de manera embarazosa.

–Ya entiendo –se rio Jennifer–. En ese caso, dejaré que los dos tortolitos se marchen.

A Charlotte le enfureció la forma en que Jordan le había dado la vuelta a todo el asunto, pero consiguió sonreír. Afortunadamente, su hermana solo pensaba que se sentía avergonzada.

–Bueno, no os entretendremos por más tiempo –añadió Jen y se puso de pie para seguir a Charlotte, que había salido al pasillo.

Cuando esta recogió su abrigo de encima del pasamanos, Jordan lo tomó de sus manos y la ayudó a ponérselo. El roce de sus manos contra su cuerpo hizo que se acalorase aún más; quería apartarlo de ella, pero no podía porque su hermana y Steve estaban delante de ellos, mirándolos.

–¡Ah! Siempre se me olvida decírtelo, Charlie –dijo Jennifer de repente–. Steve y yo le hemos pedido a Jordan que sea el padrino de Matilda y ha aceptado, así que seréis el padrino y la madrina… ¿no te parece maravilloso? Y como os lleváis tan bien, en cierto sentido es un poco romántico.

–Maravilloso –repitió Charlie, apenas sin respiración–. Pero no estamos…

–Seguros de qué comprar como regalo de bautizo –interrumpió Jordan, apretándole el hombro con la mano.

–Ya tendremos tiempo para hablar de eso –dijo Jennifer alegremente–, no será hasta primeros de junio. Supongo que papá y Ruth habrán vuelto para entonces, ¿verdad?

–Por supuesto –contestó Jordan–. Aún queda mucho tiempo.

–Además, aún no hemos decidido qué nombre le pondremos –dijo Steve, al tiempo que pasaba el brazo por los hombros de Jennifer.

–A mí me gusta el nombre de Matilda, me he acostumbrado a él –comentó Jordan.

–No –dijo Steve moviendo la cabeza–. Matilda es solo temporal para no tener que llamarla «el bebé». Se llamará Estelle, como mi madre.

–Yo creo que no –dijo sonriendo Jennifer.

Charlotte intentó zafarse del brazo de Jordan, pero él le sujetaba el hombro con fuerza.

–Gracias otra vez por una cena deliciosa –dijo Jordan y le dio un beso a Jennifer en la mejilla–. Sea cual sea su nombre, es una niña preciosa –añadió, mirando a la niña que estaba en brazos de

Jennifer.

–Buenas noches, Steve… Jen –dijo Charlotte, besándolos a los dos–. Ha sido una velada muy agradable.

Charlotte abrió la puerta y con la mano de Jordan aún sobre su hombro, salió a la fría noche.

–Adiós, tío Jordan… adiós, tía Charlie.

La voz de Harriet llegó hasta ellos desde el interior de la casa y los dos se volvieron para despedirse de ella con la mano.

Por un momento, la silueta de la familia se dibujó bajo la luz del recibidor. Después, la puerta se cerró y Charlotte y Jordan se quedaron solos.

Capítulo 4

ERA REALMENTE necesario que dijeses eso? –le preguntó fríamente Charlotte.

–¿El qué? –preguntó Jordan sonriendo, mientras rodeaba el coche hacia la puerta del conductor.

–Iré en mi propio coche –dijo ella, mirándolo furiosa por encima del coche–. No me bebí la última copa de vino, así que no hay ningún problema en que conduzca. Además, no quiero seguir hablando hasta que yo haya tenido tiempo para pensar.

–Entra en el coche, Charlotte –dijo él animadamente–. Hace demasiado frío para montar un numerito.

–¿Cómo?

Charlotte sintió deseos de lanzarle algo a la cabeza. Nunca se había dejado llevar por la ira de aquella manera, pero en aquel momento sentía que estaba a punto de estallar.

Jordan abrió el coche se montó, dejándola de pie en la acera, rezumando furia por todos los poros. Arrancó el coche y bajó la ventanilla del asiento del acompañante.

–¿Te vas a quedar ahí, helándote de frío o vas a entrar? Harriet te está mirando desde su ventana.

Charlotte miró hacia la casa y vio a su sobrina asomada a la ventana; estaba despidiéndose de ellos con la mano, así que Charlotte hizo lo mismo y se metió en el coche, apretando las mandíbulas.

Dentro hacía calor y olía a cuero y a la colonia de Jordan; era una extraña mezcla de aromas que por alguna razón le hizo sentirse más nerviosa aún.

En cuanto se abrochó el cinturón de seguridad, Jordan salió a la carretera.

–¿Me vas a decir por qué te has enfadado tanto? –le preguntó él con una ecuanimidad que la sacó de sus casillas.

–Eres un charlatán –le dijo irritada–. Me dijiste que no preocupase a Jen con el asunto de mi padre y de repente, te oigo interrogándola.

–No la estaba interrogando.

–No me engañas, Jordan. ¿Sabes algo de tu padre, Jen? –se mofó ella, imitando su amigable pregunta–. ¿Sabes dónde está para que pueda enviar a la policía fiscal? ¡Qué amable!

Jordan la miró divertido.

–Solo pretendía entablar conversación.

–Deberías haber sido político, Jordan Lynch. Se les da muy bien sostener a bebés en brazos y simular tener sentimientos.

–¿Has terminado?

–Y además –continuó ella–, le has llenado a Jen la cabeza de tonterías acerca de nosotros. El comentario acerca de acostarnos pronto ha sido excesivo.

–Pero nos ha sacado de allí, ¿verdad? Y como excusa, es bastante creíble –añadió él, sonriendo maliciosamente–. No es como si nunca nos hubiésemos acostado juntos.

–¿Te importaría olvidarte de eso? Fue un error.

–Relájate, Charlie; los dos disfrutamos de aquella noche y tú lo sabes.

Aquella despreocupada arrogancia alimentó aún más la furia de Charlotte.

–Deja que te diga una cosa –espetó ella–, preferiría acostarme con el mismísimo diablo antes que volver a hacerlo contigo. No quiero ni que me toques.

Jordan la miró con expresión irónica pero no dijo nada.

Pero en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Charlotte se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. La furia que se había apoderado de ella se estaba esfumando con la misma rapidez con la que había aparecido; se dio cuenta de que, en parte, su actitud había sido provocada por el shock inicial. Estaba preocupada por su padre y la enfurecía la arrogancia de Jordan.

Pero en ningún caso debería haber hecho aquel último comentario; había sido muy insultante.

Charlotte abrió la boca para disculparse, pero no fue capaz de decir las palabras. El silencio los envolvió y ella se sintió más incómoda aún. Miró de reojo a Jordan y le pareció aún más atractivo e imponente dentro del coche. Se preguntó qué estaría pensando; probablemente él tampoco quisiera volver a acostarse con ella, pero al menos tenía la educación de no mencionarlo.

Charlotte volvió la mirada de nuevo a su ventanilla. Habían llegado a su calle y según se acercaban al portal, Jordan aminoró la marcha. Pensó en algo que decir para relajar la tensión que había entre ellos, después de todo, tenían que verse al día siguiente en el despacho.

–Escucha, no puedes culparme por estar disgustada. Has insinuado cosas terribles sobre mi padre esta noche…

–Creo recordar que he hablado más sobre Ruth que sobre tu padre –la interrumpió él–. Se que estás enfadada y preocupada, pero tienes que darte cuenta de que yo no soy el villano de la historia. Soy la víctima –añadió.

Charlotte lo miró y frunció el ceño. Por mucho que lo intentase, no era capaz de ver a Jordan Lynch en el papel de víctima, era demasiado arrogante. Además, había salido demasiado bien parado

de todo aquel asunto; quería el control total de la empresa y probablemente lo conseguiría.

Charlotte apartó la mirada de él y la fijó en sus manos. Pensó que de todos modos, aquello no significaba que lo que hubiesen hecho Ruth y su padre, si es que habían hecho algo, estuviese bien.

–Se que mis comentarios acerca de que seas un charlatán probablemente estaban fuera de lugar –concedió ella en voz baja.

–«Probablemente» no. «Estaban» fuera de lugar.

–Lo siento –se disculpó ella en un tono apenas audible.

–¿Qué has dicho?

–Ya me has oído –espetó ella–. Lo siento, ¿de acuerdo?

–No te gusta admitir que te has equivocado, ¿verdad?

Jordan pareció repentinamente divertido y Charlotte inspiró profundamente.

–Quizá todo esto te resulte muy divertido…

–Te puedo asegurar que no –la interrumpió–. Sobre todo teniendo en cuenta la situación en la que se encuentra mi empresa.

–¿Así que ya es tu empresa?

Jordan detuvo el coche.

–Eso aún está por ver.

–Sí. Ya veremos. Gracias por traerme –dijo ella y se bajó del coche.

Se dirigió hacia la puerta de su casa, pensando que él se marcharía, pero en vez de eso, apagó el motor, se bajó del coche y la siguió hasta la puerta.

–No deberíamos discutir –le dijo él con calma–. No arreglará nada.

Jordan se dio cuenta de que le temblaba la mano al intentar meter la llave en la cerradura, así que tomó la llave de su mano. Al hacerlo, se la rozó y Charlotte sintió un escalofrío y se apartó bruscamente de su lado.

¿Cómo podía desearlo después de todo lo que se habían dicho?

No solo le había hecho el amor la otra noche, para después jactarse de ello por teléfono, si no que iba a perseguir sin piedad a su padre hasta que consiguiese sus acciones.

Jordan no era un hombre con el que fantasear.

Si él se dio cuenta de la rapidez con la que Charlotte se apartó de su lado, no dijo nada. Se limitó a abrir la puerta y echarse a un lado para dejarla pasar.

Cuando entró en su apartamento, Jordan miró a su alrededor y se fijó en la delicadeza de la decoración. A diferencia de su ático, que era de estilo minimalista, aquel piso era acogedor y femenino: los colores estaban combinados a la perfección y había muchos libros y flores.

–Mi padre no está aquí escondido, si es por eso por lo que has entrado.

–En ningún momento se me ha ocurrido pensar en eso –dijo Jordan mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba sobre una silla–. Comprobé que la llamada que me hizo Ruth era internacional.

–Si quieres puedo llamarte Inspector Clouseau –dijo ella sin poder evitar el sarcasmo.

–Puedes llamarme lo que quieras, si eso te hace sentir mejor – dijo él, también con sarcasmo.

Jordan entró en el salón y ella lo observó.

–Bonitas flores –comentó él al ver unas rosas rojas en un jarrón de cristal.

Eran de David y llegaron el día anterior; ingenuamente, Charlotte inicialmente pensó que serían de Jordan… ¡menuda tontería! Aunque no fue una tontería la profunda sensación de decepción cuando descubrió que eran de David.

De repente, aunque David le hubiese sido infiel, a Charlotte le pareció una alternativa bastante mejor al hombre que en aquel momento estaba en su apartamento.

–¿Vas a preparar café? –le preguntó Jordan de repente–. ¿O te vas a quedar ahí, mirándome nerviosa, toda la noche?

–¡No estoy nerviosa!

–Me alegro.

Jordan sonrió. Fue un gesto particularmente cariñoso y Charlotte sintió un cosquilleo en su interior.

–Lo tomaré solo y sin azúcar.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la cocina.

–Este hombre es una auténtica pesadilla –murmuró Charlotte para sí misma.

–¡Ya sabes que hablar con uno mismo es la primera señal de locura! –le dijo Jordan desde el salón.

Charlotte sacó la cafetera del armario y la dejó sobre la encimera con un golpe. Se tendría que conformar con un café instantáneo.

¿Para qué había entrado de todos modos?

De repente recordó la otra noche y que había sido él quien preparaba el café mientras ella daba vueltas por su salón; recordó también cómo después la había besado y la manera en que el calor de la pasión la había hecho enloquecer, deseando más de él. Jordan había deslizado las manos bajo su blusa para desabrocharle el sujetador y después acariciarle los pezones hasta endurecerlos…

A Charlotte se le escurrió una de las tazas de café de la mano y cayó al suelo, haciéndose añicos.

–¿Necesitas ayuda? –le preguntó Jordan, que estaba justo detrás

de ella.

–¡No! Puedo arreglármelas sola, gracias.

–De acuerdo, pero no te pongas nerviosa.

–¡Yo no estoy nerviosa! –mintió ella por segunda vez aquella noche–. Te prepararé el café.

Charlotte se dio la vuelta y sacó otra taza del armario. Entonces se dio cuenta de que Jordan estaba recogiendo la taza rota. Quería decirle que lo dejase; la cocina era demasiado pequeña para estar los dos a la vez, pero también lo era el salón… ¡todo el maldito apartamento! Pensó que aunque estuviesen cada uno en una punta de un estadio de fútbol, seguirían estando demasiado cerca para su gusto.

Al darse la vuelta para sacar la leche de la nevera, Charlotte estuvo a punto de chocarse con él y se apartó torpemente hacia un lado. Nunca había sentido la cercanía de un hombre con tanta intensidad; era como si volviese a ser una adolescente enamoradiza, con las hormonas descontroladas.

Se volvió hacia la cafetera y se lo encontró bloqueándole el paso.

–¿Hacemos una tregua, Charlotte? –le preguntó él y ella lo miró con incertidumbre–. No podemos continuar así.

–No sé a qué te refieres.

–Yo creo que sí.

Jordan tomó el cartón de leche de sus manos y lo dejó sobre la encimera.

–Siento lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo?

Charlotte se preguntó qué era exactamente lo que sentía, si haberla incluido en su lista de conquistas o haber acusado a su madrastra de fraude.

Intentó pasar por su lado pero él no se lo permitió. Jordan apoyó una mano en la nevera, detrás de ella, arrinconándola. Charlotte lo miró a los ojos; no era que fuese demasiado grande para su cocina: era demasiado grande para su vida.

–Entonces, ¿trabajaremos juntos para solucionar el problema de tu padre?

–Ya te dije que te ayudaría.

–¿Y entonces por qué te molestó que le hiciese preguntas a Jen?

–No tenía ningún sentido y yo estaba disgustada.

–Charlie, necesito saber si estamos del mismo lado –insistió él y le levantó la barbilla para obligarle a mirarlo.

El tacto de su mano la hizo temblar interiormente y se apartó bruscamente.

–Lo siento –se disculpó Jordan, apartando la mano–. Se me había olvidado que no quieres que te toque –añadió con sorna.

Ella levantó la cabeza, lo miró a los ojos e intentó concentrarse en su padre.

–Me cuesta creer que papá o Ruth se hayan llevado el dinero. Pero si lo han hecho, no pienso que esté bien en absoluto –le dijo ella y dudó antes de continuar–. Sin embargo, sigue siendo mi padre; da igual lo que haya hecho, yo le seguiré queriendo, así que no puedo estar del mismo lado que tú a no ser que…

–¿Qué?

–Que les des un poco más de tiempo para devolver el dinero.

Jordan dejó caer las manos a los lados.

–Por favor, Jordan –suplicó ella con suavidad.

Él la miró fijamente a los ojos: eran grandes y reflejaban inocencia y vulnerabilidad. Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

–De acuerdo. Lo haré por ti. Pero solo unos pocos días más, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –aceptó ella y sonrió.

Era la primera sonrisa sincera de toda la noche, pensó Jordan, y probablemente le había salido cara, porque necesitaba el control de la empresa cuanto antes. No podía permitirse perder más tiempo.

Jordan detuvo la mirada por un momento sobre sus labios para después bajar hacia el escote en forma de v de su jersey. Deseaba tomarla entre sus brazos y hacerle el amor otra vez; el deseo era tan fuerte que sintió cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar.

Entonces sonó el teléfono en el salón, arrancándolos del trance en el que estaban.

–Será mejor que conteste.

Pero a Charlotte no le dio tiempo a llegar y saltó el contestador automático.

–Hola, Charlie. Soy David otra vez. Espero que te gustasen las flores…

Charlotte se apresuró a descolgar el auricular para que Jordan no escuchase el resto.

–Por favor, perdóname y cena conmigo. Tenemos que hablar –dijo la voz de David y colgó antes de que Charlie pudiese alcanzar el teléfono.

–No te ha dado mucha oportunidad para contestar –comentó Jordan con sequedad.

–Probablemente pensaba que no estaría en casa.

–Quizá sea un cobarde y le resulte más fácil hablar con una máquina. Parecía muy arrepentido, ¿por qué quiere que lo perdones?

–Preferiría no hablar sobre David, si no te importa.

Charlotte pasó por su lado, hacia la cocina, y regresó con los cafés.

Cuando entró en el salón, Jordan estaba mirando el contestador automático.

–Tienes seis mensajes.

–¿De verdad? –dijo ella mientras le ofrecía una de las tazas.

–Quizá deberías escucharlos, alguno podría ser de tu padre.

–Los escucharé más tarde.

–¿Por qué?

–Porque quizá haya alguno personal.

–Pues los que sean personales los pasas deprisa.

Jordan la retó con la mirada.

–Solo quiero saber dónde está tu padre para que podamos hablar con él. Creía que teníamos un trato, Charlie.

Ella lo miró furiosa y, suspirando, pulsó el botón para escuchar los mensajes. Los tres primeros eran de David y aunque Charlotte se apresuraba en cortarlos, no pudo evitar que Jordan escuchase parte de ellos. Pero la siguiente vez que pulsó el botón, fue la voz de Ruth la que salió del contestador.

–Charlie, ¿estás ahí? –decía Ruth y se detuvo un instante para ver si ella descolgaba–. Charlie, estoy metida en un buen lío; tomé prestado algo de dinero de la empresa. No es lo que parece, pero eso ya te lo explicaré. Solo era un préstamo temporal, pero las cosas se han complicado y no sé qué hacer. ¿Puedes venir inmediatamente? Charlie, necesito tu ayuda. Apunta la dirección: Port Grimaud…

Charlotte se apresuró a escribir la dirección que daba su madrastra.

–Espero verte pronto –se despidió Ruth.

Charlotte sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Realmente había sido ella! Pero incluso en aquel momento le costaba creerlo y agachó la cabeza para que Jordan no viese las lágrimas.

–¿Estás bien?

Ella asintió, pero no levantó la cabeza.

–Es que no me ha gustado oír a Ruth tan disgustada. ¿Por qué lo habrá hecho?

Jordan no contestó, si no que dejó bruscamente la taza sobre la mesa y descolgó el auricular.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Charlotte con los ojos abiertos de par en par–. Jordan, ¿qué estás haciendo? –insistió al ver que él marcaba un número–. No estarás llamando a la policía, ¿verdad? ¡Teníamos un trato! Por favor, Jordan, no lo hagas –le suplicó al tiempo que le agarraba el brazo–. Haré cualquier cosa, pero por favor, no llames a la policía.

Jordan la miró fijamente.

–¿Cualquier cosa? –le preguntó él mientras observaba la delicadeza de sus curvas–. Veamos…

Alargó la mano y le acarició la mejilla con suavidad, y a pesar de todo, Charlotte sintió que el deseo cobraba vida en su interior.

–Es una pena que no sea tu tipo. ¿No dijiste algo acerca de que te acostarías antes con el diablo que volver a hacerlo conmigo? –le preguntó lacónicamente.

Charlotte sintió que se sonrojaba y él se apartó de ella para contestar a la llamada que había hecho.

–Hola, quería reservar dos asientos en el primer vuelo de mañana a Niza.

Charlotte sintió que el rubor de sus mejillas aumentaba drásticamente al darse cuenta del terrible error que acababa de cometer.

–¿Mañana por la tarde? Perfecto –continuó Jordan.

¿Por qué no la contestó cuando ella le preguntó? Charlotte deseó que se la tragase la tierra.

Jordan la observó mientras hablaba por teléfono y cuando colgó, les envolvió el silencio más incómodo que ella recordase.

–Creía que estabas llamando a la policía –dijo finalmente.

–Ya me he dado cuenta. Casi desearía que hubiese sido así –dijo él burlonamente–. Era una oferta muy interesante y tentadora…

Los ojos de Jordan recorrieron su cuerpo y Charlotte sintió como si la estuviesen tocando físicamente.

–Lo que ocurre es que me gustan las mujeres un poco más dispuestas, para que no resulte tan frío. Ya sabes, como es una especie de pago a cambio…

Charlotte apartó la mirada de él.

–Muy gracioso. Pero cuando dije cualquier cosa, no me refería a eso.

–¿De verdad? A mí sí me lo ha parecido y quizá lo tenga en cuenta –murmuró él mientras se acercaba a ella–. Por ahora me quedo con un beso a cuenta –añadió con la voz ronca.

Charlotte no dijo nada, si no que se limitó a mirarlo. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo.

Jordan agachó la cabeza y tomó los labios de Charlotte con los suyos. Fue un beso cariñoso y persuasivo, que incendió el cuerpo de Charlotte; mientras la besaba, Jordan le acarició la mejilla con el dedo para sujetarle la cara, pero no hizo falta ya que al profundizar el beso, ella respondió con una pasión cargada de deseo. Durante aquellos instantes, Charlotte se olvidó de todo salvo de la maravillosa sensación de estar entre sus brazos.

Cuando finalmente Jordan se apartó, la observó fijamente; sus labios eran suaves y sus ojos reflejaban aturdimiento.

–No ha estado mal, viniendo de una mujer que no quería volver a tocarme –murmuró él–. ¿Podemos dejar la cuenta abierta…? Ahora debo marcharme.

Charlotte no contestó. Quizá a él le resultase divertido, pero ella no era capaz de reírse. Sus emociones eran un auténtico torbellino.

Jordan se dio la vuelta y recogió su abrigo de encima de la silla.

–Será mejor que te lleves el equipaje a la oficina. Iremos al aeropuerto directamente desde allí. Así al menos podremos organizarlo todo en el despacho, antes de marcharnos.

¿Cómo podía hablar con aquella tranquilidad después de lo que acababa de suceder? Pero Charlotte sabía que él era capaz de pensar con claridad porque no había sentido el mismo deseo que ella. El amor era solo un juego para él y lo único que le importaba era hacerse dueño de la empresa de su padre.

Jordan salió por la puerta y la cerró con suavidad. Entonces ella se llevó la mano a los labios; los sentía palpitar y su cuerpo ansiaba que volviese para terminar lo que había empezado.

Resultaba mortificante que un hombre que apenas sentía nada por ella, la excitase tanto.

Capítulo 5

CÓMO es que te marchas tan de repente al sur de Francia? –le preguntó Frank al ver el bolso de viaje junto a la puerta de su despacho.

–Jordan quiere ir a ver unos terrenos para construir –mintió Charlotte por segunda vez aquella mañana–. Y quiero que mi padre estudie unos documentos.

Jennifer se había reído cuando se lo contó y le había dicho que a ella no la engañaba; estaba segura de que eran unas cortas pero románticas vacaciones. Charlotte había simulado reírse también, sintiéndose aliviada al ver que su hermana no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Pero, Frank, su ayudante, no se reía. Parecía preocupado.

–No estaremos en quiebra, ¿verdad?

Al escuchar aquello, Charlotte interrumpió lo que estaba haciendo y lo miró.

–¡No! ¿Qué te hace pensar eso?

Frank se encogió de hombros. Parecía ligeramente incómodo.

–Ha habido rumores debido a la ausencia de tu padre.

–¿De verdad?

Charlotte estaba genuinamente sorprendida. Ella no había escuchado ningún rumor, claro que se pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su despacho o bien en el taller.

–Pues dile a la gente que todo marcha perfectamente, ¿de acuerdo? Mi padre se está tomando unas merecidas vacaciones.

Frank asintió y dejó unos documentos sobre su mesa.

A lo largo de la mañana, el montón de documentos que tenía a un lado del escritorio para llevarse mientras estuviesen fuera fue creciendo. Se llevaba trabajo suficiente para una semana: con un poco de suerte estarían de vuelta al día siguiente, pero no podían estar seguros.

Charlotte miró en dirección al despacho de Jordan. Aquella mañana había temido el momento de encontrárselo, pero ambos habían estado tan ocupados que no hubo ningún problema. Era como si la llamada de Ruth y el beso que siguió, no hubiesen existido.

Charlotte le había preguntado a Jordan si Frank debía hacerles alguna reserva de hotel, pero él le había contestado que no hacía falta y ella se preguntaba el porqué. Según sus propios cálculos, aterrizarían en Niza a las cinco y media, hora local y les llevaría unas pocas horas conducir hasta Port Grimaud. Como no tenían billete de vuelta reservado, estaba segura de que pasarían al menos

una noche.

Entonces recordó que Jordan le había dicho a Jen algo acerca de una propiedad por la zona. ¿Estaría pensando en quedarse allí? Charlotte no estaba segura de que le gustase la idea. Un hotel sería mucho mejor, menos íntimo que si estaban solos en un apartamento. –Volveré en cuanto pueda –le dijo a Frank, apartando sus pensamientos de Jordan–. ¿Podrás arreglártelas aquí solo?

–Por supuesto –respondió Frank–. Por cierto, ha llamado Ruth. Tú estabas hablando por otra línea así que le dije que dejase un mensaje o que volviese a llamar.

–¿Qué te dijo? –preguntó Charlotte inmediatamente alerta.

–Dijo que volvería a llamar.

Charlotte lo miró frustrada.

–¿Dejó al menos un número donde poder localizarla?

Frank negó con la cabeza.

–Si vuelve a llamar, quiero que le des absoluta prioridad y que me la pases directamente a mí.

–De acuerdo. No te preocupes –dijo Frank con una sonrisa.

–Hablo en serio, Frank. Es muy importante.

–Te la pasaré directamente –dijo Frank y levantó las manos–. Lo prometo.

–Gracias –dijo ella e inspiró profundamente.

–Necesitas un descanso, Charlie –continuó su ayudante, mientras salía del despacho–. Trabajas demasiado.

Charlotte pensó que le bastaría con dormir profundamente durante toda una noche; apenas pudo dormir la noche anterior ya que no dejó de pensar en Ruth, en su padre y en Jordan.

Lo curioso era que la única persona de la que no se acordaba últimamente era David; el hombre con quien, hasta hacía unas pocas semanas, pensaba que iba a pasar el resto de su vida. En ocasiones, la vida podía dar giros muy inesperados.

Cuando por fin el avión inicio el despegue, Charlotte pudo relajarse. Odiaba los despegues; de hecho, el corazón le había latido con la misma fuerza que cuando Jordan la besó. En cuanto aquel pensamiento cruzó por su cabeza, deseó que no lo hubiese hecho. Estaba intentando olvidar los besos de Jordan.

Charlotte lo miró de reojo. Estaba leyendo un informe, en el cual llevaba absorto desde el momento en que se montaron en el taxi a la salida de la oficina. Se fijó en el elegante traje gris y la camisa de color azul que se había puesto y pensó que estaba demasiado atractivo para su paz mental.

De repente se encontró a sí misma deseando que Jen hubiese

tenido razón al asumir que aquello era una viaje de placer; solo Jordan y ella y nada de lo que preocuparse. Aquel pensamiento le pareció maravilloso.

Evidentemente, se estaba volviendo loca, pensó sardónicamente. Quizá Frank tuviese razón al decirle que necesitaba un descanso, porque mantener una aventura romántica con Jordan era buscar problemas. Y aún estaba nerviosa por la forma en que la había tomado el pelo con la llamada telefónica de la noche anterior.

Lo miró de nuevo y pensó que el problema era que no podía estar enfadada con él durante mucho tiempo; le iba a dar tiempo a su padre para que devolviese el dinero y había sido lo suficientemente razonable para querer viajar hasta Francia para hablar con él. No tenía por qué haberlo hecho, sobre todo cuando había tanto trabajo en la oficina.

Charlotte se preguntó si se pasaría todo el vuelo leyendo aquel informe, pero debería alegrarse porque al menos mientras trabajaba, no se burlaba de ella, cosa que parecía dársele bastante bien. ¿Por qué le resultaba tan misterioso? Charlotte tenía la sensación de ser capaz de pillarle el punto. A pesar de haberse acostado juntos, no lo conocía del todo y aquel hecho le hizo sentirse incómoda.

–¿Por qué no me has dejado pedirle a Frank que nos reservase un hotel para esta noche? –le preguntó de repente.

–Porque podemos quedarnos en mi casa; está al otro lado de la bahía de Port Grimaud –le contestó Jordan, casi sin levantar la vista de sus papeles.

–¿Pero no sería mejor un hotel?

–¿Por qué?

Charlotte había conseguido captar su atención.

–Para empezar, sería menos trabajoso para una sola noche. No habría que hacer las camas.

Charlotte utilizó deliberadamente el plural. No quería que se hiciese una idea equivocada después del fiasco de la noche anterior.

Jordan la miró fijamente y por un momento, pareció divertido, y Charlotte sintió que empezaba a sonrojarse.

–No te preocupes; no tendrás que hacer «las camas». Tengo un acuerdo con una señora que se ocupa de todo eso por mí.

Jordan volvió de nuevo su atención a sus informes y Charlotte lo observó. Hubo unos minutos de silencio entre ellos durante los cuales Charlotte se movió nerviosa en el asiento y miró por la ventanilla. Se dijo a sí misma que ella también debería ponerse con el trabajo que se había llevado, pero su cabeza no se lo permitió. No quería trabajar, quería hablar con Jordan.

–¿Y cómo es que tienes una casa en Francia? –le preguntó

finalmente, dejándose llevar por la curiosidad.

–Mi ex esposa es francesa. Después del divorcio, Nadie se quedó con nuestra casa de París y yo me quedé con la de Port Grimaud, que era nuestra casa de vacaciones.

–¿Discutisteis acerca de lo que se quedaba cada uno?

Charlotte no sabía por qué le preguntó aquello o por qué sentía tanta curiosidad acerca de su pasado.

Jordan dejó los informes de lado.

–No discutimos en absoluto. Fue todo muy civilizado. Y ninguno de los dos queríamos quedarnos con la casa de vacaciones… de hecho, no he vuelto desde el divorcio, hace casi un año.

–Eso es mucho tiempo para tener una propiedad y no hacer uso de ella.

–Supongo que sí.

Jordan volvió a sus informes y Charlotte tuvo la sensación de que en realidad no quería continuar hablando de aquello.

Pero ella quería hacerle más preguntas, y solo el recuerdo de la foto de su hija la detuvo. Sabía que a Jordan no le gustaba hablar del pasado; quizá algunas cosas resultaban demasiado dolorosas.

–Estoy muy preocupada por Ruth –le dijo, cambiando de tema–. Me telefoneó de nuevo esta mañana. A la oficina.

–¿Qué te dijo? –le preguntó Jordan, frunciendo el ceño.

–No hablé con ella. Yo estaba hablando por otra línea y Frank no sabía que fuese importante. Le dijo que volvería a llamar; he intentado llamar a mi padre al móvil otra vez pero sigue apagado. Quizá haya sido mejor así, porque si hubiese contestado no habría sabido qué decir –le dijo Charlotte y suspiró–. ¡Ojalá Ruth hubiese sido más clara en su mensaje!

–No tardaremos en averiguar qué es lo que pasa.

–Sí.

Pero aquellas palabras solo aumentaron la aprensión que sentía.

–Espero que esto no acabe con su matrimonio –dijo ella, incapaz de seguir guardándose sus miedos.

–Yo también –dijo Jordan y dudó un momento antes de continuar–. ¿Cómo te sentiste cuando tu padre se casó con Ruth?

Ella lo miró sorprendida.

–Estaba encantada. Jennifer y yo nos alegramos mucho por él; se merecía encontrar la felicidad después de todo por lo que había pasado. Además, llevaba mucho tiempo solo.

Jordan la miró con dulzura.

–¿Qué le ocurrió a tu madre?

–Murió de cáncer cuando yo tenía dieciséis años.

Charlotte giró la cabeza y miró por la ventanilla para que él no viese las lágrimas en sus ojos. Tenía la mano sobre el brazo del

asiento que había entre ellos y Jordan la tapó con la suya; su cálido tacto hizo que el corazón le diese un vuelco.

–¿Sabías que en la oficina se rumorea que tenemos problemas y que quizá estemos en quiebra? –le preguntó ella para cambiar de tema.

–Sí. Pero quería aclarar las cosas con tu padre antes de atajar ese problema –le dijo él con suavidad–. Es porque lleva mucho tiempo ausente y la gente no es tonta; saben que Simon es el alma de la empresa, así que se imaginan que algo ocurre.

En aquel momento las azafatas les informaron que estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto de Niza.

–No te preocupes, Charlotte. Juntos lo solucionaremos.

Charlotte sintió que el estómago le daba vueltas a medida que perdían altitud… ¿o sería simplemente por la cariñosa forma en que le había hablado Jordan?

Hacía mucho calor cuando salieron de la terminal y Charlotte deseó haber tenido tiempo de quitarse el traje de pantalón que se había puesto para ir a la oficina. Se quitó la chaqueta y se remangó la blusa mientras esperaba a Jordan, que había ido a buscar su coche de alquiler.

Durante un rato, viajaron en silencio. Jordan parecía conocer bien las carreteras y era un buen conductor. Reaccionaba con rapidez y controlaba con soltura el potente coche.

Charlotte lo miró de reojo; parecía controlarlo todo a su alrededor y aquello le hacía sentirse segura y protegida. David nunca la había hecho sentirse de aquella manera.

–Te agradezco todo lo que estás haciendo, Jordan –dijo ella de repente.

–¿El qué? –le preguntó él, mirándola de reojo.

–Pues dejar la oficina para solucionar este problema con papá y darle más tiempo.

Charlotte se encogió de hombros.

–Ya me has dado las gracias –dijo él y sonrió–. Un beso a cuenta, ¿no era así?

–Más o menos.

Charlotte intentó quitarle importancia al asunto, al igual que lo hacía él, pero sintió que sus emociones se disparaban al recordar aquel beso. Quizá tuviera que aclarar ciertas cosas, pensó de repente. Quizá debería sincerarse con él y decirle que ella no se tomaba las relaciones sexuales de la misma manera despreocupada que él. Entonces quizá dejase de tomarle el pelo con aquel tema.

Volvieron a quedarse en silencio. Ya habían salido a la autopista

y Jordan conducía a gran velocidad.

Charlotte lo miró e inspiró profundamente.

–Jordan, quiero decirte algo –dijo ella y se aclaró nerviosa la garganta.

–Parece serio.

–La otra noche… cuando… cuando hicimos el amor…

–¿Sí?

–Pues que nunca había hecho algo así.

–David es más tonto de lo que pensaba –murmuró Jordan con sequedad.

–¡No me refiero a que no me hubiese acostado nunca con un hombre! –exclamó ella furiosa–. Me refiero a que nunca he practicado el sexo esporádico.

–Si esta es tu forma de decirme que la otra noche estabas pensando en volver con David, no te molestes. Me he dado cuenta yo solo.

Charlotte frunció el ceño y abrió la boca para decirle que no estaba pensando en volver con David, de hecho, apenas había pensado en él durante los últimos días. Pero decidió callarse. Quizá estar pensando en volver con él era tan buena excusa como cualquier otra para aquella noche de locura.

Charlotte apartó la mirada y pensó que quizá no debería haber dicho nada, pero algo perverso en su interior la obligó a continuar.

–De todos modos –murmuró ella–, solo quería decírtelo porque soy bastante anticuada en lo que se refiere a asuntos del corazón.

–No hay nada de malo en ello –replicó Jordan con aparente despreocupación.

–Ahora me dirás, de manera condescendiente, que hace tiempo tú también creías en el amor.

–Efectivamente –dijo él, volviendo la mirada hacia ella por un momento–. Hace tiempo.

Charlotte supuso que estaba hablando de su ex esposa.

–Pero ahora prefieres amarlas y dejarlas, y concentrarte en tu aventura profesional –afirmó ella.

–¿Así es como me ves?

–Ha habido muchas mujeres con glamour en tu vida.

–Pero no todas al mismo tiempo –se rio él–. Me haces parecer un monstruo devorador de mujeres.

–No pienso que seas un monstruo –se apresuró a decir ella–. De hecho, pareces un tipo bastante decente.

–Gracias –dijo él y la miró de reojo.

Ella apartó la mirada. No le dijo que cuando se relajaba y le dejaba asumir el control se sentía segura, ni que cuando la sonreía de una determinada manera, el estómago le daba un vuelco.

Tampoco le dijo que le gustaba la manera en que la besaba y la hacía reír… o lo bueno que era en la cama. Su ego no necesitaba más adulaciones. Además, no quería que volviese a cotillear sobre ella por teléfono.

Continuaron en silencio y Charlotte se dio cuenta de la rapidez con la que anochecía. El potente brillo de los faros de los coches la adormeció durante un rato.

Pero en cuanto apareció la señal que indicaba que estaban acercándose a Port Grimaud, se espabiló instantáneamente.

–¿Vamos directamente a buscar a mi padre? –le preguntó ella.

–Sí. Creo que es mejor que solucionemos esto lo antes posible.

Charlotte sintió el cosquilleo de la ansiedad al darse cuenta de que había llegado la hora de la verdad.

La determinación en el tono de voz de Jordan le recordó que tras la encantadora fachada que Jordan proyectaba cada vez que le convenía, su prioridad eran los negocios.

Salieron de la carretera principal y se dirigieron hacia unas enormes verjas, que estaban custodiadas por guardas de seguridad.

–¿Qué clase de lugar es este? –preguntó Charlotte sorprendida.

–La clase de sitio donde veranean los multimillonarios y las estrellas del cine –dijo Jordan sonriendo–. Quédate en el coche mientras yo hablo con el guarda para que nos deje pasar.

Charlotte lo observó bajarse del coche y acercarse al guarda. A los pocos minutos estaba de vuelta y pasaron en el coche por las verjas hacia el interior.

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad el pueblo en el que habían entrado, pero Charlotte tuvo la impresión de que era una comunidad de yates: había canales y ensenadas a la vuelta de cada esquina y bajo la luz de las farolas, desprendía una calma mística.

–Esta es la dirección –dijo Jordan, aminorando la marcha.

–¿Estás seguro? –le preguntó Charlotte.

Miró en la dirección en la que miraba él y vio una gran casa particular que estaba totalmente a oscuras.

–Pensé que estarían en un hotel.

–Esta es la dirección que Ruth dejó en tu contestador –dijo Jordan y apagó el motor del coche–. Quédate aquí mientras yo investigo.

Pero Charlotte no le iba a permitir que la dejase atrás. Se trataba de su padre y quería estar presente para ayudarlo de la manera que fuese necesaria cuando Jordan se enfrentase a él.

–Te he dicho que te quedases en el coche –murmuró él con irritación.

–No eres mi guardián, Jordan.

Charlotte apretó el paso y se adelantó a él, en dirección a la entrada de la casa. No había timbre así que dio varios golpes en la puerta. El sonido vibró a través de la casa mientras ellos permanecían en silencio, atentos a cualquier movimiento en el interior.

–No parece que haya nadie –murmuró Charlotte y volvió a llamar.

Impaciente, Jordan se alejó de la entrada por el camino lateral que rodeaba la casa.

–¿Adónde vas? –le preguntó Charlotte.

–Voy a investigar por mi cuenta –dijo él sin aminorar el paso.

–¡Jordan!

Nerviosa, Charlotte corrió tras él.

–No puedes merodear por la casa de esta manera.

–Ya lo verás.

Como para demostrarlo, Jordan trepó por la verja de hierro forjado que le bloqueaba el camino.

–Jordan –llamó Charlotte.

Pero no volvió hacia la verja, así que tras dudarlo unos instantes, Charlotte se quitó los zapatos de tacón y lo siguió. No le resultó difícil pasar al otro lado porque la verja no era demasiado alta, pero tuvo que dejar los zapatos al otro lado.

Por el lateral de la casa la oscuridad era total, obligándola a caminar despacio y con cuidado.

–Resulta evidente que han salido –le dijo Jordan cuando ella lo alcanzó–. No hay ningún coche en el garaje.

–Sí. Resulta evidente –murmuró Charlotte–. No hacía falta venir a merodear para averiguarlo. Si estuviesen en casa, abrían abierto la puerta cuando llamamos.

–No necesariamente.

Jordan se acercó a las puertas correderas que daban al interior de la casa y se asomó a ellas.

Charlotte lo miró furiosa. Estaba empezando a irritarla.

–Mi padre no se escondería de mí, si es lo que intentas insinuar.

–No insinúo nada –dijo Jordan cambiando de ventana–. Solo compruebo todas las posibilidades.

Aquella tranquila y despreocupada actitud no mejoró el humor de Charlotte.

–Quizá debería arrancar los arbustos que rodean la casa –sugirió ella sarcásticamente–. Por si se han escondido debajo de alguno.

Jordan la miró y sonrió.

–Me parece bien. No te impediré llevar a cabo tu tarea.

–No es gracioso, Jordan –dijo enfadada Charlotte.

–Eres tú la que está haciendo las bromas.

–Pero eres tú el que arrastra la reputación de mi padre por el suelo –replicó ella, poniendo los brazos en jarras.

–Solo si me provocan.

–Mi padre no se ocultaría de mí. Si estuviese aquí, abriría la puerta.

Por un momento, la voz de Charlotte tembló, revelando el alcance de su ansiedad. Entonces, se dio la vuelta y se marchó al extremo del jardín. Allí se quedó de pie observando el mar y las luces que brillaban desde el otro lado de la bahía e intentando recuperar la compostura.

–Tienes razón en una cosa. No hay nadie en casa –dijo Jordan, acercándose a ella y con el tono de voz más suave–. Sugiero que nos marchemos a casa y nos olvidemos de todo esto por esta noche.

Charlotte deseó poder olvidarse de todo aquello, pero la preocupación que sentía por su padre crecía sin parar.

–¿Charlotte? –insistió él, colocando una mano sobre su hombro–. Vamos, no era mi intención disgustarte. Es tarde y los dos estamos cansados.

–Quizá ni siquiera sea la dirección correcta –dijo ella, dándose la vuelta para mirarlo–. Podrías haberte equivocado.

–No me he equivocado –dijo Jordan manteniendo la calma.

–No, claro, ¡qué tonta soy! Jordan Lynch nunca comete errores, ¿verdad? No como el resto de la raza humana.

–Lo creas o no, he cometido muchos –le dijo Jordan y le agarró del brazo–. Ahora, vayámonos a casa.

–Casa esta a cientos de kilómetros, Jordan –murmuró ella al tiempo que intentaba zafarse de su mano–. De todos modos creo que me quedaré aquí a esperar a que venga mi padre.

–Esta noche mi casa será tu casa, y solo está a unos pocos kilómetros de aquí –insistió él, sin soltarla hasta que llegaron a la verja lateral–. Además, creo que es mucho más sensato descansar antes de enfrentarnos con tu padre. Así los dos podremos pensar con claridad.

Aquellas palabras despejaron la furia que nublaba la cabeza de Charlotte. Jordan tenía razón, pensó ella mientras miraba cómo trepaba por la verja. Por el bien de todos, sería mejor tener la cabeza despejada.

De repente se dio cuenta con alarmante claridad lo vulnerables que eran. Resultaba evidente que Ruth había hecho algo mal, porque de lo contrario, no habría hecho aquella llamada telefónica. Y si Jordan decidía denunciarlos, estarían metidos en un buen lío. La irritó profundamente que el bienestar de su familia dependiese de algo tan simple como la buena voluntad de Jordan Lynch.

Charlotte comenzó a trepar por la verja y Jordan alargó la mano

para ayudarla a pasar al otro lado.

–Puedo yo sola, gracias.

–De acuerdo, señorita Independiente –murmuró Jordan.

Ella se contuvo de contestar sarcásticamente. De repente perdió el equilibrio al pisar tierra firme con un pie y meter el otro en uno de sus zapatos; Jordan la sujetó antes de que se cayese y por un momento, se encontró a sí misma entre los cálidos brazos de él.

Estar tan cerca de él fue una sensación de lo más extraña. El familiar aroma de su loción de afeitado y la ternura de su abrazo nublaron sus sentidos, removiendo sus debilidades y el profundo deseo que sentía hacia él; pero al mismo tiempo, una voz en su interior le decía que lo que aquel hombre quería era el control de la empresa familiar, y por lo tanto, era el enemigo de su padre.

–¿Estás bien? –le preguntó él.

–Claro que sí.

Charlotte se apartó de él y se ocupó en buscar sus zapatos y en ponérselos.

–Tienes razón –añadió ella–, deberíamos volver a tu casa y descansar. Debemos tener la cabeza despejada para mañana.

Capítulo 6

YA HEMOS llegado, Charlotte.

En el instante en que el coche se detenía, Charlotte abrió los ojos de par en par.

–Lo siento –murmuró somnolienta–. Cerré los ojos por un momento y no debería haberlo hecho.

–No te preocupes. Ha sido un día muy largo.

–No estaba dormida; estaba pensando en la situación de mi padre. Si la dirección era correcta, quizá…

–Charlotte, ya te has preocupado bastante por hoy. Déjalo estar –la interrumpió firmemente Jordan.

–Para ti es fácil decirlo. Pero yo no puedo desconectar así como así.

–Lo sé –dijo Jordan con suavidad–. Y por si te sirve de consuelo, entiendo cómo te sientes.

–¿De verdad?

Jordan observó la palidez de la piel de su cara y el brillante destello de sus ojos.

–Sí y no me gusta verte disgustada.

Charlotte no fue capaz de responder porque de repente se le formó un nudo en la garganta. ¿Cómo era que Jordan pudiese ser tan irritante un momento y al siguiente tan cariñoso y comprensivo?

Apagó las luces del coche, sumiéndolos en la completa oscuridad. Charlotte apenas distinguía la silueta de la casa contra el cielo nocturno.

–¿Tienes un apartamento aquí? –le preguntó ella al tiempo que abría la puerta del coche.

–No. Solo es una casa. Vamos adentro y encenderé algunas luces para que podamos ver lo que hacemos.

Lo primero en que reparó Charlotte según se bajó del coche fue en el estridente canto de las cigarras. Resultaba evidente que la casa de Jordan estaba en el campo. Una suave brisa agitó las palmeras, pudo ver sus altas siluetas contra el cielo iluminado por la luna, y a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, se dio cuenta de que aquello no era una simple casa, como había dicho Jordan. Era una preciosa villa, de elegantes líneas, enormes ventanas con contraventanas de madera y unos majestuosos escalones en la entrada.

Miró a Jordan mientras este sacaba las llaves y abría la puerta.

–Entra adentro; yo iré por el equipaje –le dijo mientras encendía algunas luces.

Charlotte entró en la casa. El pasillo tenía el suelo de piedra negra y las paredes blancas; llevaba hacia un gran salón con imponentes ventanas que miraban hacia el mar. Se acercó hacia las ventanas y admiró los jardines. Había una piscina iluminada, de color turquesa, que brillaba contra la oscuridad del césped.

–Es una casa preciosa –murmuró ella con admiración cuando Jordan entró en el salón.

–Sí. Está bien –dijo él con aparente indiferencia–. ¿Te apetece algo de comer y un café?

–Un café estaría bien; es un poco tarde para cenar. Pero primero me gustaría darme una ducha. ¿Te importa?

Charlotte se volvió para mirarlo.

–No, claro que no. He dejado tu equipaje en tu habitación, que es la segunda de la derecha en el piso de arriba.

Cuando Charlotte pasó por su lado, se dio cuenta de que Jordan miraba la habitación como si estuviese absorto en algún profundo pensamiento. Era como si ni siquiera se diese cuenta de que ella estaba allí.

Mientras subía por las escaleras, se preguntó en qué estaría pensando; quizá la última vez que estuvo allí fuese con su esposa.

Charlotte encontró el dormitorio, que tenía cuarto de baño propio, y no perdió el tiempo. Se quitó la ropa y se metió en la ducha; era como una bendición dejar que el agua caliente le cayese por encima, arrastrando la tensión acumulada. Cuando salió, se sintió infinitamente mejor. Se puso una toalla alrededor del cuerpo y se envolvió el pelo con otra y salió a la habitación a vestirse.

No se había llevado demasiada ropa; un vestido, unos vaqueros y unas cuantas camisetas, pero no le apetecía vestirse. Su mano se deslizó sobre su camisón de seda azul y la bata a juego; como eran más de las once, quizá no hubiese ningún problema en ponérselo. Se tomaría una taza de café y se acostaría.

Rápidamente se puso el camisón y la bata y se secó el pelo con el secador, y justo cuando estaba terminando, oyó a Jordan llamándola, así que se ató el cinturón de la bata y bajó para ver qué quería.

Como no lo vio en el salón, Charlotte se dirigió hacia la cocina, donde inhaló el delicioso aroma a comida, y a pesar de sus anteriores comentarios, sintió que tenía hambre.

–¡Aquí estás! –dijo Jordan, entrando por la otra puerta–. Sé que has dicho que no querías nada, pero he preparado algo de cena –añadió al tiempo que admiraba las delicadas curvas de su cuerpo envueltas en la seda.

–Vaya, lo siento. De haberlo sabido me habría vestido –dijo ella sintiéndose repentinamente incómoda–. Estaba a punto de

acostarme.

–Así estás perfecta. De todos modos deberías comer algo, Charlotte.

–Sí, supongo que tienes razón. Gracias.

Jordan sonrió.

–¿Te apetece una copa de vino? Hay una botella en la nevera.

–No, prefiero café, gracias.

Charlotte llenó la cafetera y la puso al fuego. Después, se apoyó contra la encimera para esperar a que saliese y observó a Jordan mientras este se movía por la cocina. Se fijó en que se había puesto unos vaqueros y una camiseta y en que aún tenía el pelo húmedo de la ducha.

–¡Qué rápido eres! Te has duchado, te has cambiado y ahora estás haciendo la cena.

–Solo es una tortilla –dijo él sonriendo–. Pensé que sería mejor cenar algo ligero.

Charlotte lo observó mientras aliñaba una ensalada y pensó que parecía manejarse bastante bien en la cocina. Viéndolo en aquella actitud, resultaba casi imposible creer que era el mismo poderoso hombre de negocios con el que trabajaba, el mismo hombre que le había dicho con fría determinación que quería el control total sobre la compañía de su padre. Pero lo era y ella tenía que recordarlo en todo momento, se dijo a sí misma cuando sus pensamientos comenzaron a centrarse en lo atractivo que era.

Charlotte se dio la vuelta para atender el café.

–Jordan, ¿exactamente cuánto dinero falta de la empresa?

Charlotte intentó que su tono pareciese despreocupado cuando se lo preguntó por segunda vez.

–Nunca me has dicho la cantidad exacta.

–Dejemos eso ahora, Charlie –dijo él, mirándola con seriedad–. Esta noche vamos a relajarnos y hacer que la empresa no existe.

–Nunca he sido una persona cobarde que esconda la cabeza –le dijo ella con dignidad.

Jordan se fijó en lo firme que se mantenía. Le había dado mucho a la empresa y todo aquello no debía de resultarle nada fácil.

Cuando le dijo la suma de dinero que faltaba, vio cómo el color desaparecía de su cara.

–Como ya te dije en Londres, en el caso de que tu padre no pueda permitirse devolver el dinero, llegaremos a un acuerdo en cuanto a las acciones de la empresa.

Aunque Jordan habló con aparente despreocupación, Charlotte percibió cierta frialdad en ella.

–Y eso es lo que realmente quieres: las acciones de la empresa.

–Ya lo sabes –le dijo él y entrecerró los ojos–. Pero no afectará a

tu trabajo, Charlotte. Cuando asuma el mando, te necesitaré más que nunca.

Charlotte pensó que hablaba como si la compañía ya fuese suya, algo que la enfureció.

–Querrás decir «si» asumes el mando –le recordó ella y sonrió ampliamente.

–Admito que eres una mujer con agallas, Charlie, y tengo la sensación de que lucharías hasta el final para proteger a alguien a quien amas y respetas.

–Tienes razón, lo haría –dijo ella, mirándolo a los ojos–. Solo espero no tener que llegar a ese extremo.

–Yo también. Lo último que quiero es estar en el bando contrario al tuyo.

Charlotte tampoco quería aquello, y no solo porque sabía que Jordan sería un magnífico rival. Había algo que la arrastraba hacia él; una debilidad que se revolvía en su interior cuando él la miraba de una determinada manera. No podía decir con exactitud qué era… pero deseó que desapareciese porque la situación en la que se encontraba ya era de por sí complicada.

–Volviendo al tema de tu trabajo, quiero que sepas que ocurra lo que ocurra, quiero que te quedes conmigo –dijo él con firmeza.

–Habrá que esperar a ver qué ocurre.

Charlotte habló con deliberado desinterés.

A Jordan no le agradaba aquello; de hecho, le horrorizaba la idea de no tener a Charlie en la oficina.

Pero ambos necesitaban descansar y relajarse, así que decidió dejar el tema por el momento.

–¿Por qué no sales afuera y te sientas? La mesa ya está puesta y yo no tardaré mucho.

Charlotte recogió la cafetera y salió a la terraza. Se detuvo junto a la puerta al ver la mesa; Jordan había puesto un mantel blanco y velas.

–Pareces haberte tomado muchas molestias –murmuró ella.

–Creo que después del día que hemos tenido, nos merecemos un pequeño capricho, ¿no crees?

Mientras se sentaba a la mesa, Charlotte pensó que quizá tuviese razón. Había sido un día muy largo y resultaba muy relajante estar allí sentada. La noche era preciosa, no había ni una sola nube en el cielo y el aire estaba cargado con el aroma de las flores. Los únicos sonidos eran los de las cigarras y el suave susurro de la brisa.

Charlotte estiró los brazos hacia arriba y giró la cabeza para relajar la tensión que sentía en el cuello, pero se detuvo repentinamente al ver a Jordan, de pie junto a ella.

–¿Es otro de tus ejercicios para tonificar el cuerpo? –le preguntó

sonriendo–. ¿Como andar a cuatro patas por las mañanas?

Charlotte hizo un esfuerzo por no perder la compostura al recordar aquella noche.

–Solo me estaba relajando. Tengo la sensación de que todo mi cuerpo necesita estirarse.

–Pues por mí no pares –le dijo Jordan y le puso delante el plato con la cena–. A lo mejor incluso necesitas ayuda –le preguntó y deslizó la mirada hasta la abertura de la bata, que dejaba a la vista la suave curva de su piel.

–No, gracias. Y si pretendes avergonzarme, quiero que sepas que no funcionará; no voy a permitir que sigas avergonzándome y tomándome el pelo.

Jordan se rio al escuchar aquello.

–Pues es una pena –se burló él.

Charlotte lo ignoró y se concentró en la comida.

–Está muy buena –lo felicitó, después de probar la tortilla–. ¿Quién te ha hecho la compra?

–Madeline. Es la mujer de la que te hablé en el avión.

–Sí. La mujer con la que tienes un acuerdo.

–Es una vecina, y muy buena por cierto. Ella me buscó una asistenta y normalmente viene a echar un vistazo para ver que todo está bien. No sé qué habría hecho sin ella durante el último año.

Charlotte miró hacia la piscina, que brillaba gracias a los focos que había en el fondo.

–¿Cómo has podido estar tanto tiempo sin venir? –le preguntó ella repentinamente–. Es preciosa.

Al ver que no contestaba, Charlotte se volvió hacia él. Sus atractivas facciones se habían tornado serias y todo rastro del alegre y despreocupado hombre que había sido hacía unos momentos, había desaparecido.

–Jordan –insistió ella con suavidad.

Él se encogió de hombros.

–Para serte sincero, nunca he querido volver. Hay demasiados recuerdos.

–¿De tu ex esposa?

–Y de Natasha. De la noche en que la perdimos.

–¿Ocurrió aquí?

Charlotte lo miró con preocupación. No era de extrañar que hubiese parecido angustiado al entrar en la casa.

–Fue un accidente de coche mientras estábamos veraneando aquí.

–Lo siento –susurró ella–. Quizá deberíamos habernos quedado en un hotel. Debe de ser muy doloroso para ti el volver aquí.

–Lo pensé. Pero teniendo esto, no tenía sentido –dijo él y miró

hacia la casa–. Además, no me hace falta estar aquí para que los recuerdos me atormenten; eso puede suceder en cualquier lugar –continuó y se volvió para mirarla–. A mitad de una conversación, o en el trabajo, o cuando veo a un niño. Incluso cuando veo a Harriet. Natasha tendría su edad –dijo él y se encogió de hombros.

Charlotte sintió deseos de levantarse y abrazarlo.

–Perder a un hijo debe de ser lo más terrible del mundo –dijo ella en voz baja–. Y perderla en un accidente… –continuó, pero supo cómo seguir–. ¿Conducías tú?

Jordan movió la cabeza.

–Yo estaba terminando de revisar unos documentos que me había traído del trabajo y Nadine se había llevado a Natasha al pueblo a comprar leche. No tenían que haber tardado más de quince minutos. En ocasiones pienso que si hubiésemos hecho la compra el día anterior, o si yo no hubiese estado trabajando…

–Pero no puedes culparte a ti mismo –le dijo Charlotte–. O a tu ex esposa. La vida no siempre es justa y los accidentes ocurren.

Jordan sonrió irónicamente.

–Lo sé.

Charlotte lo miró y se preguntó si habría sido el sufrimiento de perder a su hija lo que había roto su matrimonio. Algo como aquello debía de ser difícil de manejar.

–Me gustaría poder decirte algo que te hiciese sentir mejor –dijo ella en voz baja.

Jordan sonrió.

–El solo hecho de verte aquí cuando entré por la puerta me basta –le dijo él.

Al oír aquello, Charlotte lo miró a los ojos y sintió que el corazón le daba un vuelco.

–Creo que hasta hoy no me había dado cuenta de que no quería enfrentarme a esta casa yo solo.

En aquel momento sonó el teléfono. Jordan echó su silla hacia atrás y se puso de pie.

–Enseguida vuelvo.

Charlotte pensó en Jordan y en la tragedia que había destrozado su vida; siempre parecía tan fuerte e indomable, y sin embargo, bajo aquella dura fachada, había otro hombre; un hombre diferente que no era tan imponente como pretendía aparentar. Y de repente, Charlotte se dio cuenta de que le gustaba aquel hombre más de lo que podía decir.

Se impacientó consigo misma, de manera que se levantó y recogió la mesa. Después, apagó las velas y con una taza de café en la mano, bajó a la piscina.

Tenía un aspecto muy tentador y Charlotte probó el agua con los

dedos de los pies: estaba agradablemente tibia.

Cuando Jordan regresó a la terraza, la vio junto a la piscina y se detuvo a observarla unos instantes. Ella probablemente no se había dado cuenta, pero las luces de la piscina brillaban detrás de ella y Jordan pudo ver la silueta de su cuerpo bajo la bata y el camisón. Incapaz de evitarlo, deslizó la mirada por sus largas piernas y sus maravillosas curvas, y pensó que era guapísima.

Charlotte volvió a meter el pie en el agua y lo movió de un lado a otro.

–Puedes bañarte, si quieres –le ofreció Jordan–. El agua está estupendamente.

Charlotte se giró, sorprendida de encontrarlo allí, observándola.

–No he traído bañador.

–No importa. Aquí nadie puede vernos.

Charlotte se encogió de hombros, como si se sintiese incómoda.

–Si estuviese sola, quizá sí –murmuró ella.

–Ya entiendo –dijo él y sonrió–. Pues por mí no te preocupes; ya estoy viendo todo lo que hay que ver. Ese camisón es completamente transparente cuando te pones contra la luz.

–¡Bromeas! –exclamó ella, apartándose apresuradamente de la piscina.

Jordan se rio al ver la expresión de preocupación de su cara.

–Creía que ya no podía avergonzarte.

–Ya, claro, pero siempre consigues caer un poco más bajo –murmuró ella–. ¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome?

–El suficiente. Pero no se por qué te avergüenzas; como si no hubiese visto ya todo lo que tienes.

Ella lo miró furiosa.

–Soy humano, Charlie –continuó él–, y tú tienes un cuerpo maravilloso –añadió sonriendo–. Además, nunca me las he dado de ser un caballero.

–Al menos en eso llevas razón.

Charlotte hizo amago de apartarse de él, pero Jordan la sujetó antes de que pudiese moverse.

–Date un baño conmigo. Yo tampoco tengo bañador.

Sus oscuros ojos de color avellana la miraron con gesto de desafío y de repente, Charlotte dejó de sentirse irritada y avergonzada.

Por un momento, la idea de deslizarse por el agua junto a él, mientras sus cuerpos desnudos se acariciaban bajo aquellas cálidas aguas hizo arder la pasión en su interior.

Pero aunque no quería hacer caso a su sentido común, se apartó de él con determinación.

–No es una buena idea, Jordan –murmuró ella.

–¿Por qué no?

–Porque estamos cansados y se está haciendo tarde…

Charlotte se interrumpió, invadida por el pánico al ver que él apretaba el interruptor de la luz, dejando la zona de la piscina en completa oscuridad..

–Y debemos tener la cabeza despejada para mañana.

–¿Siempre eres tan sensata?

El ligero tono burlón de su voz la irritó ligeramente.

–Siempre que sea necesario –le dijo ella y lo miró a los ojos.

–Sabes que te deseo, ¿verdad?

Aquellas palabras susurradas incendiaron la sangre de Charlotte, al igual que el roce de su mano cuando él le apartó un mechón de pelo de la cara.

Sintió un cosquilleo y su cuerpo se puso en tensión. Charlotte lo sabía, podía verlo en sus ojos.

Ella también lo deseaba.

–Hablaba en serio cuando te dije que no quiero encuentros esporádicos.

Charlotte sintió que le temblaba la voz y luchó contra la traicionera debilidad que sentía en su interior.

–Porque eres una chica anticuada, ¿no?

La voz de Jordan era ronca y juguetona, y disparó voces de alarma en la cabeza de Charlotte.

–Además de eso, estamos en bandos distintos. –Pero no tiene por qué ser así, ¿no crees?

Jordan desvió la mirada hacia sus labios, agachó lentamente la cabeza y la besó. Tras un momento de duda, ella lo correspondió. La sensación que se apoderó de ellos fue pura excitación y de repente, Charlotte no pudo pensar en nada; lo único que fue capaz de hacer fue rodearle el cuello con los brazos y dejarse llevar por la deliciosa sensación de estar muy cerca de él.

Jordan bajó la cabeza y la besó el cuello, mientras sus dedos le desabrochaban la bata y se deslizaban hacia el calor de sus pechos; le acarició los pezones endurecidos y la hizo gemir de placer.

–Eres preciosa –le susurró.

–Y tú eres un profesional de la seducción.

Jordan le acarició la espalda y le quitó la bata, dejándola caer a sus pies. Entonces la sujetó por la cintura y comenzó a besarle los hombros apasionadamente.

–Creía que solo querías darte un baño –le recordó ella, con la respiración entrecortada.

Nadie la había besado como lo hacía Jordan. La ternura y la pasión de sus labios parecían privarla de todo pensamiento racional.

–Al infierno con el baño. Vamos arriba –dijo él con la voz

cargada de pasión.

Charlotte enterró los dedos en su pelo, se estrechó contra él y comenzó a besarlo de nuevo.

–Sí. Vamos arriba.

Charlotte se sorprendió cuando de repente él la tomó en brazos para llevarla adentro. Hubo algo salvaje y excitante en aquel gesto y ella le rodeó el cuello con las manos y enterró la cara en su pecho; inhaló su aroma y se deleitó en la sensación de poder que emanaba de él. Sintió que su cuerpo cobraba vida, lleno de anticipación y deseo, y de una excitación que parecía aumentar con sus intentos de cortar el flujo de la pasión mediante palabras de advertencia. Y saber que lo que estaba haciendo era jugar con fuego no apagó su ardor, sino que pareció alimentarlo. El peligro, la excitación y la urgencia se entremezclaron en su interior, haciendo que lo desease aún más.

Cuando entraron en la habitación, no encendieron las luces, dejando que los iluminase la luna, a través de la ventana.

Charlotte se tumbó de espaldas sobre la cama y miró a Jordan mientras él se desnudaba. De repente, tuvo la sensación de no estar allí realmente y que todo aquello era un sueño salvaje.

Lo observó cuando se quitó la camisa, admirando la musculosa perfección de sus hombros y su ancho y fuerte torso. Pero cuando él se sentó en el borde de la cama, a su lado, y comenzó a desabrocharse el cinturón, Charlotte sintió que de repente la excitación que había sentido, se convertía en una especie de aprensión nerviosa; Jordan tenía un cuerpo maravilloso y ella recordó con vívida intensidad lo bien que lo utilizaba.

–Jordan.

Charlotte alargó la mano para tocarle el brazo, y cuando él se volvió para mirarla, vio la duda claramente reflejada en sus ojos. Sin quitarse los pantalones, Jordan se echó en la cama junto a ella, le apartó el pelo de la cara y la miró a los ojos.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó él en voz baja.

–En todas las razones por las que esto no es una buena idea –se sinceró ella.

–A veces es un error analizar las cosas con demasiada profundidad.

–Quieres decir que debería relajarme, disfrutar del momento y no pensar en las relaciones.

–No hay nada de malo en disfrutar del momento en el que estás.

Estaban tan cerca el uno del otro, que Charlotte pudo sentir las vibraciones de su voz en su pecho.

Jordan la besó con dulzura.

El problema era que ella quería algo más que un simple

momento con Jordan Lynch. Quería mucho más.

«Estoy enamorada de él», se dijo mentalmente. Y entonces, a medida que aquel pensamiento se abría paso en su cabeza, sintió que el pánico se apoderaba de ella.

–Jordan, realmente pienso que esto no es una buena idea.

Charlotte habló a penas sin respiración. Lo empujó para apartarlo de ella y él se echó hacia atrás inmediatamente, permitiéndole a Charlotte apartarse hacia el otro lado de la cama. Se sentó en el borde, de espaldas a él.

–¿Por qué no? –le preguntó él con calma.

–Porque…

Charlotte se volvió para mirarlo. Jordan Lynch no era el hombre adecuado del que enamorarse, se dijo a sí misma, a no ser que quisiese tener el corazón roto. Era un mujeriego que disfrutaba con el juego del amor, pero que no aceptaba el compromiso. La única alianza que aceptaba era con los negocios.

–¿Por qué? –insistió él.

–Simplemente no es una buena idea.

Charlotte habló en un tono inexpresivo, intentando enterrar así todas las emociones que él provocaba en ella.

–Además, me preocupa lo que pueda ocurrir mañana –añadió e intentó, desesperadamente, concentrarse en la realidad de su situación–. Sé que dijiste que le darías unos días más para solucionar el problema, pero quizá no baste con unos días.

–Ya entiendo.

Charlotte percibió el cambio en su tono, que pasó de suavemente razonable a frío y mordaz.

–¿Qué es lo que entiendes?

–Que sigues enamorada de David, pero no te importa utilizar ese cuerpo maravilloso que tienes como moneda de cambio.

Charlotte sintió una punzada en su interior al escuchar la frialdad de aquellas palabras. De repente, las consecuencia de su forma de actuar, hicieron mella en ella.

–Eso no es cierto, Jordan –le dijo, en un sincero intento por aclarar la situación–. Te dije esta mañana que yo no soy así y…

–¿Y solo eres una chica anticuada? –sugirió él, haciendo un gesto de desaprobación con la boca–. Te creí la primera vez, Charlie, pero no colará la segunda.

–¡Jordan!

–Dime qué es lo que más te preocupa: el futuro de tu padre o las acciones que te gustaría tener en la empresa.

Jordan vio que ella se sonrojaba furiosamente.

–¿Cuánta ayuda esperas obtener? –añadió él.

–Será mejor que te marches –le dijo ella con firmeza.

–¿He metido el dedo en la llaga? –le preguntó él, moviendo la cabeza–. Lo más extraño de todo esto es que aún te deseo.

Jordan le recorrió el cuerpo con la vista, deteniéndose en su cara y mirándola con tanta intensidad que Charlotte sintió que le ardía el cuerpo.

–Quizá porque reconozco a un alma gemela, a una persona que sabe lo que quiere y a la que no le asusta utilizar cualquier medio a su alcance para conseguirlo.

Jordan alargó la mano y le tocó la cara con una caricia que no encajaba con la frialdad de sus palabras.

Al notarlo, se sintió humillada al darse cuenta de que el deseo por él aún existía en su interior. Se apartó de él, odiándose por aquella debilidad. ¡Cómo se reiría si conociese las verdaderas emociones que se habían apoderado de ella!

–De acuerdo, tienes razón –le dijo ella con la voz temblorosa–. Es cierto que quiero la parte que me corresponde y no quiero que seas duro con mi padre.

Charlotte lo miró con una determinación que no sentía en absoluto.

–Y quizá esté dispuesta a hacer cualquier cosa si sé que puedo contar con tu ayuda.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Jordan analizó sus palabras y las comparó con la angustia que se reflejaba en sus ojos y la repentina palidez de su piel.

La furia que lo había dominado momentos antes había sido motivada por la frustración; la deseaba con una fuerza que hacía años que no sentía. Pero no quería herirla y era lo que estaba haciendo en aquel momento.

–Tu padre es un hombre afortunado por tenerte a su lado, Charlotte.

Jordan habló con suavidad y se puso de pie. Ella lo observó mientras se acercaba a la ventana, quedándose de espaldas a ella.

Durante un largo rato ninguno dijo nada y Charlotte sintió que los nervios se apoderaban de ella. Deseó no haber pretendido ser tan lista; de todos modos, su posición no era una de fuerza: Jordan podía tener a la mujer que se le antojase. Aquello solo podía estropear las cosas aún más.

Decidió intentar explicarse, pero en aquel momento Jordan se dio la vuelta y la miró fijamente.

–Este es el trato: si tu padre no puede pagar, pero me entrega la cantidad equivalente en acciones, no lo denunciaré. Pero con dos condiciones.

–¿Cuáles?

–La primera es que continúes trabajando para la empresa

durante al menos doce meses y la segunda es que estés a mi disposición siempre que yo te lo pida.

–¿A qué te refieres con estar a tu disposición?

–Pues eso mismo. Creo que debemos trabajar más estrechamente, tanto dentro como fuera de la oficina.

–¿Quieres decir que tengo que acostarme contigo cada vez que te apetezca?

–¿Por qué estás tan enfadada, Charlotte? –le preguntó Jordan con tranquilidad–. ¿Acaso no era eso lo que me estabas ofreciendo hace un momento?

–Jordan, no lo dije en serio –le dijo ella y se levantó para acercarse a él–. Estoy bajo una gran presión y…

–Y deberías pensar las cosas antes de hablar –la interrumpió firmemente.

Jordan alargó la mano hacia ella y le apartó el pelo de la cara, al tiempo que la observaba.

–No tengo ninguna intención de obligarte a acostarte conmigo. Te aseguro que esas cosas no me excitan en absoluto.

El roce de sus manos hizo que los sentidos de Charlotte gritasen, suplicando sentirlo cerca. No se daba cuenta de que no tendría que obligarla a nada; incluso en aquellos momentos, se echaría voluntariamente a sus brazos.

–Pero no pretendo que me contestes ahora. Es tarde y sugiero que nos vayamos a dormir. Mañana hablaremos.

Y dicho aquello, se marchó cerrando con suavidad la puerta de la habitación.

Charlotte se recostó en la cama e intentó comprender lo que acababa de ocurrir. Era como si acabase de comprar un acuerdo para su padre y se sintió aliviada… ¿pero a qué precio?

Capítulo 7

JORDAN llamó a la puerta de la habitación.

–Charlotte, ¿estás despierta?

No hubo contestación. Jordan volvió a llamar y abrió la puerta.

La luz del sol entraba por las ventanas, iluminando la cama y a Charlotte, que aún seguía dormida.

Jordan admiró la suave perfección de su piel y las delicadas curvas de sus pechos; sus oscuras pestañas contrastaban sobre su cara y tenía los labios entreabiertos. Los rubios rizos de su melena cubrían las almohadas y enmarcaban su cara. Tenía un aspecto cálido y seductor.

–Charlotte.

Jordan le acarició la suave mejilla con un dedo y le apartó un mechón de la cara para verla con claridad.

Parecía vulnerable y frágil, y Jordan sintió deseos de protegerla. Pensó en el numerito que había montado la noche anterior y se preguntó hasta dónde sería realmente capaz de llegar para proteger a los que amaba.

Jordan dejó la taza que le había llevado sobre la mesilla de noche.

–Charlotte, tienes que despertarte –dijo él suavemente.

Ella sonrió en sueños y se estiró. Aquel movimiento dejó a la vista la suave curva de su pecho y Jordan sintió deseos de echarse junto a ella y tomarla entre sus brazos para sumergirse una vez más en su dulce cuerpo. Pero la noche anterior también había querido hacerlo y había tenido que utilizar toda su fuerza de voluntad para salir de la habitación. Después había salido afuera y se había metido en la piscina para hacer todos los largos posibles, en un intento por quedarse exhausto y sacársela de la cabeza. Pero no había servido de nada.

–Charlotte –dijo él, levantando ligeramente la voz.

Aquella familiar voz se introdujo suavemente en su conciencia. Por un momento no fue capaz de recordar dónde estaba y al abrir los ojos, se encontró con los de Jordan.

–Llevo un buen rato intentando despertarte.

–¿De verdad? ¿Qué hora es?

Charlotte se sintió nerviosa y avergonzada al recordar la noche anterior. Lo miró de reojo y vio que él estaba completamente vestido; llevaba unos pantalones de color beige y un polo de color crema.

–Son las ocho menos cuarto –le dijo y le ofreció la taza que le había llevado–. No estaba seguro de si por las mañanas tomas café o

té. Te he traído té.

–Gracias.

Charlotte se incorporó en la cama, procurando taparse con la sábana.

¿Cómo podía hablar de algo tan mundano como el té después de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior?

Al mirarlo, él sonrió y Charlotte se preguntó si lo que se dibujaba alrededor de sus sensuales labios era el brillo de la diversión. Probablemente toda aquella situación le resultaba extremadamente divertida. Incluso aunque no denunciase a su padre, tenía el suficiente poder para echarlo de la empresa; Jordan era lo suficientemente poderoso y despiadado en los negocios para hacerlo. Y probablemente también se felicitaba a sí mismo por haberla atado a la empresa durante un año. Había dado el golpe maestro.

Todo aquello resultaba irritante.

–¿He acertado o no? –le preguntó Jordan.

Ella lo miró sin comprender y entonces recordó de lo que estaba hablando.

–¿Con el té? Sí. Por las mañanas tomo té.

Jordan asintió.

–Aún no estás del todo despierta, ¿verdad? Pues dejaré que te espabiles tranquilamente. Después iremos al pueblo a desayunar.

Según cerró la puerta, Charlotte dejó la taza sobre la mesita de noche con un golpe y se recostó sobre las almohadas.

¡Desayunar! Con el peso de la ansiedad que sentía, aquello era lo último que le apetecía. Lo único que quería era encontrar a su padre, solucionar los problemas que hiciesen falta y olvidarse de sus sentimientos hacia Jordan. Él no se merecía su amor; era un hombre frío y calculador.

Charlotte echó las sábanas hacia abajo, se bajó de la cama y se metió en el cuarto de baño.

Quizá realmente no lo amase, se dijo a sí misma con irritación, mientras el chorro de agua de la ducha caía sobre ella. Quizá solo hubiese sido un momento pasajero de locura.

Quizá Jordan tuviese razón y ella aún seguía enamorada de David. Charlotte cerró los ojos y analizó sus sentimientos hacia David; le parecieron débiles e insípidos en comparación con lo que sentía por Jordan.

Recordó el día en que lo conoció, cuando su padre lo llevó a la oficina y les presentó. Ella lo había mirado y él había sonreído; aquella sonrisa le había provocado un cosquilleo en el estómago y ella inmediatamente había levantado sus barreras de defensa. Desde la seguridad de su relación con David, Charlotte había observado el

incesante goteo de mujeres bellas que pasaban por su vida y se había dicho a sí misma que hacía lo correcto al mantener las distancias con él.

Era un rompecorazones.

Sintió que le temblaban las manos al recordar la forma en que la había besado y la había hecho perder el control la noche anterior. Enfurecida, intentó apartar aquel recuerdo; en aquel momento no era capaz de enfrentarse a sus sentimientos hacia Jordan. Primero tenía que enfrentarse al problema de su padre.

Se puso un veraniego vestido de color rosa, se recogió el pelo y se maquilló con especial cuidado. Cuando se miró en el espejo, se sintió bastante satisfecha del resultado; al menos había logrado ocultar el hecho de que había tardado horas en dormirse y volvía a tener el mismo aspecto de siempre. Era una lástima que fuese una farsa, pensó mientras recogía su bolso y salía de la habitación al pasillo.

Escuchó un ruido a sus espaldas y se volvió para encontrarse con Jordan caminando hacia ella.

–Si ya estás lista, deberíamos marcharnos.

–Sí.

–He telefoneado a la compañía de aviones; hay un vuelo a Londres, con plazas libres, esta tarde a las cuatro y media. He reservado dos asientos.

Charlotte sintió una punzada de intranquilidad al oír aquello.

–¿Y si mi padre no está en casa cuando lleguemos? Quizá nos lleve algo más de un día solucionar este asunto.

–Charlotte, yo tengo un negocio que atender, así que de una forma u otra, habrá que solucionar hoy el problema de tu padre.

Aquellas palabras apretaron aún más el nudo de tensión que Charlotte sentía en su interior. ¿Habría cambiado Jordan de opinión acerca del trato que habían hecho? Parecía ser que sí, porque de lo contrario, estaba segura de que lo habría mencionado aquella mañana.

Charlotte lo siguió en silencio mientras salían de la casa; intentaba desesperadamente, reunir el valor suficiente para sacar el tema.

Mientras conducían a lo largo de la costa, continuaron en silencio. El calor dentro del coche era intenso; Charlotte podía sentirlo a través de su fino vestido de algodón, pero interiormente sentía un miedo helado.

Si su padre no estaba en casa aquella mañana, ¿llamaría Jordan a la policía, dando por zanjado el tema?

Charlotte lo miró nerviosa, pero las facciones de Jordan eran como un libro en blanco. Resultaba imposible saber qué estaría

pasando por su cabeza.

–No serás duro con mi padre, ¿verdad? –le preguntó ella en voz baja.

Jordan no contestó inmediatamente y ella levantó la vista cuando él aminoró la marcha hasta detenerse en el arcén.

–¿Has pensado en la propuesta que te hice anoche?

–¡Pues claro que lo hice!

Ella lo miró fijamente a los ojos y sintió una punzada de dolor al notar el enfriamiento de su tono de voz y su comportamiento.

–¿Y?

–Si aún sigue en pie, la acepto con tus condiciones –le dijo y miró por la ventanilla del coche–. Continuaré en la empresa un año más.

–¿Aunque tu padre no formase parte del negocio?

La calma con la que le hizo aquella pregunta le hizo volver a sentirse furiosa.

–No veo la razón por la que mi padre tendría que marcharse por completo. Es cierto que falta bastante dinero, pero tampoco es tanto.

–Charlotte, ya sabes cuál fue mi oferta, ¿la tomas o la dejas?

Ella apretó los puños con frustración.

–¿Y no serás duro con mi padre? –insistió ella–. ¿Lo tratarás con deferencia?

–Sí –asintió él–. Por supuesto. Siempre me ha gustado tu padre; esto no es algo personal.

Ella lo miró a los ojos.

–Solo son negocios –dijo ella fríamente.

Odiaba la forma en que él era capaz de dejar de lado sus sentimientos cuando se trataba de la empresa.

–Solo son negocios –aceptó él.

–De acuerdo –dijo ella, haciendo un gran esfuerzo por mantener su tono de voz despreocupado–. Tenemos un trato.

El brillo de satisfacción que vio en sus ojos, la exasperó aún más, pero no dijo nada. ¿Qué más podía decir? El hecho era que Jordan Lynch tenía todos los ases de la baraja en su poder, y lo sabía.

Jordan arrancó el motor y volvieron a la carretera.

–Terminemos pues con todo esto. Cuanto antes podamos volver a la normalidad, mejor –dijo él con suavidad.

Cuando llegaron a la casa a la que habían ido la noche anterior, Jordan aminoró la velocidad.

–Parece que hay alguien en casa –comentó él.

Charlotte siguió su mirada más allá de la enorme casa, de color rosa, hasta el garaje y se dio cuenta de que las puertas estaban abiertas y había un coche azul aparcado dentro.

Charlotte a penas pudo esperar a que el coche se detuviese para bajarse.

Mientras se apresuraba por el camino, vio que otra persona se alejaba por el otro lado de la casa. Se detuvo a mirar y con alegría comprobó que era su padre.

–¡Papá! –gritó ella y su padre se volvió.

La sorpresa se reflejó claramente en sus ojos cuando vio quién era ella.

–¡Charlotte! ¿Pero qué estás haciendo aquí?

–Pues venir a verte.

Al acercarse a él, Charlotte se dio cuenta de que no tenía buen aspecto. Simon McCann siempre había sido un hombre muy atractivo, que llevaba bien su edad. Pero en aquel momento tenía la cara pálida y demacrada, y había perdido bastante peso desde la última vez que ella lo había visto.

–¿Estás bien, papá? –le preguntó ella con preocupación mientras le daba un abrazo.

–Estoy mucho mejor por haberte visto, cariño –le dijo su padre, abrazándola.

Al hacerlo, los ojos de Simon se encontraron con los de Jordan.

–Me alegro de verte –dijo su padre con tranquila dignidad–. Tenemos cosas de las que hablar.

Jordan asintió.

En aquel momento Ruth apareció por un lateral de la casa, y al ver a Charlotte, abrió los ojos de par en par.

–¡Llevo días intentando hablar contigo!

–Pues ya estoy aquí.

Charlotte se fijó en la mirada de aprensión de Ruth al ver a Jordan.

–Vamos dentro –dijo Ruth e inmediatamente se dio la vuelta para dirigirse a la casa.

Su madrastra tenía el mismo aspecto inmaculado de siempre, pensó Charlotte. Era muy delgada y siempre iba muy arreglada; tenía el pelo recogido en un moño y llevaba unos pantalones informales de color blanco y una blusa blanca, ambos de diseño.

Pero no fue hasta que Charlotte entró en la casa y se acercó a ella, que se dio cuenta de que algo marchaba mal. A pesar del hecho de que Ruth llevaba varias semanas tomando el sol, tenía la piel pálida y ojeras.

–¿Alguien quiere tomar algo? –preguntó Ruth alegremente y Charlotte pensó que lo último que le apetecía era beber.

–¿Qué es lo que ha estado pasando? –preguntó Charlotte sin rodeos, mirando a su padre y a Ruth.

De su lista mental, era la pregunta menos perspicaz, pero

ninguno de los dos contestó.

–Estoy segura de que te apetece un refresco –insistió Ruth, indicándole silenciosamente a Charlotte para que la siguiese a la cocina.

Charlotte frunció el ceño y miró de nuevo a su padre. Se dio cuenta de que había una fragilidad en él que nunca había notado.

–Ayuda a Ruth con las bebidas –le dijo su padre con tranquilidad–. Quiero hablar a solas con Jordan.

Charlotte miró a Jordan al tiempo que se preguntaba qué se dirían el uno al otro. Fuese lo que fuese, deseó que Jordan no fuese duro con él; su padre no parecía estar lo suficientemente fuerte como para aguantar una confrontación.

–Todo irá bien, Charlotte –le dijo Jordan como si le hubiese leído los pensamientos.

–Eso espero –murmuró ella y se marchó a la cocina.

Ruth la estaba esperando allí. Estaba apoyada sobre la encimera y tenía los brazos cruzados; toda ella parecía estar en actitud de defensa.

–¿Estás enfadada conmigo por todo este asunto? –le preguntó Ruth en cuanto ella cruzó por la puerta.

Charlie observó a su madrastra y se dio cuenta de que, tras la expresión de cautela, estaba el cansancio.

–No. No lo estoy –contestó Charlotte con tranquilidad–. Solo confusa.

–¡Ah!

Ruth dejó caer los brazos a los lados y una inmensa expresión de alivio se reflejó en sus azules ojos.

–Gracias a Dios. No creo que hubiese podido soportar más furia. Ya he tenido bastante con tu padre.

–¿Qué es lo que está pasando? –le preguntó Charlotte resueltamente–. ¿Por qué falta dinero de las cuentas de la empresa?

Ruth parecía abatida.

–Ha sido un terrible error, Charlotte, y lo siento… no puedo decirte cuánto.

Ruth se volvió para abrir un armario y sacó una botella de whisky.

–Me vendrá bien un trago de algo fuerte. ¿Quieres?

–No quiero nada.

Charlotte se sentó en una de las banquetas e intentó ser paciente, aunque la curiosidad la carcomía.

–¿Jordan está furioso por lo del dinero? –le preguntó Ruth en un susurro.

–No creo que esté muy contento. Pero es un hombre de negocios, ¿qué esperabas? Era mucho dinero. Y no ha sido tanto la

cantidad como la forma en que ha desaparecido.

Ruth asintió y se sirvió un generoso vaso de whisky.

–¿Me vas a contar qué es lo que está pasando?

Ruth dio un trago largo a su bebida.

–Me pidió que no te lo contase –murmuró Ruth–. Me hizo jurárselo. Pero no puedo cargar con la preocupación yo sola, Charlie. Ya lo he intentado y mira la que he liado.

–¿Qué preocupación? ¿Qué es lo que no puedes decirme?

–Tu padre tiene el corazón enfermo –dijo Ruth–. Los médicos le han dicho que si no deja de trabajar, podría morir en el plazo de un año.

Ruth miró a Charlotte y vio cómo el color abandonaba sus mejillas.

–Eso fue hace siete meses –continuó en tono grave–. Desde entonces no dejé de suplicarle que se retirase, pero no quiso escuchar. Después, conseguí traerlo aquí de vacaciones. Cuando alquilamos esta casa, nos enteramos de que estaba en venta; a Simon le gustó mucho y se planteó la posibilidad de comprarla. Dijo que dejaría el trabajo por mí y que viviríamos aquí para disfrutar de su jubilación anticipada –continuó Ruth con la voz temblorosa–. Pero en el último momento cambió de opinión; decía que si se marchaba decepcionaría a todo el mundo. Yo le supliqué… –añadió con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Y qué ocurrió?

–Aparecieron otros compradores y el pánico se apoderó de mí, Charlotte. Tu padre no quiso cambiar de opinión, así que desesperada, utilicé el dinero de las cuentas.

–No puedo creer que hicieses eso –dijo Charlotte en un susurro.

–Solo era algo temporal. Creía que tu padre tendría fondos suficientes para reponer el dinero. Después de todo, hacía solo dos semanas que había pensado en comprarla –le explicó y nerviosa se pasó una mano por el pelo–. ¿Cómo iba a saber yo que la razón de su repentina negativa a comprarla era porque tendría que vender las acciones de la empresa para poder permitírselo? Él nunca me lo dijo… claro que tampoco se atrevería porque sabe que quiero que deje la empresa por completo. ¡El trabajo lo está matando, Charlotte!

Charlotte no fue capaz de articular palabra.

–Estaba desesperada. Simon es mayor que yo y cuando me casé con él, sabía que quizá no tuviésemos tanto tiempo para estar juntos como otras parejas… y quiero pasar tiempo con él… lo amo.

–Lo sé.

Charlotte captó la angustia en la voz de Ruth, así que se acercó a ella y la abrazó.

–Sé que lo amas.

Durante un rato, las dos mujeres simplemente se abrazaron. Charlotte no soportaba la idea de que su padre estuviese tan enfermo que pudiese morir; aquello ponía en perspectiva todas las preocupaciones acerca del dinero y la empresa.

–Lo he puesto todo a su nombre, Charlotte. Todo lo que he hecho ha sido en beneficio de tu padre.

–No dudo de tus intenciones, Ruth –dijo Charlotte apartándose de ella–. Pero deberías habérmelo contado antes. Habría intentado convencerlo para que se retirase.

Ruth movió la cabeza.

–Ya sabes lo testarudo que es; cuanto más intentas convencerlo de algo, más se opone. Por eso acabé tomándolo todo entre mis manos. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba –confesó Ruth–. Pero la situación aún puede salvarse; hace unos días telefoneé a Jordan y mediante indirectas, le pregunté si estaría dispuesto a comprar parte de las acciones de tu padre y me dijo que sí. De hecho, quiere comprarle todas sus acciones.

–Pero papá no quiere vender.

Ruth la miró con los ojos cargados de arrepentimiento.

–No. Se ha pasado los últimos cuatro días intentando conseguir el dinero para pagar la deuda. Anoche fue a ver a los que querían comprar esta casa y se la ofreció por menos de la mitad de lo que yo pagué. ¿Qué te parece?

Por un momento, la voz de Ruth tembló y pareció estar al borde de las lágrimas otra vez.

–Me siento como una idota, Charlotte, pero peor que eso, siento que tu padre no me ama. Si lo hiciese, no querría regresar al trabajo; intentaría que todo fuese más sencillo, si no por él, por mí.

–Ruth, tienes que entender que papá es un hombre muy orgulloso –le dijo Charlotte suavemente–. Para empezar, no querrá sentirse avergonzado delante de Jordan…

–En eso tienes razón. Los dos pensábamos que tendríamos unos días más antes de que Jordan se enterase. Los auditores no tenían que haber ido hasta la semana que viene y Simon estaba empeñado en conseguir el dinero para entonces.

–Pero no tuvisteis en cuenta a Jordan. Nada escapa a su atención en la oficina. La verdad, es que se parece mucho a papá.

–Probablemente por eso se llevan tan bien –dijo Ruth, limpiándose con un pañuelo–. ¿Qué voy a hacer, Charlotte? ¿Crees que Jordan nos echará un cable?

–Si papá está dispuesto a llegar a un acuerdo, yo creo que sí.

Charlotte pensó en el trato que había hecho con Jordan la noche anterior.

–De hecho, sé que lo hará.

Ruth lloró aliviada.

–Siempre me ha gustado Jordan. Es un buen hombre.

–Tiene sus momentos –murmuró Charlotte.

–El problema ya está resuelto –dijo Jordan desde la puerta de la cocina.

Las dos mujeres se volvieron sorprendidas.

–Simon quiere saber si podéis traer la botella de cava que hay en la nevera y cuatro copas.

–¿Cava? –preguntó Ruth perpleja–. ¿Es que vamos a celebrar algo?

–Sí. El hecho de que acabas de conseguir un marido a jornada completa y yo un negocio.

Aquellas contundentes palabras preocuparon a Charlotte.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ocurrido?

–Pues que hemos analizado la situación, y en vista de la salud de Simon, hemos decidido que lo mejor era que vendiese todas sus acciones. Así tu padre podrá disfrutar de una buena y bien merecida jubilación.

Por un momento se hizo el silencio.

Charlotte frunció el ceño.

–Ruth me ha dicho que estaba decidido a volver al trabajo.

–Pues ha cambiado de opinión.

Charlotte se encontró con la oscura mirada de Jordan y sintió una oleada de furia por la despreocupación con la que dijo aquellas palabras. No creía ni por un momento que su padre hubiese cambiado de opinión con tanta rapidez y facilidad por decisión propia.

–Pues para mí es una buena noticia –dijo Ruth, suspirando aliviada–. Cualquier cosa que haga que Simon no vaya a la oficina es buena.

Simon entró en la cocina después de Jordan. Miró a su esposa y le dedicó una sonrisa temblorosa.

–Ya tienes lo que querías; me vas a tener a tu lado las veinticuatro horas del día, Ruth. Solo espero que no te arrepientas.

–Espera un momento, papá –interrumpió Charlotte–. Creo que todo está yendo demasiado deprisa. ¿Tú estás contento con todo esto?

–Nunca perderé el interés por los negocios –dijo Simon y miró a Ruth–, pero quizá Jordan y Ruth tengan razón. En la vida hay cosas más importantes que el trabajo. Lo siento, Ruth, sé que te he sometido a una gran presión estos últimos meses. Y tienes razón, mi salud y nuestra relación deberían ser lo primero. Tengo intención de hacer bien las cosas.

Charlotte lo miró mientras se acercaba a abrazar a Ruth. Después, se dio la vuelta, pasó al lado de Jordan y salió de la cocina para darles un poco de intimidad.

Hacía calor en el muelle y ni siquiera la brisa que cruzaba de la bahía hacía mucha diferencia. Charlotte se apoyó en el pasamanos y miró hacia el mar. El pueblo de Saint Tropez brillaba en la distancia entre el verde de las montañas y el azul del mar.

Jordan salió a su lado y de repente, el calor que los rodeaba no fue nada en comparación con el calor de la furia que sentía Charlotte.

–Por fin has conseguido lo que querías –siseó ella–. Enhorabuena.

–Me gustaría darte las gracias, pero por tu tono de voz no creo que te interese.

Su vaga indiferencia fue la gota que colmó el vaso.

–Eres un verdadero canalla, Jordan Lynch –espetó ella y lo miró furiosa a los ojos–. Un auténtico canalla.

–Esa no es una buena manera de hablarle a tu jefe, Charlotte –le dijo él irónicamente.

–Me importa un pimiento cómo te hable. Eres deleznable; le has obligado a hacerlo, le has chantajeado para que te lo venda todo, igual que me chantajeaste a mí para quedarme en la empresa.

–Yo no he chantajeado a Simon.

–Debes de pensar que soy una completa ingenua si esperabas que me lo creyese –dijo ella y movió la cabeza–. Sé cómo funcionas, Jordan. Te he visto en acción. Me das asco.

–¿De verdad? ¿Doy por hecho entonces que nuestro trato se ha roto?

La tranquilidad con la que dijo aquellas palabras fue como un jarro de agua fría.

–Si rompo nuestro trato llamarás a la policía.

Jordan se encogió de hombros.

–La decisión es tuya. Si te hace sentir mejor, debes saber que tu padre se ha quedado con un diez por ciento de las acciones, así que algún día tendrás parte en el negocio familiar.

–¡Cielos! Le has permitido quedarse con el diez por ciento. ¡Qué bueno eres! –exclamó ella con sorna–. ¡Qué magnanimidad! ¿Los pies te los beso ahora o más tarde?

–Déjalo para más tarde –dijo Jordan y por un momento sus ojos brillaron divertidos–. Prefiero un poco de intimidad cuando la gente me besa los pies.

–Puedes reírte todo lo que quieras, Jordan. Pero no puedes explotar a la gente de la manera que lo haces y salirte con la tuya.

–Te puedo asegurar que no me he salido con nada. Sacar a tu

padre del lío en que estaba metido y comprarle la mayoría de las acciones no ha resultado nada barato.

Jordan miró hacia la puerta al ver que Simon y Ruth se acercaban con la botella de cava y las copas.

–Y si no quieres que se desperdicie el buen trabajo de hoy, te sugiero que sonrías y le desees a tu padre todo lo mejor en su jubilación.

Capítulo 8

AÚN NO era de noche cuando se montaron en el taxi a la salida del aeropuerto.

–¿Te importaría dejarme en casa de Jennifer? –le preguntó Charlotte a Jordan mientras se acomodaban en el taxi.

–De acuerdo –dijo Jordan y le dio la dirección al taxista.

Después, cerró la ventanilla de seguridad que los separaba del conductor y se recostó en el asiento. Les envolvió el mismo silencio tenso que les había acompañado desde que dejaron a su padre y a Ruth.

Charlotte miró por la ventanilla y pensó que no volvería a dirigirle la palabra a Jordan Lynch. Y en aquel momento, la idea de estar enamorada de él le pareció absurda; de hecho empezaba a pensar que en realidad lo odiaba.

No sabía cómo había logrado mantener una actitud alegre delante de su padre y de Ruth, porque por dentro estaba furiosa. Además, la elegancia con que su padre había aceptado la situación le había hecho sentirse peor. Se había comportado como un caballero con Jordan, aunque por dentro estuviese destrozado; después de tantos años trabajando para sacar la empresa adelante, habría sido muy duro dejar que se la quitasen bajo amenaza de denuncia.

Jordan se inclinó para recoger su maletín del suelo y al hacerlo, la manga de su chaqueta rozó la de Charlotte. Esta se apartó de él en el asiento, como si su roce pudiese contaminarla.

No se quedaron mucho tiempo con su padre porque Jordan había dicho que tenía unos negocios que atender en Saint Tropez. Charlotte no tenía ni idea de qué negocios serían; él no se lo había dicho y ella no había preguntado.

Había estado paseando sola por las abarrotadas calles, deteniéndose frente a los escaparates de las exclusivas boutiques y admirando los lujosos yates que estaban amarrados en el puerto. Mientras lo hacía, intentó calmarse antes de encontrarse con él en un determinado café. No tenía sentido discutir con Jordan, se había dicho a sí misma. No podía ganar.

Pidieron la comida y Charlotte se había dedicado a admirar todo lo que la rodeaba, decidida a ni siquiera mirarlo a la cara.

La situación había sido la misma durante el vuelo de vuelta a casa. Lo había ignorado, concentrándose en el trabajo que tenía que preparar para el día siguiente.

Por supuesto, a Jordan no pareció molestarle aquella actitud. De hecho, tuvo la audacia de decir que le alegraba ver que habían

tenido tan buen comienzo al demostrar ella su compromiso con el trabajo.

Charlotte lo observó de reojo mientras él sacaba el teléfono móvil y hacía unas llamadas, todas relacionadas con el trabajo; confirmó reuniones con constructores y contratistas, y finalmente habló con su secretaria, Laura, para decirle que estaría en la oficina al día siguiente por la mañana.

Charlotte escuchó la amigable charla y se sintió aún más irritada. Le resultaba curioso que pudiese parecer tan agradable cuando en realidad era un canalla.

–Todo parece estar en orden en la oficina –le dijo a Charlotte cuando colgó–. De hecho, parece ser que han tenido un día muy productivo.

–Más dinero para las arcas. Debes de estar muy satisfecho –replicó ella secamente–. Sé lo importante que es para ti.

–¿Cuánto tiempo vas a continuar así? –le preguntó él de repente.

–No sé de qué me estás hablando –dijo ella, aún sin mirarlo.

–Estoy hablando de los fríos silencios que hay entre nosotros y que únicamente rompes para hacer algún comentario sardónico.

Entonces ella se volvió para mirarlo a la cara.

–Teníamos un trato. Dijiste que le darías una oportunidad a mi padre; dijiste que lo tratarías con deferencia.

–Y así lo he hecho. El asunto está resuelto, así que déjalo ya, Charlie.

–Por lo que a mí respecta, no está resuelto. Mi padre es un hombre gravemente enfermo y tú te has aprovechado de ello.

–Sí. Tu padre está enfermo y debe retirarse. Tú eres la que tiene que enfrentarse a los hechos, Charlie: era eso o una muerte prematura. Quizá deberías pensar en ello antes de criticarme.

Charlotte se mordió los labios y volvió la cabeza. La verdad era que no quería pensar en ello demasiado.

–Hemos llegado a una solución satisfactoria para todos –continuó Jordan en un tono más amable.

–Ya solo queda darle la noticia a Jen –dijo Charlotte en voz baja.

–¿Qué le vas a decir exactamente?

–¿Qué ocurre, te asusta que le cuente lo despiadado que has sido para conseguir el control total de la empresa? –le preguntó ella en un tono mordaz–. Pues no te preocupes, porque me refería al estado de salud de mi padre –añadió en un tono más calmado.

–Tu padre fue muy categórico cuando dijo que no le contases nada a tu hermana –le recordó él.

–Ya lo sé, pero no es justo. Si le ocurriese algo, sería un shock terrible para ella. Tengo que decirle algo para que esté preparada por si acaso.

El taxi entró en la calle donde vivía su hermana y aminoró la marcha.

–Pare donde pueda –le dijo Charlotte al taxista y comenzó a recoger sus cosas.

Jordan la ayudó con el bolso de viaje; al hacerlo, sus manos se rozaron, provocando un escalofrío por todo el cuerpo de Charlie. Rápidamente, se apartó de él.

–Puedo arreglármelas yo sola, gracias.

Pero Jordan no soltó el bolso y cuando el taxi se detuvo y ella se apeó, Jordan también lo hizo.

–Adiós, Jordan. Te veré mañana en la oficina –le dijo ella con indiferencia.

–Tu coche aún sigue aquí desde el domingo, ¿verdad? –le preguntó él, ignorando su despedida.

–Sí…

–Bien. Así podrás acercarme a casa.

Aquella arrogancia la irritó, pero no podía hacer nada porque Jordan ya había sacado sus cosas del maletero y estaba pagando al taxista.

–Debes de estar realmente preocupado por lo que le pueda decir a Jen –murmuró ella mientras se dirigían hacia la casa.

–En absoluto –dijo Jordan.

–Sería un duro golpe para tu ego que yo estropease tu imagen de Don Amabilidad, ¿verdad?

–Piensa lo que quieras.

Charlotte pensó que realmente le gustaría entrar en casa de su hermana y poder decirle exactamente lo que había hecho.

Pero cuando se abrió la puerta y Harriet salió corriendo a recibirlos, Charlotte se dio cuenta de que no podía hacer tal cosa; Jordan era demasiado despiadado para que le importase lo que ella pudiese decir, y lo único que conseguiría sería disgustar a Jen.

–¡El tío Jordan y la tía Charlie han llegado! –gritó Harriet a su madre.

Apenas dejó que Jordan depositase el equipaje en el suelo antes de lanzarse a sus brazos.

–¡Ya estáis de vuelta! –exclamó Jen, saliendo de la cocina para recibirlos–. No os esperábamos hasta dentro de cuatro días –añadió mientras los besaba en las mejillas.

–Hemos vuelto porque nos han llamado de la oficina –dijo Jordan sonriendo–. De lo contrario, probablemente nos hubiésemos quedado.

–Pasad. Iba a preparar un café –dijo Jennifer y dio la vuelta para dirigirse a la cocina.

Una vez sentados a la mesa, Charlotte miró a Jordan fijamente y

se preguntó si realmente hacía solo dos días que habían estado cenando allí. Habían ocurrido tantas cosas que le parecía que había pasado un mes.

–¿Os habéis divertido? –les preguntó Jen mientras colocaba un par de tazas delante de ellos.

Charlotte procuró no mirar a Jordan.

–La verdad es que no ha sido un viaje de placer. Fuimos a ver a papá. Tengo que contarte unas cuantas cosas, Jen.

Harriet estaba corriendo y saltando alrededor de la mesa.

–Hoy he estado pintando en el colegio, tío Jordan –dijo la niña alegremente–. He hecho un dibujo para ti.

–¿Para mí? –le preguntó Jordan sonriendo.

Harriet asintió.

–Voy a buscarlo.

En cuanto la niña salió de la cocina, Charlotte comenzó a hablarle a su hermana acerca de la salud de su padre. Jordan se dio cuenta de que escogía las palabras con cuidado, procurando no impresionarla demasiado, al tiempo que contestaba con calma a las preguntas de Jen.

Solo cuando comenzó a hablarle de cómo asumiría Jordan el mando de la empresa, mientras su padre se recuperaba en Francia, notó que su tono de voz ya no era tan suave.

Jordan sonrió cuando por un momento, sus miradas se encontraron, y Charlotte perdió momentáneamente el control y sus verdes ojos brillaron con furia contenida.

En aquel momento Harriet regresó a la cocina, rompiendo la silenciosa comunicación que había entre ellos.

–Toma, tío Jordan –dijo la niña, entregándole orgullosa una hoja de papel.

–¡Dios mío! Tu hija tiene talentos ocultos, Jen –dijo él sonriendo y Jennifer se rio.

–Enséñaselo a la tía Charlotte –le urgió una emocionada Harriet.

Jordan imitó el redoble de un tambor con la mano y después le entregó la obra maestra a Charlotte.

Harriet había dibujado el mar, unas palmeras y dos figuras con los brazos entrelazados, las cabezas muy juntas y sonriendo ampliamente.

–Esa eres tú, tía Charlie –dijo Harriet señalando la figura con el pelo de color amarillo.

Charlotte tuvo que sonreír.

–Es muy bonito, cielo.

–¿A que ha captado perfectamente la atmósfera de Saint Tropez? –le preguntó Jordan, con un destello de diversión en sus oscuros ojos–. Y me ha dicho que nunca ha estado allí.

–Es cierto, ¿verdad, mamá? Nunca he estado en Francia.

–No, cielo, pero quizá puedas ir dentro de poco porque el abuelo y la abuela Ruth se han comprado allí una casa muy bonita.

–¡Sí! ¿De qué color es?

–Rosa –le dijo Jordan–. Y tiene vistas al mar.

–¡Qué bien! Voy a dibujarla.

–Intenta no despertar al bebé, por favor –le dijo Jennifer a su hija.

Después, cuando la niña se había marchado de la cocina, Jennifer se volvió hacia Jordan y sonrió.

–Enhorabuena por el negocio.

–Gracias. Aunque es una lástima que tenga que asumir el mando bajo estas circunstancias tan duras para tu padre. Ha hecho un buen trabajo durante todos estos años –le dijo Jordan a Jennifer, aunque miraba a Charlotte–. Siempre he respetado a Simon.

«Hipócrita», dijo Charlotte mentalmente.

–Bueno, tienes a Charlie –dijo Jen sonriendo.

–Por el momento –murmuró Charlotte sin poder evitarlo.

Por la forma en que Jordan la miró, entrecerrando los ojos, se dio cuenta de que la había oído.

–Papá siempre solía decir que Charlotte era su brazo derecho –continuó Jennifer, pero se interrumpió al escuchar los sollozos del bebé a través del transmisor–. Será mejor que suba a verla. ¿Por qué no os quedáis a cenar? Steve no tardará en llegar.

Charlotte abrió la boca para rechazar la invitación, pero Jordan habló por ella.

–Gracias, pero debemos marcharnos. Charlie y yo aún tenemos ciertos asuntos de que hablar antes de ir mañana a la oficina.

La arrogancia de aquel hombre no tenía fin, pensó Charlotte. Parecía estar asumiendo el control de todo y no le gustaba. Además, ¿de qué querría hablar con ella? Quizá fuese solamente una excusa para sacarla de allí antes de que dijese algo sobre su supuesto respeto hacia su padre.

–Gracias por el café, Jen.

–No hay de qué. Voy por Nicole, enseguida bajo.

–¿Nicole? –le preguntó Charlotte a su hermana y sonrió–. ¿Habéis llegado a un acuerdo con el nombre?

–Sí. Le pondremos Estella, como la madre de Steve, como segundo nombre.

–Es muy bonito.

–Sí, ¿verdad? Esperad un momento que voy a sacarla de la cuna.

–¿Os marcháis a casa? –preguntó Harriet con pesar, asomando la cabeza por la puerta del salón–. Aún no he terminado el dibujo.

–Lo veremos la próxima vez que vengamos –dijo Jordan

sonriendo–. Mientras tanto, aquí tienes un pequeño regalo que te hemos traído de Francia.

Jordan abrió su maletín y sacó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

–Ten cuidado al abrirlo porque dentro hay un animalito y no debes dejar que se escape.

Los ojos de Harriet brillaron con entusiasmo.

–¡Gracias!

Charlotte observó con interés mientras la niña arrancaba el papel y sacaba una pequeña caja pintada de verde y amarillo.

–¿Qué es, tío Jordan?

–Abre la caja y lo verás.

Con cuidado, la niña levantó la tapa y abrió los ojos de par en par cuando comenzó a sonar una música. Era el canto de la cigarra y dentro de la caja, había un pequeño insecto negro que se movía de arriba abajo.

Al verlo, Harriet la cerró apresuradamente.

–¿Es de verdad?

–No. Pero cada vez que levantes la tapa, cantará.

Harriet volvió a levantar la tapa para mirar en el interior y, una vez más, el dulce sonido del canto inundó la atmósfera.

–¡Es genial! Ya verás cuando se lo enseñe a mis amigos en el colegio.

Jen se rio mientras bajaba por las escaleras con Nicole en brazos.

–Podemos escucharlo e imaginarnos que estamos en algún lugar tropical.

Al escuchar aquel sonido, Charlotte recordó la villa de Jordan y la forma en que la había abrazado aquella noche en el jardín, antes de subir a la habitación. El recuerdo era tan intenso que sintió que su cuerpo se incendiaba de pasión.

–Es tan bueno, ¿verdad? –dijo Jen en voz baja, mientras Jordan se adelantaba para guardar el equipaje en el coche de Charlotte–. Me alegro mucho de que os vaya tan bien.

Charlotte no contestó. Una parte de ella se había sentido conmovida al ver que él se había acordado de llevarle un regalo a Harriet y se sintió confusa.

Era un chantajista, despiadado y canalla, se recordó a sí misma, pero al ver cómo sonreía a Harriet, aquellas palabras perdieron toda su fuerza.

–Bueno. Ya hablaremos mañana –dijo Charlotte.

Se ocupó en abrirle el maletero a Jordan. No podía permitirse dejarse llevar por aquellos pequeños detalles cuando sabía toda la verdad acerca de él.

–Papá dijo que ya te llamará y que no te preocupes –continuó Charlotte–; volverá a tiempo para el bautizo.

–¿Quieres que conduzca yo? –le preguntó Jordan.

–No, gracias.

Charlotte se apartó de él y se montó en el coche. Al menos si conducía, sentiría que aún controlaba parte de la situación, por mínima que fuese.

–Todo ha salido bien –murmuró Jordan mientras se despedían de Jennifer con la mano.

–Sí. Tu imagen de Don Amable está intacta –replicó Charlotte.

–Pero no para ti.

–Yo conozco al verdadero Jordan Lynch.

–¿Sabes lo que creo? Creo que en realidad te gusta pensar que soy un canalla desalmado. Es como una barrera de seguridad tras la que esconderte, ¿verdad? Así no tienes que aceptar el hecho de que entre nosotros existe una química sexual muy fuerte.

–¡Es que no existe tal cosa! –exclamó ella al tiempo que sentía cómo le hervía la sangre–. Lo único que siento por ti es… aversión.

–Mientes. Lo sabes tan bien como yo.

Aquellas palabras hicieron enfurecer a Charlotte.

–Lo único que sé es que eres arrogante y despiadado.

–Pues eso no es lo que pensabas la noche que hicimos el amor. De hecho, recuerdo que fuiste muy… entusiasta.

–Aquella noche fue un error –dijo Charlotte y sujetó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–Y en la villa me besaste con la misma pasión. Me deseabas tanto como yo a ti.

–Sabes por qué lo hice. Estaba preocupada por mi padre y… y…

–Y me hiciste una oferta, lo recuerdo. Y llegamos a un acuerdo –dijo él.

Aquellas palabras provocaron una profunda consternación en ella. ¿A qué se referiría? ¿Es que tenía intención de aceptar aquella oferta como pago?

El silencio les envolvió, pero no fue tan frío como lo había sido durante todo el día. Aquel silencio parecía estar envuelto en un intenso calor.

Charlotte intentó aparentar que no era consciente de cómo la estaba mirando. Intentó no pensar en aquella oferta, ni en los besos, ni en el desconcertante recuerdo de lo mucho que lo había deseado la noche anterior.

–De todos modos, emocionalmente aún no he superado lo de David.

Utilizó aquello como protección, pero sabía que no era cierto.

–¿Aunque se acostase con tu mejor amiga?

–No era mi mejor amiga –dijo Charlotte, sintiéndose repentinamente confusa–. ¿Cómo sabes tú eso?

Charlotte apartó la vista de la carretera y lo miró furiosa.

–Todo el mundo en la oficina lo sabe –dijo Jordan encogiéndose de hombros–. ¿Crees que podrías mantener la vista en la carretera? Me gustaría llegar de una pieza.

Charlotte miró de nuevo hacia el frente.

–Así que cuando estuvimos en mi apartamento y me preguntaste por qué se disculpaba, ya lo sabías.

–Sí. Pero quería oír tu versión de la historia. Solo quería saber lo que sientes por él en estos momentos –le dijo Jordan–. Evidentemente, aún estás dolida, pero no merece la pena que te disgustes por él.

–No lo estoy. Estoy disgustada contigo por hablar sobre mí en la oficina.

–Lo escuché de casualidad. Yo no tengo tiempo para los cotilleos.

–Sí que lo tienes cuando te conviene –le dijo ella irritada–; oí cómo le contabas a alguien por teléfono que te habías acostado conmigo.

Jordan frunció el ceño.

–Nunca he hablado de mi vida privada con nadie –dijo él en un tono de voz que no presagiaba nada bueno.

–Te oí –insistió Charlotte–. Fue a la mañana siguiente de estar juntos; tú te reías mientras le contabas cómo me habías invitado a café y se te había ido de las manos…

En aquel momento Charlotte deseó no haber comenzado con aquel tema; era demasiado vergonzoso y la forma en que él la miraba, con los ojos entrecerrados, resultaba desconcertante.

–Estaba hablando con tu hermana –dijo él con frialdad en la voz y Charlotte frunció el ceño.

–¿Con mi hermana?

–Me telefoneó para invitarme a cenar el domingo, y de alguna extraña manera, ya parecía saber lo que había ocurrido entre nosotros porque me estuvo interrogando sin piedad.

Jordan observó la consternación en la expresión de Charlotte y de repente sonrió.

–Así que si estamos buscando cotillas, creo que la culpable del delito eres tú.

–Pero yo pensé que…

–Sí. Resulta evidente lo que pensaste –la interrumpió Jordan tajantemente–. Pero puedo asegurarte que nunca he disfrutado con esas cosas.

Charlotte se revolvió en el asiento.

–Ya, bueno, la verdad es que no puedes culparme por pensar lo que pensé –farfulló ella–. No tienes muy buena reputación cuando se trata de mujeres.

–Quizá –aceptó él, encogiéndose de hombros–. El día en que me concedieron el divorcio, decidí que no volvería a enamorarme. Y aunque han pasado muchas mujeres por mi vida, siempre las he tratado con respeto.

Charlotte quería responderle de manera sarcástica, pero no pudo; se dio cuenta de que Jordan debió de sufrir mucho con su divorcio. Quizá aún sintiese algo por su ex esposa. De todos modos aquello no le importaba, se dijo con firmeza. No sentía el más mínimo interés por su vida amorosa.

–¿Realmente puedes perdonar a David su aventura? –le preguntó Jordan de repente–. ¿Y olvidarte completamente de ello?

–No fue una aventura, solo fue una noche. Tú y yo, entre todas las personas, deberíamos saber que eso no significa nada.

–Pero no mitiga el dolor provocado por la traición, ¿verdad?

–No –concedió Charlotte y apartó la mirada.

Pero lo extraño era que estaba más disgustada con su amiga Linda que con David.

Estaban llegando a la ciudad y el sol brillaba entre las nubes, en un último estallido de color antes de desaparecer. Charlotte se detuvo en un cruce, preguntándose cuál sería el camino más rápido. Quería dejar a Jordan en su casa lo antes posible, porque no era capaz de pensar con claridad cuando lo tenía cerca.

–La carretera de la izquierda sería la mejor opción –sugirió Jordan.

–Pero no creo que sea el camino más rápido para ti.

–No. Pero sí es el camino más rápido hasta tu casa.

Charlotte volvió la cabeza y al mirarlo a los ojos, sintió que la preocupación crecía en su interior.

–Hay una parada de taxis al lado de tu casa –le explicó él con calma–. Tomaré uno desde allí; así te ahorrarás tener que cruzar toda la ciudad.

Charlotte dudó por un momento. Lo que acababa de sugerir tenía sentido y con un poco de suerte, y pisando el acelerador, quizá se librase de él en poco tiempo. En cuanto se alejase de él, podría ordenar sus ideas y pensar con claridad y objetividad, así que tomó el camino de la izquierda.

Pero se equivocó al pensar que le resultaría sencillo librarse de él. Cuando finalmente llegaron al apartamento de Charlotte, Jordan insistió en ayudarla a llevar el equipaje hasta su casa.

–Muchas gracias –dijo ella y se quedó de pie junto a la puerta.

Simuló estar ocupada revisando el correo que había recogido del

suelo mientras él entraba para dejar el equipaje. Intentaba darle a entender que estaba esperando a que se marchase, así que cuando vio que se acercaba a ella, pensó que sería para despedirse. Pero en vez de eso, Charlotte vio cómo Jordan se quedaba dentro y cerraba la puerta.

–Creía que te marchabas.

–Tenemos asuntos pendientes.

–¿Cuáles?

Charlotte sintió que los nervios se le ponían a flor de piel cuando él tomó el correo de entre sus manos y lo dejó sobre la mesa.

Estaba muy cerca de ella, demasiado para su gusto, así que dio un paso hacia atrás, pero no tenía adónde ir. Estaba arrinconada contra la pared.

–Para empezar, tenemos que decidir sobre lo que vamos a hacer ahora.

–Tú te marchas a casa y yo respiro aliviada.

Charlotte lo miró a los ojos e intentó simular que era completamente inmune a él.

–Lo ves. Este es el problema; esta actitud no ayuda demasiado, Charlotte. Mañana tenemos que trabajar juntos y no creo que sea una relación muy exitosa si tú no dejas de mirarme enfurecida como si yo fuese el enemigo público número uno.

–A mi parecer lo eres. Puede que hayas comprado la empresa de mi familia, pero yo no soy parte de los activos; puede que tenga que trabajar para ti, pero no tienes por qué gustarme.

–Esas son palabras muy duras –dijo él y, apoyando una mano sobre la pared, se inclinó sobre ella–. Entonces, ¿por qué tus labios dicen algo completamente distinto?

Charlotte se fijó en la forma en que le miraba los labios y aquella mirada le hizo sentir un escalofrío de deseo.

–No sé de qué me hablas –dijo ella con la voz ronca y temblorosa.

–Yo creo que sí –dijo él y se acercó un poco más hasta que sus labios estuvieron a escasa distancia–. Creo que eres perfectamente consciente de lo que te estoy hablando.

Charlotte inhaló su familiar aroma a loción de afeitar y sintió su fuerte cuerpo a escasos centímetros del suyo. Irremediablemente, se sintió atraída hacia él como si la arrastrase alguna fuerza magnética. Apretó los puños con fuerza, decidida a luchar contra aquellos traicioneros sentimientos.

–Solo soy consciente de lo mucho que te odio –insistió ella testarudamente.

–El odio es una emoción muy fuerte –le dijo Jordan, mientras le

acariciaba la mejilla–. ¿Lo comprobamos?

–Jordan, yo…

Él la interrumpió colocando los labios sobre los de ella. La besó con tanta fuerza y pasión que Charlotte sintió que su deseo por él explotaba en su interior como un volcán. Pero estaba decidida a no responder; se mantuvo quieta con las manos inmóviles a los lados.

Entonces, Jordan suavizó sus besos y la besó lenta y seductoramente, y sin pensarlo, Charlotte levantó las manos para apoyarlas sobre los hombros de Jordan. Después, le devolvió el beso. No pudo evitarlo; el deseo en su interior era demasiado poderoso para ignorarlo.

–Esto está mejor –dijo él con la voz ronca y cargada de satisfacción.

Al oírlo, Charlotte se dijo que no debía continuar alimentando su ego y que debía apartarse, pero no fue capaz. En vez de eso, se estrechó contra él y lo besó con pasión. Le encantaba sentir el cuerpo de Jordan apretado contra el suyo.

Sintió que las manos de él se deslizaban sobre su cuerpo y las recibió con placer; deseaba sentirlas íntimamente.

Jordan le quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo para después desabrocharle los botones del vestido.

Aun cuando Charlotte se decía a sí misma que aquello era un gran error, su cuerpo la traicionó, aceptándolo con deseo, dominando sus pensamientos racionales.

Jordan deslizó las manos sobre su sujetador, se lo quitó y comenzó a acariciarle los pechos desnudos hasta que el cuerpo de Charlotte solo pudo sentir deseo hacia él.

La besó apasionadamente para después deslizar los labios por su cuello, mientras sus dedos jugaban con sus pezones endurecidos.

–Lo ves, Charlie. Tú no me odias –susurró él mientras sus labios buscaban de nuevo los de ella–. ¿Por qué no terminamos esto en un sitio más cómodo?

Jordan se echó hacia atrás para mirarla a los ojos y aunque ella no quería sentir aquel deseo ni perder el control, no fue capaz de negarse.

Toda su vida había sido muy independiente. Si permitía que Jordan la afectase de aquella manera, se arriesgaba a sufrir. Pero no podía evitarlo. No tenía fuerzas suficientes para luchar contra ello.

Capítulo 9

EN LA SALA de juntas el ambiente era seco y caluroso, y la reunión parecía no tener fin. Charlotte miró a Jordan mientras este se sentaba en la silla que hasta hacía poco, había ocupado su padre. Era un hombre fuerte y decidido, lleno de entusiasmo e ideas nuevas por lo que no estaba teniendo problemas en generar un buen ambiente entre las personas que estaban sentadas alrededor de la mesa.

En esencia, lo que estaba diciendo en aquel momento era que esperaba que todo el mundo lo respaldase.

Charlotte se preguntó, irónicamente, si alguien se atrevería a no hacerlo y lo miró pensativamente. Estaba muy atractivo con aquel traje oscuro, la inmaculada camisa blanca y una corbata de color gris perla. Era un hombre de negocios con éxito.

Jordan tomó un bolígrafo y jugó con él mientras hablaba. Los ojos de Charlotte se fijaron en su mano y de repente, sus pensamientos volaron hacia la noche anterior.

Las manos de Jordan recorrieron su cuerpo excitándola por momentos, acariciando el corazón de su feminidad mientras la seducía con promesas de placeres mayores.

Cuando Jordan se introdujo en ella, Charlotte gimió de placer; acarició y arañó su espalda mientras, con los ojos cerrados, se concentraba en mantener vivo aquel delicioso éxtasis el mayor tiempo posible.

–Eres deliciosa –murmuró él con la voz ronca.

Al principio, Jordan se movió despacio, controlándose a sí mismo al tiempo que aumentaba el deseo de Charlotte por él, hasta un grado tal que ella no había creído posible.

Charlotte recordó cómo había gritado su nombre y juntos habían ascendido a la cima del salvaje y delicioso placer de la satisfacción. Recordó también la vergüenza que sintió después, mientras descansaba con la cabeza apoyada sobre su torso; se sintió avergonzada de desearlo tanto, de amarlo aun sabiendo la clase de hombre que era y que, para él, aquello era simplemente sexo. Pensó que nunca se odiaría lo suficiente por ello. Sin embargo, cuando él se movió para besarla, Charlotte le devolvió el beso y la salvaje pasión volvió a crecer dentro de ella.

Cuando a primera hora de la mañana él se levantó de la cama para vestirse, Charlotte mantuvo los ojos cerrados, simulando estar dormida. Jordan la besó en la mejilla y ella sintió una amarga tristeza; había deseado que él le susurrase una palabra de amor, aunque no fuese verdad, pero por supuesto no lo hizo y Charlotte

sabía que había sido una ingenua por tan siquiera pensarlo. Deseaba que él sintiese lo mismo que ella sentía por él. Estaba enamorada de Jordan, pero la realidad era que él nunca lo estaría de ella.

En aquel momento Jordan bajó la vista y sus miradas se encontraron; el brillo que vio reflejado en sus ojos le hizo sentirse nerviosa y avergonzada, pero también sintió que la adrenalina fluía por todo su cuerpo cuando el deseo comenzó a crecer de nuevo.

–Creo que eso es todo. Daremos la reunión por terminada para que cada uno vuelva a su trabajo –dijo Jordan con firmeza.

Charlotte suspiró mientras recogía sus documentos y se puso de pie para salir de la sala junto con el resto de los empleados.

El poder que Jordan ejercía sobre sus emociones la asustaba. Bastaba una sonrisa, una mirada para despertar en ella una salvaje pasión que la sorprendía. Tendría que tener mucho cuidado en no bajar la guardia cuando estuviese cerca de él, porque resultaría demasiado humillante si Jordan se daba cuenta de que estaba enamorada de él.

–Charlotte, si tienes un momento, me gustaría hablar contigo –dijo Jordan.

Ella quería ignorarlo y salir de la habitación, pero sabía que no serviría de nada porque él la seguiría hasta su despacho. Además, prefería seguir aquel juego de apariencias hacia los demás.

–Dime, Jordan.

Charlotte se sintió orgullosa de su frío tono de voz, que no delataba ni un ápice de sus emociones.

–Siéntate.

Jordan movió la silla que había junto a él, pero Charlotte aparentó no darse cuenta y volvió al sitio en el que había estado sentada previamente, al otro lado de la mesa.

La secretaria de Jordan cerró la puerta y se quedaron a solas.

Durante un largo rato, Jordan no dijo nada, sino que se limitó a mirarla fijamente. Su pelo era una espesa melena de brillantes rizos, que ella se había recogido en una coleta; su piel estaba pálida y sin embargo, tenía un ligero rubor en las mejillas que indicaba que no estaba tan tranquila como intentaba aparentar. Jordan deslizó la mirada hacia su blusa blanca y se detuvo en el punto en el que el borde del sujetador de encaje era ligeramente visible.

–¿Qué quieres? –le preguntó ella bruscamente, incapaz de seguir soportando aquella silenciosa presión.

La forma en que la miraba trastornaba sus emociones.

Jordan sonrió tranquilamente y caminó hacia su lado de la mesa para sentarse sobre la misma.

–¿Qué te ha parecido la reunión?

–No estarás buscando mi aprobación, ¿verdad? –dijo ella sin

poder evitar el sarcasmo en el tono de voz–. Porque por la forma en que te has hecho con el control, nunca lo tendrás.

–Solo quería saber tu opinión –dijo él y con la mano, le levantó la cara hacia él–. ¿Qué te pasa? Creía que anoche superamos los problemas que había entre nosotros.

–¡Por Dios, Jordan! Va a hacer falta algo más que un revolcón para que yo supere la aversión que siento hacia ti –dijo ella y apartó la cara bruscamente de su mano–. Y por favor, no me toques; se puede ver todo a través de estos paneles de cristal. No debemos dar pie a los rumores.

–¡Dios nos libre! –exclamó Jordan con sequedad.

–Pues si eso era todo, tengo mucho trabajo pendiente.

Charlotte echó la silla hacia atrás, se puso de pie y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Jordan tamborileó suavemente con los dedos sobre la mesa y la observó a través de los paneles. Se sentía completamente frustrado.

Aunque la noche anterior hicieron el amor varias veces, aún la deseaba, más de lo que recordaba haber deseado a ninguna mujer; quería domar el fuego que surgía de su interior y controlarla por completo y sin embargo… cuando ella lo miraba, Jordan veía en sus ojos una vulnerabilidad que le hacía sentir deseos de protegerla, de extender los brazos hacia ella y decirle que podía tener lo que desease. Cualquier cosa.

Charlotte se sentó a su mesa y se preguntó si no habría marchado mal aquel último encuentro con Jordan. No estaba segura y lo único que sabía era que tenía que tratar las emociones que había entre ellos con la misma naturalidad que lo hacía él, solo que a ella no le resultaba tan sencillo. Quizá se hubiese referido a la noche anterior con demasiada frialdad, pero el orgullo era una emoción difícil de controlar.

Frank entró en su despacho y dejó los planos de unos apartamentos sobre su mesa.

–Ha sido una reunión interesante, ¿verdad? –le dijo su ayudante–. Jordan es un hombre de negocios muy astuto.

–Desde luego –concedió Charlotte.

–Aunque todos echaremos de menos a Simon –añadió Frank–. Ha sido la columna vertebral de esta compañía desde que puedo recordar. Y es un buen hombre.

–Sí. Gracias, Frank.

–¿Por qué? Solo digo la verdad. Se que esta transición no será fácil para ti.

–No. No lo será.

Charlotte miró hacia la sala de juntas y vio que Jordan se

marchaba, deteniéndose en el pasillo para hablar con una de las secretarias.

–Aunque tampoco creo que lo sea para Jordan –reflexionó ella en voz alta–. Nos llevará unos cuantos meses adaptarnos a la nueva situación y mientras tanto, Jordan necesitará todo nuestro apoyo.

Según decía aquellas palabras, Charlotte se dio cuenta de que hablaba sinceramente. Aunque nunca reconociese ante Jordan que lo apoyaría y trabajaría a su lado como parte del equipo porque se sentiría como si estuviese traicionando a su padre, interiormente tenía que admitir que era muy bueno para la empresa. Y si era realmente sincera consigo misma, sabía que su padre no había estado del todo centrado en el trabajo durante los últimos tiempos. De hecho, si no hubiese tomado a Jordan como socio, quizá en aquel momento estuviesen teniendo muchos problemas.

Aquel pensamiento se abrió paso dolorosamente en su cabeza. Era algo que realmente no quería admitir.

–Bueno, es la clase de persona que inspira confianza, ¿verdad? Creo que todo el mundo lo apoya –dijo Frank sonriendo.

–Sí…

Charlotte alcanzó los papeles que tenía delante de ella e intentó apartar de su cabeza todo lo que no tuviese que ver con el trabajo.

–¿Para cuándo quiere Jordan los datos de las ventas de los últimos meses? –le preguntó a Frank.

–No lo necesita hasta mañana, pero ha dicho que estaría muy agradecido si pudieses dárselo esta tarde.

–De acuerdo. Dentro de diez minutos tengo una reunión con un representante, y aún tengo que dar el visto bueno a este muestrario, pero lo prepararé durante la hora de la comida.

–De acuerdo.

Charlotte miró de reojo en dirección al despacho de Jordan. Había un empleado del departamento de planos sentado frente a él y parecían estar enfrascados en una conversación; Jordan se había quitado la chaqueta y se había enrollado las mangas de la camisa, señal de que las cosas estaban subiendo de tono.

Centró su atención en el trabajo que tenía delante y en aquel momento, sonó el teléfono. Charlotte descolgó impacientemente el auricular.

–Charlotte McCann al habla –dijo ella y se colocó el auricular entre el hombro y la barbilla para poder continuar trabajando.

–Hola, Charlotte. Soy David. Por favor, no me cuelgues.

Charlotte se sorprendió tanto de escuchar su voz que estuvo a punto de soltar el teléfono.

–David, este no es un buen momento para hablar –dijo ella, dejando el muestrario a un lado.

–He estado intentando localizarte durante días. ¿Has recibido alguno de los mensajes que te dejé?

David parecía enfadado y aquello irritó a Charlotte. Después de todo, había sido él quien había obrado mal.

–Estoy muy ocupada, David, y no tengo tiempo para esto.

–Solo quiero hablar contigo un momento. Aunque solo sea por los viejos tiempos –dijo él en un tono repentinamente suplicante.

Charlotte suspiró. Había tenido intención de telefonearlo para acabar con todo de una manera civilizada, aunque no se lo mereciese. Pero en aquel momento se dio cuenta de que su relación con David había seguido su curso y que habría terminado de todos modos. Incluso sin la intervención de su amiga Linda.

–No te entretendré demasiado –continuó David en vista de que ella no contestaba–. Estoy en la planta baja, en recepción.

Charlotte enarcó las cejas sorprendida.

–¿En este edificio?

–Sí. Y si no bajas, subiré yo porque tengo intención de verte sea como sea.

Charlotte miró nerviosa en dirección a Jordan; aún seguía reunido. No quería arriesgarse a que David subiese y organizase una escena, así que decidió bajar para acabar con todo aquello de una vez por todas.

–De acuerdo. Enseguida bajo.

Se pasó la mano por el pelo y se colocó el cuello de la blusa mientras salía al pasillo.

Al ver que se dirigía hacia los ascensores, Frank levantó la cabeza para mirarla.

–¿Adónde vas? –le preguntó.

–Tengo una visita esperándome en recepción. No tardaré mucho.

Mientras bajaba en el ascensor, Charlotte se maravilló de lo poco que le preocupaba la idea de volver a ver a David.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, lo vio. Siempre había pensado que David era un hombre bastante atractivo: era moreno, alto y fuerte. Además, siempre iba vestido a la última moda. Y siempre le había parecido un hombre de carácter fuerte, sin embargo, al mirarlo en aquel momento, por primera vez se dio cuenta de que había algo insípido en él. Quizá fuese la forma en que el pelo, demasiado largo para favorecerlo, le caía por la frente, o quizá fuese su sonrisa o la forma en que no era capaz de mirarla a los ojos.

David se apresuró hacia ella y por un terrible momento, Charlotte pensó que iba a besarla, de manera que dio un paso hacia atrás.

–Hola, David.

–Hola. Estás estupenda –le dijo él y la miró de arriba abajo con cariño–. Te he echado de menos, Charlie.

–De verdad, no tengo tiempo para esto…

–Escucha, sé que te hice daño…

–Y este no es el momento ni el lugar –continuó ella con firmeza.

–Pero es que últimamente nunca estás en casa y tenemos mucho de qué hablar.

–No tenemos nada que decirnos. David, escucha, no estoy enfadada; ahora sé que lo nuestro nunca habría funcionado. Lo único que nos mantenía unidos como pareja era nuestro trabajo.

–Charlie, no digas eso…

–Pero es cierto –dijo Charlotte y consultó su reloj–. De todos modos tengo que volver al trabajo. No te guardo rencor y te deseo lo mejor para el futuro, pero por favor, no vuelvas a llamarme.

Charlotte hizo amago de marcharse, pero él la agarró de la muñeca.

–Tengo entendido que tu padre se jubila.

–¿Cómo lo sabes?

Charlotte se sorprendió tanto que no se dio cuenta de que David la acercaba hacia él.

–Nadie lo ha sabido hasta esta mañana.

–Ya sabes cómo es este negocio. Hace tiempo que circulan los rumores. ¿Es cierto o no?

Ella asintió y David la llevó hacia un lado del vestíbulo.

–Por favor, David, no montes una escena –susurró ella, consciente de que se habían convertido en el centro de atención de las recepcionistas.

–Quiero preguntarte algo –dijo David bajando la voz–. Me han hecho una oferta maravillosa con una multinacional; me han ofrecido un proyecto para rediseñar el interior de todos sus hoteles, lo cual significa que tendré que contratar a mucha gente –le explicó él–. Es el grupo Sheldon y ya sabes que están por todo el mundo.

–Estoy impresionada, ¿pero por qué me lo cuentas a mí?

–Pensé que si tu padre se jubila, eso te dejaría libre para unirte a mí en esto. Seríamos un gran equipo y yo puedo hacer que te merezca la pena.

–No podríamos trabajar juntos –dijo ella con firmeza en la voz–. Además, aquí estoy bien.

–¿Te han dado las acciones de las que te habló tu padre? –le preguntó él y vio que ella se sonrojaba–. No. Ya me lo había imaginado.

–Algún día me las darán, pero ya sabes que es algo que nunca me ha preocupado.

–Sí, lo sé. Pero yo te estoy ofreciendo un buen negocio y mucho

dinero. Y no te preocupes por mí, no esperaré nada más que una relación profesional de ti –añadió él–. Pero por favor, piénsalo. Es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar y con tu talento llegaríamos muy lejos.

Antes de que Charlotte pudiese contestar, las puertas del ascensor se abrieron y apareció Jordan. Al verlos, sacó sus propias conclusiones y Charlotte pudo ver cómo apretaba las mandíbulas y entrecerraba los ojos.

–¿Qué está pasando aquí? –exigió saber–. Charlotte, estoy esperando esos datos, ¿no te ha dicho Frank que los necesito inmediatamente?

Charlotte frunció el ceño. Frank no le había dicho tal cosa.

–Esos datos son para mañana, pero le dije que los tendría listos para esta tarde –contestó tranquilamente–. He estado muy ocupada.

–Ya lo veo –dijo Jordan mirando a David.

–Me alegro de verte, Jordan –dijo David sonriendo de manera forzada.

–Me gustaría poder decir lo mismo, David, pero estas son horas de trabajo. ¿No tienes nada que hacer?

–Sí. De hecho estoy aquí por un importante negocio –replicó David sonriendo y miró a Charlotte–. ¿Qué te parece si cenamos esta noche para hablar más tranquilamente?

–Charlotte está ocupada esta noche –contestó Jordan por ella–. Ahora, si no te importa, tenemos mucho trabajo.

Por un momento David pareció estar a punto de discutir, pero al mirar a Jordan cambió de opinión.

–De acuerdo, me marcho. Te llamaré más tarde, Charlotte.

Le dedicó una débil sonrisa a Charlotte y salió del edificio.

Charlotte miró furiosa a Jordan. ¿Cómo se atrevía a contestar por ella y a bajar a buscarla como si le perteneciese?

Consciente de la avidez con que les observaban las recepcionistas, Charlotte se dio la vuelta y se dirigió hacia los ascensores. Jordan la siguió y en cuanto se cerraron las puertas, ella perdió la compostura.

–¿A qué demonios te crees que estás jugando, dándome órdenes de esa manera? ¡Y delante de David! No eres mi guardián, Jordan –le dijo ella y ladeó la cabeza en un gesto de desafío.

–No. Pero soy tu jefe.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que Charlotte se revolviese interiormente.

–¿Qué quería?

–Quería salir a cenar para poder hablar conmigo y tú no tenías ningún derecho a contestar por mí.

–Vamos, Charlotte, ¿en serio querías salir con él?

Jordan alargó la mano y pulsó el botón de parada, deteniendo el ascensor entre dos pisos.

–Eso es asunto mío, no tuyo.

–Ese tipo es un canalla, Charlie. Se acostó con tu mejor amiga.

–No era mi mejor amiga –le recordó ella.

Jordan se encogió de hombros.

–Pensé que te alegrarías de que haya bajado para librarte de él.

–Pues no me alegro.

–Ya conoces el dicho del gato escaldado; quizá deberías reflexionar sobre ello.

Aquella arrogante afirmación la hizo enfurecer aún más.

–Solo porque nos hayamos acostado juntos no te da derecho a decirme lo que debo hacer en mi vida privada. Y para que lo sepas, la única razón por la que David ha venido a verme ha sido para ofrecerme un trabajo –le confesó–; un buen puesto en el grupo Sheldon, rediseñando el interior de sus hoteles a nivel mundial.

Jordan entrecerró los ojos.

–Como si es a nivel interestelar. Hicimos un trato, Charlie, y te has comprometido a trabajar para mí durante un año –le dijo Jordan y endureció el tono de voz–. ¿O es que te estás echando atrás?

–No –se apresuró a decir ella e inmediatamente se arrepintió de habérselo contado.

–Así que has rechazado su oferta, supongo.

–Sí –admitió ella a regañadientes.

–Bien –dijo él y por un momento miró sus labios fijamente–; porque no quiero que lo vuelvas a ver, bajo ninguna circunstancia.

Aquella afirmación hizo que el corazón de Charlie diese un vuelco.

–Te quiero exclusivamente para mí.

Jordan apoyó la mano en la pared del ascensor y agachó la cabeza para besarla. Ella intentó apartar la cara, pero como siempre ocurría cuando él estaba tan cerca, no encontró fuerzas para rechazarlo. Sus labios eran deliciosamente seductores y la mano con la que le sujetó la cara era tierna y delicada.

Charlotte sintió que sus emociones eran un torbellino de confusión y, cuando quiso darse cuenta, le estaba devolviendo el beso.

Cuando se apartó de su boca, Jordan sonrió y observó sus mejillas sonrosadas y el suave contorno de sus labios.

–No quiero que David vuelva a verte, ¿me explico? –repitió él y Charlotte pensó que el trasfondo de su voz no encajaba con sus palabras–. Y esta noche saldrás a cenar conmigo.

–Ya entiendo, quieres decir que en base a nuestro acuerdo, debo

estar disponible para ti –dijo ella con la voz temblorosa.

Se sintió satisfecha al ver la irritación reflejada en los ojos de Jordan, pero aquella sensación de triunfo no duró mucho.

–Sí. Eso es exactamente lo que quiero decir –afirmó él con frialdad.

Jordan se apartó de ella, pulsó el botón del último piso y comenzaron a subir.

–Después de cenar iremos a un cóctel. Es una ocasión importante ya que muchos de nuestros asociados estarán allí y será una buena oportunidad para estrechar nuestros lazos con ellos.

Charlotte pensó que debería haberse imaginado que él había estado hablando en el sentido estrictamente profesional. ¡Qué tonta! Por un segundo había pensado que estaba celoso y enfadado porque la deseaba.

–Te recogeré a las siete y media.

La fría mirada de sus ojos y el recordatorio del poder que tenía sobre ella la enfureció profundamente, pero se mantuvo erguida, decidida a no perder su dignidad.

–De acuerdo. Estaré preparada.

Capítulo 10

CHARLOTTE estaba sentada frente al vestidor dando los últimos retoques a su maquillaje. Pensó que estaba un poco pálida y se puso un carmín un poco más alegre. Pero ya hacía algunos días que no se sentía demasiado bien.

Hacía siete semanas que Jordan había asumido el control de la empresa; habían sido siete semanas de trabajo duro en la oficina y de numerosos compromisos de relaciones públicas por las noches, diseñados para potenciar el perfil de la empresa.

Charlotte tenía que admitir que había disfrutado con los retos y había disfrutado estando junto a Jordan. Aunque por supuesto, aquello nunca se lo confesaría a él.

La primera noche que lo acompañó a cenar y a un cóctel, Charlotte se había sentido incómodamente insegura acerca de lo que esperaba de ella. La discusión que habían tenido previamente aquel día había flotado bajo la superficie de la conversación, pero a medida que avanzó la noche, Charlotte se había olvidado de ella. Y Jordan se había comportado como un perfecto caballero, quizá demasiado, porque cuando la llevó a casa, le dio un breve beso y después se marchó, dejándola con deseos de más.

Aquella primera salida había sentado el precedente. Cada vez que habían salido desde entonces, había sido agradable, pero él no había hecho ningún intento en acercarse sexualmente a ella.

Por supuesto, habían tenido que hacer viajes de negocios, y en aquel momento, él tenía mucho trabajo. Pero incluso mientras se decía aquellas cosas, Charlotte sabía que eran excusas. Si Jordan hubiese querido quedarse en su casa, cuando la llevaba de vuelta, para hacerle el amor, podía haberlo hecho. Sabía de sobra el efecto que tenía sobre ella y sabía que ella se entregaría a él.

De todos modos, Charlotte debería alegrarse de que se estuviese alejando; era insensible y calculador. Ella estaba mejor sin él.

Pero aquellas palabras resonaron huecas en su interior.

El problema era que, por mucho que se dijese aquellas cosas, todo parecía convertirse en papel mojado en cuanto lo veía. Aún lo deseaba y aún lo amaba. Había algo en Jordan que le incendiaba la sangre y la excitaba de una manera que nunca antes había experimentado.

Aquella noche la iba a llevar a una fiesta promocional para celebrar la terminación de un complejo de apartamentos. Prometía ser un encuentro importante ya que se celebraría en uno de los clubes más de moda en Londres, y muchas personas de los medios de comunicación estarían allí. Quizá cuando terminase la noche,

Jordan se sentiría más relajado y cuando la llevase a casa, se insinuaría.

Aunque también podía insinuarse ella.

Charlotte se miró en el espejo; invitar a Jordan a que le hiciese el amor sería caer demasiado bajo y no sabía si su orgullo se lo permitiría. Incluso aunque lo amase tanto que resultaba doloroso.

Si Jordan no hubiese conseguido el control de la empresa mediante el chantaje y si pudiese olvidarse de la clase de hombre que era…

Era tan maravilloso en otros aspectos, encantador, divertido, sexy…

Pero lo cierto era que ella conocía la verdad, así que era cuestión de aceptarlo tal como era o sacárselo de la cabeza para siempre.

En aquel momento sonó el timbre y ella consultó su reloj. Sería Jordan; siempre era puntual. Charlotte inspiró profundamente y salió a abrirle la puerta.

–Hola.

Jordan le sonrió cuando la vio y su mirada se deslizó con aprobación sobre su cuerpo, enfundado en un vestido de seda azul, provocando que la admiración y el deseo se entrelazasen en su interior.

–Estás preciosa.

–Gracias.

Charlotte le devolvió la sonrisa, al tiempo que lo observaba; también tenía muy buen aspecto. Llevaba un elegante traje de color azul oscuro, una camisa de un azul un poco más claro y la corbata a juego. Aquellos colores parecían resaltar la oscuridad de su pelo; casi parecía mediterráneo.

Olvidarse de Jordan Lynch no le iba a resultar sencillo, pensó ella tristemente. De hecho, creía que nunca conseguiría sacárselo del todo de la cabeza.

–¿Te apetece tomar algo antes de marcharnos? –le preguntó ella con educación.

–No. Será mejor que nos marchemos –dijo él, consultando su reloj.

–Claro.

Charlotte recogió su chal y su bolso y lo siguió hasta la calle.

–Así que todo está preparado para esta noche –dijo ella alegremente mientras él abría el coche y ella se montaba–. ¿Irán todas las personas a las que esperamos?

–Creo que sí. Hemos tenido una buena respuesta de nuestros patrocinadores y deberíamos aparecer en algunas de las mejores revistas de propiedad –le dijo Jordan mientras se incorporaba al

tráfico–. Pero la verdadera prueba será mañana, cuando los pisos piloto abran al público. Esta noche se trata más bien de ofrecer un perfil alto y entretener a los implicados en el negocio.

–Sí. Todo el mundo está emocionado de que sea en el The Tank.

–Es un club bastante bueno. ¿Tú has estado allí? –le preguntó, apartando momentáneamente la atención de la carretera.

–No. Tengo que admitir que hace mucho tiempo que no voy a un club –dijo ella sonriendo.

Charlotte miró por la ventanilla y admiró el soleado atardecer.

–Supongo que me estoy haciendo mayor y aburrida. Pero si te soy sincera, sería igualmente feliz yendo a algún café de las afueras en una tarde como esta, que en un club –le dijo y se encogió de hombros–. Es triste, ¿verdad?

Jordan la miró y se rio.

–La verdad es que no. Yo he estado pensando lo mismo hace un rato. Y si esta noche no fuese para el trabajo, te secuestraría inmediatamente.

A Charlotte le gustó aquello.

–Quizá podamos hacerlo en otro momento –le sugirió.

–¿Pasado mañana?

Jordan la miró y al ver que ella no contestaba, sonrió.

–El domingo. Es el bautizo de tu sobrina, ¿no te habrás olvidado?

–No, claro que no.

Charlotte movió la cabeza. No se había olvidado del bautizo, pero había pensado que quizá la invitase a salir al día siguiente. Para entonces, todo lo relacionado con el trabajo estaría terminado, al menos por el momento, y sería sábado por la noche. A Charlotte le habría gustado salir con él un sábado por la noche porque sí, sin más excusas; ni trabajo, ni familia. Ellos dos solos.

–Creo que han hecho una reserva en una posada muy pintoresca, para la fiesta de después.

–Sí –dijo Charlotte y lo miró a la cara–. Parece que has estado hablando con Steve últimamente.

–El domingo pasado jugamos al golf.

Charlotte se miró las manos y se preguntó si siempre estaría él tan presente en su familia. De repente, se imaginó a sí misma llegando a casa de Jennifer y encontrando a Jordan allí con una novia. La idea le resultó tan horrible que sintió como si la hubiese sacudido y la apartó rápidamente de su cabeza.

–Steve me ha contado que a tu padre le va muy bien en Francia y que su salud ha mejorado considerablemente –le dijo Jordan mientras aparcaba el coche junto a la sidrería en la que habían quedado con algunos compañeros de la oficina, antes de ir a la

fiesta.

–Sí. No le va del todo mal –dijo Charlotte y sonrió–. Odia tener que admitirlo, pero la verdad es que creo que está disfrutando de su jubilación.

Por un instante, hubo cierto calor entre ellos y Charlotte sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Después, Jordan se volvió hacia la puerta.

–Será mejor que entremos; no debemos hacerles esperar.

Aunque Charlotte estuvo de acuerdo y también se giró hacia su puerta, no pudo evitar desear no tener que estar allí, con más gente. Quería estar a solas con Jordan. De repente se dio cuenta de que le daba igual si estaba jugando con fuego o no.

Dentro de la sidrería había una alegre multitud y al principio, Charlotte no vio a nadie conocido. Pero enseguida vio a unos cuantos, detrás de una columna.

–Venid para acá –los llamó Frank–. Llegáis tarde. Estábamos a punto de marcharnos al club sin vosotros.

–Ni siquiera estará abierto aún –dijo Charlotte sonriendo.

La fiesta comienza a las diez y media –dijo Jordan, detrás de ella–. ¿Alguien quiere tomar algo?

Mientras Jordan se dirigía a la barra a pedir, Charlotte charló con Donna, la esposa de Frank.

–No puedo creer que vayamos a ir a The Tank para la fiesta –le dijo Donna entusiasmada–. Hace tiempo que tengo ganas de ir, pero es muy difícil entrar. Por lo visto la decoración es fantástica: bajas en ascensor hasta el sótano y las paredes que te rodean están llenas de peces tropicales.

–Tengo ganas de echarle un vistazo a la decoración –se rio Charlotte.

–Por el amor de Dios, Charlie, te ordeno que desconectes del trabajo. Y nada de medir las ventanas –dijo Frank y se rio–. Ya hemos tenido bastante en la oficina.

Jordan volvió con las bebidas y Charlotte alargó la mano hacia su copa de vino blanco. Cuando se la llevó a la boca, el olor a alcohol le revolvió el estómago y no pudo bebérselo.

–¿Estás bien? –le preguntó Jordan.

Ella asintió sonriendo y se alegró de que la conversación continuase a su alrededor, porque no quería causar problemas. Pero en realidad no se sentía nada bien. Estaba un poco mareada y la sensación de náusea no la abandonó.

Charlotte miró a Donna y vio que también estaba bebiendo vino blanco.

–¿Tu vino está bien, Donna? –le preguntó en voz baja.

–Sí. ¿Por qué?

–El mío parece un poco fuerte.

Charlotte miró a Donna mientras esta olía y probaba su vino.

–Está bien –afirmó ella y miró a Charlotte con preocupación–. No tienes buen aspecto.

–Estaré bien enseguida.

De todos modos, durante el resto del tiempo que pasaron en el bar, Charlotte se sentó muy quieta, esperando que aquella sensación se le pasase en vez de empeorar. Y no pudo siquiera tocar la copa de vino.

Frank se terminó su cerveza de un trago.

–Date prisa, Charlotte. Deberíamos salir hacia el club dentro unos minutos. Jordan quiere que estemos allí antes de que lleguen los fotógrafos.

–Yo estoy lista –dijo Charlotte, apartando su copa aún más.

–¿Seguro que estás bien? –le preguntó Jordan cuando salieron al exterior–. Parecías estar muy pálida ahí dentro.

–He trasnochado demasiado últimamente –dijo ella sonriendo.

–La verdad es que ha sido un poco una locura. O has estado trabajando hasta tarde o has salido conmigo.

–Al menos ya es fin de semana y mañana podremos relajarnos.

–Yo tendré que ir a la inauguración de los apartamentos por la mañana –le dijo él–. Pero tú deberías descansar.

Solo tuvieron que dar la vuelta a la manzana para llegar al club y hacía una noche estupenda. Todo el mundo reía y hacía bromas y Charlotte se unió a los demás, intentando no pensar en el hecho de que aquella mañana también había sentido náuseas y que el día anterior el olor del café le había disgustado.

No era nada, se dijo ella alegremente. Probablemente estuviese realmente exhausta del trabajo.

Un rato más tarde estaban entre una multitud de gente en un club que parecía un acuario: tiburones y peces tropicales nadaban alrededor de las paredes de cristal, iluminados por una luz de neón.

Mientras Jordan hablaba con los medios de comunicación, Charlotte se disculpó y se marchó al cuarto de baño a retocarse el maquillaje.

Cuando entró y se vio reflejada en el espejo, se sorprendió un poco. Su piel tenía un color cetrino y sus ojos parecían demasiado grandes para su cara.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó Donna, poniéndose a su lado.

Inmediatamente, Charlotte se ocupó en buscar la barra de carmín dentro de su bolso.

–Sí. Estoy bien. La verdad es que parece una tontería, pero solo ha sido el olor del vino –le dijo Charlotte.

Se pintó los labios y se dio un poco de colorete en las mejillas, decidida a no dejarse llevar por la sensación interna de debilidad.

–Eso me recuerda a cuando estuve embarazada de Josh –le dijo Donna mientras se aplicaba un poco de rímel–. Pero a mí me pasaba con el té, era horroroso. Estuve enferma durante semanas.

Charlotte se alegró de haberse dejado el pelo suelto aquella noche; al menos le ocultaba la cara ligeramente. Se lo ahuecó, en un intento por aparentar estar concentrada en su apariencia en vez de estar dándole vueltas a la posibilidad de estar embarazada.

De repente se dio cuenta de que había tenido un retraso, pero aquello podía deberse al estrés y la preocupación por lo de su padre… ¿o no? Charlotte sintió una repentina punzada de pánico.

Afortunadamente, Donna era muy habladora y continuó hablando, ajena al hecho de que Charlotte apenas la escuchaba.

No estaba embarazada, se repitió Charlotte con firmeza. Como mucho llevaba dos semanas de retraso, ¿o era más? ¿Cuándo fue la última vez…?

Charlotte se dio cuenta de que Donna había dicho algo que requería una respuesta, así que procuró recuperar la compostura.

–Creo que solo se trata de un resfriado, aunque es un mal momento para no estar del todo bien –le dijo a Donna, sonriendo–. ¡Con todos esos fotógrafos intentando hacernos fotos para la publicidad!

Salieron del cuarto de baño y se quedaron un rato junto a la barra, y mientras se tomaba una botella de agua mineral, Charlotte comenzó a sentirse un poco mejor. Se repitió de nuevo y con renovada firmeza que no estaba embarazada.

–¿Quién es esa mujer? –le preguntó a Frank, señalando a una atractiva morena que hablaba con Jordan.

–Es Benita –dijo Laura, la secretaria de Jordan–. Ya sabes, la modelo.

–¿La ex novia de Jordan? –preguntó Charlotte.

Al mirarla, vio que efectivamente era Benita. Estaba imponente con aquel vestido blanco que se ajustaba sobre su estilizado cuerpo y brillaba bajo las luces de neón.

–No creo que le guste pensar en sí misma como ex –dijo Laura, riéndose–. Lo llama continuamente.

Charlotte se sorprendió al oír aquello.

–¿Siguen siendo buenos amigos?

–Sí. Muy buenos. Pero ya conoces a Jordan; es un auténtico encantador –dijo Laura y sonrió–. Benita aceptó venir aquí esta noche para posar para unas fotos de promoción, y por lo visto, mañana hará lo mismo en los apartamentos. Si me preguntas a mí, quizá haya una reconciliación en camino.

Charlotte bebió su agua mineral e intentó decirse a sí misma que le daba igual, pero mentía, porque cuando se dio la vuelta y los vio posando juntos para un fotógrafo, sintió una punzada de celos como nunca en su vida.

El volumen de la música subió aún más y Laura y su marido se marcharon a la pista de baile.

–Es un sitio estupendo, ¿verdad? –le dijo Frank–. Los tanques de cristal alrededor de las paredes deben de haber costado una fortuna.

–Sí. Estoy segura.

Pero Charlotte apenas lo escuchaba. Miró a Benita otra vez; estaba rodeada de una multitud, pero no pudo ver a Jordan.

–Hola, Charlie.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro y al darse la vuelta para ver quién era, se sorprendió al ver a David.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella.

–Me imaginé que todos los del mundillo estarían aquí esta noche –le dijo él sonriendo–. Con toda la publicidad que le habéis dado a esta fiesta, no me la quería perder –añadió al tiempo que recorría su cuerpo con la mirada–. Estás estupenda, por cierto.

–Gracias –dijo Charlotte, sintiéndose ligeramente avergonzada por el cumplido.

–Al no tener noticias tuyas, supuse que no estabas interesada en mi oferta –le dijo David suavemente.

–Estoy bien donde estoy.

–Pues es una pena –comentó David aparentemente decepcionado–. Pero ya sabes dónde estoy si cambias de opinión.

–Sí…

–Será mejor que regrese; he venido con una cita –dijo David mirando hacia una de las mesas–. Aunque no creo que dure mucho tiempo. No es mi tipo.

–¿Nadie que yo conozca? –le preguntó Charlotte sonriendo irónicamente.

–No… nadie que tú conozcas –repitió él y sonrió con tristeza–. Ya nos veremos, Charlie –añadió y le dio un beso en la mejilla.

–Sí.

Cuando Charlotte se volvió de nuevo hacia la barra, se encontró a Jordan junto a ella. Él le sonrió, aunque Charlotte pudo captar un ligero brillo de ironía en sus ojos.

–Al menos él ha conseguido subirte los colores un poco.

–Solo estaba siendo amable. De hecho, ha venido con una cita.

–Sí, la vi hace un rato. Una guapa morena.

–Y tú tienes buen gusto para las morenas, ¿verdad? –dijo Charlotte sin poder evitarlo.

–La verdad es que últimamente me van más las rubias.

Aquel comentario y su forma de mirarla, hicieron que Charlotte se acalorase.

Realmente era un charlatán, pensó ella irónicamente. Debería tener más sentido común y no dejarse engañar. Pero en cuanto él colocó una mano en su espalda, el tacto de su piel contra la de ella hizo aflorar su deseo por él.

–Vamos a que nos hagan unas fotos juntos.

–¿Es que Benita ha tenido que marcharse a otra fiesta? –le preguntó ella, con la respiración ligeramente entrecortada.

–Creo que sí –contestó él sonriendo–. Pero no hay de qué preocuparse, volverá mañana para posar en los apartamentos.

–Ha sido todo un golpe maestro conseguir que tu ex conceda su tiempo.

–Puedo ser muy persuasivo cuando quiero.

–¿No me digas? –dijo ella secamente.

Charlotte se sintió aliviada cuando unos fotógrafos se unieron a ellos, zanjando aquella conversación.

Durante un rato posaron para diferentes cámaras, pero en cuanto pudo, Charlotte se escabulló, satisfecha con mirar desde el lateral.

–Está saliendo muy bien, ¿verdad? –comentó Frank alegremente, al acercarse a ella.

–Sí. Estoy segura de que Jordan estará satisfecho.

–Sobre todo porque ha venido Benita. Adonde quiera que vaya, la siguen los paparazzi. Así que saldremos en unos cuantos periódicos mañana.

–Sí. Es muy afortunado –dijo Charlotte, intentando aparentar despreocupación–. ¿Sabes dónde está ahora?

–Está inaugurando otro club. Por lo visto se ha pasado por aquí como un favor especial.

–Jordan es muy afortunado.

–Sí. Desde luego –dijo Frank–. Por lo visto la ha invitado a cenar mañana.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Charlotte frunciendo el ceño.

–Yo estaba a su lado cuando le recordó a Jordan la cita que tenían: a las siete en La Fortuna.

Charlotte sintió que el corazón se le hundía dolorosamente. Aquella era la razón por la que Jordan no la había invitado a salir al día siguiente. Y posiblemente, era la razón por la que había perdido el interés en hacer el amor con ella.

–Quizá Laura tenga razón y vuelvan a estar juntos. ¡Qué cosas! –dijo Charlotte, haciendo un enorme esfuerzo por parecer tranquila–. Nuestro jefe es un verdadero enigma.

–Desde luego –se rio Frank.

Charlotte siguió la mirada de Frank hacia Jordan, que en aquel momento estaba hablando con una guapa fotógrafa.

¿A quién pretendía engañar? Jordan no era un enigma: cambiaba de novia como de pantalones y nunca se había molestado en negarlo.

Aquello la golpeó con brutalidad.

–Creo que me voy a marchar a casa, Frank.

–¿De verdad? Si esperas un poco, Donna y yo podemos llevarte.

–No os viene de camino y a mí no me importa tomar un taxi –dijo Charlotte y miró hacia donde estaba Jordan–. ¿Podrías despedirte de él por mí?

–Claro.

Pensar que había llegado a plantearse la posibilidad de seducir a Jordan aquella noche… Charlotte se dijo que había perdido completamente el sentido común cuando se trataba de Jordan.

Pero en realidad siempre había sabido que una relación con él acabaría de aquella manera.

¿Y qué haría si resultaba estar embarazada?

Aquella pregunta la tomó por sorpresa y sintió que el pánico se apoderaba de ella. Intentó retomar el control de sí misma y se dijo que aún no podía estar segura; podría ser estrés. Al día siguiente iría a la farmacia a comprarse la prueba del embarazo.

Cuando el taxi se detuvo delante de su apartamento, Charlotte se apresuró a salir, y mientras sacaba las llaves del bolso, escuchó el sonido de la puerta de un coche y después unos pasos detrás de ella. Nerviosa, miró hacia atrás.

–¡Jordan! ¿Qué estás haciendo aquí?

Él la miró furioso.

–Puede que resulte anticuado, pero cuando salgo con una mujer por la noche, generalmente doy por supuesto que la llevaré de vuelta a casa.

–Estabas ocupado y no quise sacarte de la fiesta. Le pedí a Frank que te lo explicase.

–Pues Frank no me ha explicado gran cosa. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Charlotte pensó en decirle que estaba bien, pero cambió de opinión. No se encontraba nada bien.

–Sí. Me encuentro un poco mal –dijo ella nerviosa–. Pero estaré bien después de una buena noche de descanso. Siento que te hayas marchado de la fiesta por mí y gracias por tu preocupación, pero deberías volver…

–No seas ridícula. No voy a volver, no tengo ningún interés.

Jordan tomó la llave de su mano y la metió en la cerradura.

–Me quedo contigo.

–Jordan, no es una buena idea y de verdad que…

Él ignoró sus protestas y la hizo entrar en casa.

–¿Qué crees que te ocurre? –le preguntó él mientras encendía la luz.

–No… no lo sé. Simplemente que no me encuentro muy bien, eso es todo…

Aquella actitud de imposición comenzaba a ponerla nerviosa.

–Creo que si te marchas, estaré bien mañana por la mañana.

–¿Quieres que te prepare algo?

Aquella oferta le hizo sentir ganas de llorar. No quería que fuese amable con ella; aquello solo hacía más difícil el mantenerse alejada de él.

–Escucha, no hace falta que finjas ser un tipo amable conmigo. Yo conozco al verdadero Jordan.

–¿De verdad?

Él le acarició la mejilla con un dedo y la suavidad de su tacto aceleró los latidos de su corazón. Pero no podía permitirle que se volviese a acercar a ella, por mucho que lo desease. Sabía que aquello era un error y que tenía que alejarse de él.

–Jordan, esta situación está acabando conmigo, ¿es que no te das cuenta? –le dijo y su voz se quebró con un sollozo–. No puedo continuar así, fingiendo que todo va bien, teniendo que trabajar contigo todos los días, sintiendo lo que siento… ¡No puedo estar atada a ti de esta manera!

Jordan dio un paso hacia atrás y la observó en silencio por un momento. Se fijó en el cetrino color de su piel y en las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Jordan se encogió de hombros.

–Tendré que pensarlo –dijo él con calma.

–¿Estarás dispuesto a librarme de nuestro trato?

Charlotte se secó las lágrimas y sintió cómo se le aceleraba el corazón.

–He dicho que lo pensaré.

Tras aquello, Jordan se dio la vuelta y salió del apartamento, cerrando la puerta con suavidad.

Capítulo 11

MARCHARSE a casa de su hermana a la mañana siguiente le pareció una buena idea. No soportaba estar sola en su piso y no ayudaba el tener tanto tiempo para pensar.

Sin embargo, se equivocó, porque en cuanto llegó, su hermana la sometió a un interrogatorio acerca de cómo marchaba la relación entre Jordan y ella.

Y cuando por la noche devolvió dos veces, Charlotte deseó haberse quedado en casa.

Pero logró pasar el día sin tener que decirle nada a Jen.

Y el domingo por la mañana, se sorprendió a sí misma de lo bien que estaba ocultando su tristeza; ayudó a bañar a las niñas, y se rio y bromeó con Harriet.

El problema era que a medida que se acercaba la hora en que llegaría Jordan, se encontró a sí misma deseando haberse sincerado con su hermana. Necesitaba hablar con alguien; se sentía confusa y triste… y más asustada de lo que había estado en su vida.

Cuando terminó de maquillarse, dio un paso hacia atrás y se miró de cuerpo entero en el espejo. Se había recogido el pelo en un moño, dejando que algunos bucles le cayesen por los lados de la cara.

De repente se dio cuenta de que había perdido peso; el vestido rosa que hacía solo unas semanas le había sentado tan bien, en aquel momento le colgaba sin gracia. Probablemente era debido a la cantidad de veces que había devuelto durante los últimos días. Pero teniendo en cuenta lo desdichada que se sentía, pensó que tenía bastante buen aspecto. Hasta le brillaba la piel.

Escuchó el sonido de un coche aparcando y se acercó a la ventana. Al ver que era Jordan, su corazón comenzó a latir con rapidez. Lo miró mientras se bajaba del coche y salía a la luz del sol. Estaba muy atractivo con aquel traje oscuro, camisa azul y corbata a juego, y su corazón pareció retorcerse más que nunca.

Una parte de ella quería bajar corriendo por las escaleras y echarse a sus brazos, pero evidentemente nunca lo haría. Se miró por última vez en el espejo y decidió que actuaría como si no tuviese una sola preocupación en el mundo, como si las cosas entre ellos marchasen bien; por un lado estaba su orgullo y por otro, no podía permitir que nada estropease el bautizo.

Charlotte inspiró profundamente y bajó a abrirle la puerta.

Pero Harriet se le había adelantado y estaba en la entrada, bailando alrededor de Jordan.

–Ha llegado el tío Jordan –anunció la niña y pasó al lado de

Charlotte dando saltos.

Jordan sonrió divertido, pero se dio cuenta de que su expresión se enfrió cuando la miró a ella.

–Steve te dijo que vine anoche, ¿verdad? –le preguntó.

Le había pedido a su cuñado que lo telefonease aquella mañana a primera hora, por si a él se le ocurría pasar a buscarla de camino allí.

–Sí. Recibí tu mensaje –dijo él.

–Bien. No estaba segura de si habías pensado en pasar a buscarme y no quería que hicieses un viaje en balde.

Charlotte se preguntó si parecía tan nerviosa como se sentía.

Jordan no contestó, pero sus ojos repararon en su aspecto.

–Tienes buen aspecto –murmuró él después de entrar en la casa.

–Gracias –dijo ella y se obligó a sonreír.

Se hizo un incómodo momento de silencio entre ellos y Charlotte se sintió aliviada cuando Steve salió del salón para saludar a Jordan.

Después de aquello, todo pareció suceder al mismo tiempo; su padre y Ruth llegaron en un taxi y Jennifer bajó por las escaleras con el bebé en brazos.

A Charlotte le alegró ver que su padre tenía muy buen aspecto y Ruth también parecía más relajada que nunca. Además, estaba muy guapa con aquel vestido de color limón y pamela.

Era una alegre reunión familiar, y si las cosas entre Jordan y ella hubiesen sido diferentes, habría sido sencillamente perfecta.

Cuando llegó la hora de salir hacia la iglesia, Steve le pidió a Jordan que llevase a Simon y a Ruth en su coche, junto con Charlotte, y ella se sintió aliviada de no tener que quedarse a solas con él.

Una vez en la iglesia, todos se reunieron alrededor de la pila bautismal y Charlotte sujetó a su sobrina en brazos mientras Jordan y ella prometían solemnemente cuidar de la niña.

Durante el bautizo, los ojos de Charlotte se encontraron con los de Jordan y ambos sonrieron.

¡Ojalá fuesen distintas las cosas entre ellos!, pensó ella con tristeza y sintió que una ola de emoción se formaba en su interior.

Fue un servicio corto tras el cual salieron de la iglesia para hacerse unas fotos. Después, Steve anunció que se verían en el hotel.

–Tu padre y Ruth vienen con nosotros, Charlie.

Charlotte sintió un inmediato estallido de consternación. No quería quedarse a solas con Jordan, al menos no por el momento;

no se sentía lo suficientemente fuerte emocionalmente.

Pero no podía protestar porque habría resultado extraño, así que se calló y se obligó a aceptar aquel arreglo.

De todos modos estaba siendo un poco ridícula, se dijo a sí misma. El hotel estaba cerca y tenía que ser capaz de pasar quince minutos a solas con él.

Aquellas palabras la tranquilizaron hasta que estuvo sentada en el coche junto a él; en cuanto lo miró, no estuvo segura de ser capaz de pasar siquiera cinco minutos a su lado. Había demasiadas emociones corriendo por su cuerpo.

¿Qué diría él si de repente le soltaba la verdad? Se lo imaginó mentalmente, su voz era clara y tranquila: «estoy embarazada, Jordan. Ayer me hice la prueba y dio positivo».

Charlotte lo miró de reojo y pensó que parecía serio y abstraído.

¿Cómo iba a decirle aquello? Sabía de sobra que él no quería relaciones serias en su vida; tener un hijo no podía ser más serio.

Charlotte apartó la mirada. El problema era que ella realmente deseaba tener aquel bebé. En unas pocas semanas cumpliría treinta y tres años, se hacía mayor y siempre había deseado tener familia. La pregunta era si podría arreglárselas ella sola…

Y si Jordan no la liberaba del trato, a medida que pasasen los meses se daría cuenta de que estaba embarazada.

–Estás muy callada –dijo Jordan, sobresaltándola.

–¿Si? –dijo ella y le dedicó una débil sonrisa–. Lo siento, tenía la cabeza en otra parte. ¿Qué tal fue la inauguración de los apartamentos? –le preguntó ella, decidiendo que como aún tenían que acudir a una fiesta, los temas más profundos podían esperar.

–Muy bien, de hecho algunos ya tienen comprador.

–Eso es bueno.

–Sí. Estoy bastante satisfecho. Podemos continuar con la segunda fase del desarrollo sin problemas.

Aquellas palabras la hicieron sentirse intranquila.

–Jordan, hablaba en serio cuando te pedí que dieras por terminado el trato –le dijo ella en voz baja, pero con una mirada de sincera súplica–. Sé que teníamos un acuerdo y lo siento.

–Sentirlo no lo rompe, Charlotte –contestó él con frialdad, mientras entraba en la calle donde estaba el hotel–. Me diste tu palabra.

–Lo sé, pero en realidad no me necesitas; podrías arreglártelas perfectamente sin mí. Hay muchos y muy buenos diseñadores.

–Quizá, pero no es el momento adecuado para cambiar al jefe del departamento –dijo Jordan y aparcó delante de la entrada–. Quizá podamos hablar dentro de seis meses.

–¡Seis meses! –exclamó Charlotte mientras se bajaba del coche y

lo miró con frustración–. Por favor, Jordan. Piénsalo.

–Hablaremos más tarde –dijo él con fría indiferencia–. Tengo una fiesta de bautizo a la que asistir y no quiero quedarme aquí, discutiendo acerca de algo que ya está hablado. Creía que eras una mujer de palabra.

–¡Y lo soy!

–No me engañas, Charlotte.

Aquello la destrozó, pero al fin y al cabo, se lo había prometido. El problema era que las cosas habían cambiado. ¿Cómo iba a continuar trabajando para él?

–Supongo que esto tiene algo que ver con el trabajo que te ofreció David, ¿verdad? –murmuró él mientras cruzaban el vestíbulo del hotel.

–¡No! No tiene nada que ver.

Jordan la miró incrédulo.

–No soy idiota, Charlotte. Pero debo decir que después de cómo se portó contigo, pensaba que tendrías más sentido común que eso –dijo él–. El caso es que teníamos un trato, Charlie, y no estoy de humor para hacer concesiones.

Charlotte le habría contestado, pero en aquel momento cruzaron por la puerta que daba al salón donde estaban todos los demás.

La fiesta había comenzado y, nada más entrar, un camarero les ofreció una copa de cava. Después, se abrieron camino hasta donde estaban Ruth y su padre, de pie junto a la mesa del bufé.

Simon sonrió ampliamente al verlos.

–Cuéntame cómo van las cosas en la empresa, Jordan –le preguntó–. Aún no hemos tenido tiempo para hablar sobre ellos.

–Todo marcha perfectamente –contestó Jordan–. Ayer inauguramos los apartamentos Richmond.

–Tendré que ir a verlos. Estaremos aquí unos días, así que había pensado en pasarme por la oficina para saludar a todo el mundo.

–Estoy seguro de que les encantará.

A pesar de la alegre conversación a su alrededor, los ojos de Jordan se oscurecieron y se tornaron serios cuando se encontraron con los de Charlotte, unos minutos más tarde.

–Me pregunto cómo se sentirá tu padre cuando se entere de que quieres dejar la empresa –le preguntó él.

–Lo entenderá –murmuró furiosa Charlotte–. Y no intentes aparentar que te importa lo que mi padre pueda sentir.

Charlotte se alejó de él y comenzó a hablar con la madre de Steve, y durante la siguiente hora, procuró evitarlo.

–¿Va todo bien entre Jordan y tú? –le preguntó Jennifer.

Charlotte asintió y cambió de tema.

–El bautizo ha sido muy bonito… se me hizo un nudo en la

garganta.

–Sí. Todo el mundo me lo ha dicho –dijo Jennifer, mirando orgullosamente a su bebé–. Pero bueno, ¿qué es lo que ocurre entre vosotros?

Aquel rápido cambio tomó a Charlotte por sorpresa.

–No nos llevamos demasiado bien –admitió ella.

Jennifer se rio.

–Cada vez que os miráis, saltan chispas. Supongo que eso es la pasión.

–Eso es choque de personalidades.

–Puedo oír campanas de boda –se rio su hermana–. La iglesia donde hemos estado sería perfecta.

En aquel momento, se les unió su padre.

–¿De qué os reís? –les preguntó, pasando un brazo por encima de cada una.

–Jennifer está haciendo de celestina otra vez y no se le da muy bien –murmuró Charlotte.

–¿Cómo van las cosas entre Jordan y tú? –le preguntó su padre inmediatamente.

–La empresa marcha bien. Como ya sabes, es un hombre muy competente…

–Por una vez, no estaba hablando de negocios –le interrumpió su padre y le guiñó un ojo–. Es un buen hombre, Charlie. Siempre he querido que encontrases a alguien como él.

A Charlotte le sorprendió aquella afirmación, pero Jennifer sonrió, antes de volver con los invitados.

–¿Entonces te gusta Jordan? –le preguntó Charlotte a su padre.

–Claro que me gusta; siempre me ha gustado.

–Pero… ¿y la forma en que te ha tratado?

–¿Qué forma?

–Pues que te obligó a venderle prácticamente toda tu parte cuando tú no querías. Sé que necesitabas jubilarte, pero él fue despiadado contigo.

–¿Jordan, despiadado? –dijo su padre moviendo la cabeza–. Jordan no me obligó a hacer nada. Yo decidí que necesitaba venderlas. Para serte sincero, me sentía muy enfermo y no quería continuar discutiendo con Ruth, así que no dudé en aceptar su oferta cuando dijo que me las compraría. Y fue una oferta muy buena, te lo aseguro.

–Ya veo.

Charlotte se sintió abatida al escuchar aquello. Miró a Jordan, que estaba charlando con Ruth en aquel momento. Recordó las acusaciones que había lanzado sobre él y sintió una enorme ola de remordimiento.

–Algún día te daré mis acciones, Charlotte –añadió su padre con suavidad–. Lo que siento es no haberme quedado con más para ti, pero han sido tiempos un poco difíciles.

–¡Papá! Eso es lo último que deseo –dijo Charlotte, mirándolo de nuevo–. Yo me alegro de que seas feliz y de que estés disfrutando de tu jubilación.

Simon le dio unas palmaditas en la espalda y se alejó.

Ella volvió a mirar a Jordan, pensando que tendría que disculparse con él, y cuanto antes mejor.

Los invitados comenzaban a marcharse y vio que Jordan consultaba su reloj. Tendría que disculparse en aquel momento, así que inspiró profundamente y se acercó a él.

–Jordan, yo…

–Me marcho a Londres, Charlie –le dijo él y la miró a los ojos–. ¿Quieres venir conmigo para que podamos hablar?

–Yo…

Jordan se pasó la mano por el pelo.

–Escucha, puedes marcharte de la empresa si quieres. Tienes razón, encontraré a algún diseñador con talento para que dirija el departamento. Si quieres ese trabajo con David, acéptalo.

–¡Ah! –exclamó ella y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas–. Gracias… yo…

–Solucionado. Quizá sea mejor que no vuelvas conmigo a Londres. Hablaremos mañana en la oficina.

Mientras él se alejaba, Charlotte sintió que el corazón le latía con fuerza. Se apresuró a seguirlo y prácticamente corrió por los pasillos hasta el vestíbulo; salió por la puerta y un grupo de hombres de negocios le interrumpió el paso, obligándola a caminar más despacio. Le asustaba que él se hubiese marchado cuando consiguiese llegar hasta el aparcamiento.

Pero cuando salió al exterior, lo vio caminando hacia su coche.

–Jordan, espérame –gritó ella y corrió hacia él.

Él se detuvo y se volvió para mirarla con sorpresa.

–¿Qué ocurre?

–De todo. Jordan, siento todo lo que dije acerca de ti cuando te acusé de chantajear a mi padre; fue algo terrible y estaba completamente equivocada.

–¿Te lo ha contado? –le preguntó él con calma.

Ella asintió.

–Lo siento de verdad. Pero estaba tan convencida porque…

–Porque yo te hice chantaje para que te quedases en la empresa –terminó él la frase por ella–. Lo sé, y lo siento. Tenías razón en algunas de las cosas que me dijiste. Sé que no fue una forma muy honrada de comportarme… pero no quería perderte.

Charlotte sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¡Ojalá lo dijese en el sentido que ella quería!

Charlotte dio un paso hacia él.

–Y siento todo lo que te dije hace un rato. Te agradezco la forma en que te has comportado con mi padre.

–No digas eso, Charlie –dijo él, endureciendo ligeramente el tono de voz–. No quiero tu gratitud, nunca la he querido.

Ella se mordió el labio.

–Será mejor que me marche.

Jordan se dio la vuelta para abrir la puerta de su coche.

–¿Vuelves a Londres y a Benita? –preguntó ella con suavidad.

–A Londres sí, pero no con Benita –dijo él y se volvió para mirarla–. ¿Por qué preguntas eso?

–Oí que anoche saliste a cenar con ella en La Fortuna.

–¿Quién te dijo eso?

–¿Acaso importa?

–Pues claro que importa, porque no es cierto. No cené con Benita. Me encontré con ella y su prometido en ese restaurante para darles mi opinión como arquitecto. Están pensando en comprarlo y querían saber si podrían ampliarlo.

–¿Benita se va a casar?

Jordan asintió.

–¿Estás disgustado por ello?

–No, claro que no –dijo él sonriendo–. ¿Por qué iba a estarlo?

Claro que no. A Jordan no se le rompía el corazón, simplemente pasaba a su siguiente conquista.

–Pensé que quizá aún sentías algo por ella –le dijo, encogiéndose de hombros.

–No estarás celosa, ¿verdad? –le preguntó él y dio un paso hacia ella.

–¡No! Claro que no –mintió ella.

–Entonces no era esa la razón por la que me dijiste el viernes por la noche que querías dejar la empresa.

Charlotte negó con la cabeza.

–¿De verdad? –le preguntó al tiempo que le levantaba la cara hacia él–. Pero es que realmente creía que nos llevábamos bien últimamente… y el trabajo marchaba con suavidad.

–Sí… nos llevábamos bien y… pero es que yo…

–¿Echas de menos a David? –terminó él por ella.

–No exactamente.

Los ojos de Charlotte se llenaron de lágrimas y parpadeó furiosa para apartarlas al tiempo que maldecía a sus hormonas. Últimamente, lloraba por cualquier cosa, y ella no estaba acostumbrada a sentirse de aquella manera.

En aquel momento, los padres de Steve salieron del hotel y se despidieron de ellos con las manos. Jordan se despidió de ellos a su vez y después abrió la puerta del coche.

–Entra –dijo él–. Vamos a mi casa. Tenemos que hablar, Charlie y necesitamos estar a solas.

Comenzaron el viaje en silencio. Charlotte intentó recuperar la compostura. Pasase lo que pasase, no podía perder la calma y soltarle la verdad. Si se enteraba de que estaba embarazada, todo cambiaría. Quizá se sintiese moralmente obligado a ayudarla económicamente, pero ella no quería a alguien en su vida que se sintiese obligado hacia ella… alguien que no la amase.

Así que se mantendría firme acerca de su decisión de marcharse de la empresa.

–Tengo un comprador para mi casa en Francia –dijo él de repente–. La puse en venta mientras estábamos allí. Por eso fui a Saint Tropez.

De repente, Charlotte recordó que había sido allí donde habían perdido a su hija y recordó el dolor en sus ojos cada vez que hablaba de ella.

Y aquello le daba otra dolorosa dimensión al hecho de que ella estaba embarazada de él.

–¿Por qué has decidido venderla?

–Decidí que había llegado el momento de continuar hacia delante. Desde que me divorcié de Nadine, no he querido nada serio en mi vida; he pasado de una aventura a otra, anteponiendo el trabajo a las relaciones y no es forma de vivir –le explicó.

–¿Qué te ha hecho llegar a esa conclusión? –le preguntó Charlotte, procurando mantener el tono despreocupado.

–Creía que lo que más quería era el control de la empresa, pero es un logro vacío, y me he dado cuenta de que el éxito y los negocios no significan tanto para mí después de todo. Verás, me he enamorado, Charlotte –le confesó él con la voz ronca.

–¿De quién? –le preguntó ella–. Creía que habías dicho que no te importaba que Benita se casase.

–Y no me importa –dijo él y detuvo el coche delante de su apartamento–. No estoy enamorado de Benita –le dijo, mirándola fijamente.

–¿Me vas a decir quién es la afortunada? –preguntó ella en un susurro.

–Creía que resultaba evidente –dijo él y fijó la mirada en sus labios–. Estoy enamorado de ti, Charlotte. Lo he estado desde el día que te vi por primera vez, pero era demasiado estúpido para darme cuenta.

Charlotte tardó unos instantes en asimilar aquello, de hecho, se

preguntó si lo había oído bien.

–Escucha, sé que estás enamorada de David. Supongo que lo he sabido desde el principio, y no debería haberte obligado a quedarte en la empresa… –dijo él y se encogió de hombros–. Fue un intento desesperado para no perderte; pensé que si estábamos juntos todos los días, acabarías por olvidarlo…

–Pero si ya lo he hecho –dijo ella suavemente–. Me olvidé de él, el día que me invitaste a cenar… la noche que nos acostamos juntos.

–Pero yo creía que David era la razón por la que te marchabas de la empresa.

Charlotte movió la cabeza.

–Nunca amé realmente a David. No de la manera apasionada y profunda en que te amo a ti.

Aquellas palabras se quedaron unos instantes en el aire y de repente, Jordan la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

Después, sus labios encontraron los de ella y la besó con tanta pasión que la hizo sentirse viva y llena de alegría y felicidad.

–No hago más que pensar que todo esto es un sueño –dijo ella cuando Jordan la soltó–. Pensaba que ya no creías en el amor y que la única persona a la que habías amado había sido a tu ex esposa. Y si no hubiese sido por la muerte de tu hija… supongo que ahora estarías con ella…

–La muerte de Natasha hizo mella en nuestro matrimonio, y al poco tiempo descubrí que Nadine se veía con otro hombre. Yo pensé que la aventura era el resultado de su tristeza; se culpaba continuamente de ello porque Natasha no llevaba puesto el cinturón de seguridad –dijo él, interrumpiéndose bruscamente–. El caso es que yo intenté luchar contra aquella tristeza, pero resultó que Nadine se veía con aquel hombre desde antes del accidente, así que supongo que el divorcio habría sido inevitable.

–Lo siento, Jordan –dijo ella con lágrimas en los ojos.

–Pero no llores; es cosa del pasado, y nosotros tenemos todo el futuro por delante –dijo él mientras le secaba las lágrimas.

–Dime otra vez que me amas.

–Te amo tanto que me duele –dijo ella casi sin respiración.

–¿Y no sientes nada en absoluto por David?

Ella negó con la cabeza.

–Nada.

–Y pensar que he estado intentando mantener las distancias contigo, para darte una oportunidad de superarlo. Ha sido un calvario salir contigo por las noches y después, dejarte en casa y no poder tocarte. Te he deseado tanto que casi me vuelvo loco por la frustración.

–Yo también te deseaba con locura –admitió ella.

Jordan se agachó y la besó; durante un largo rato no hablaron, se deleitaron en sus besos y abrazos.

–Hemos perdido mucho tiempo, ¿verdad? –dijo él cuando se soltaron el uno del otro.

Charlotte lo miró a los ojos y sonrió.

–¿Por qué no entramos dentro y recuperamos el tiempo perdido? –preguntó él con la voz ronca.

Ella sintió que el deseo comenzaba a crecer en su interior. ¡Lo deseaba tanto! Pero tenía que decirle que estaba embarazada antes de ir más lejos.

Charlotte dudó, intentando encontrar las palabras adecuadas, sintiéndose repentinamente avergonzada.

Pero antes de que pudiese decir algo, Jordan abrió la puerta y se bajó del coche, y a Charlotte no le quedó otra que seguirlo. Se lo diría en cuanto entrasen en la casa; pero en cuanto estuvieron dentro del ascensor, Jordan comenzó a besarla con tanta fuerza y hambrienta pasión que ella no pudo hacer otra cosa que besarlo.

Cuando se abrieron las puertas, él la llevó por el pasillo hasta la puerta de su apartamento con una impaciencia que los hizo reír a los dos.

–¿Dónde estaba? –preguntó él en cuanto entraron y cerró la puerta–. Creo que era por aquí, ¿verdad? –dijo él y comenzó a besarle el cuello–. ¿O era aquí? –murmuró y le besó las mejillas, los párpados y los labios.

Instintivamente, Charlotte pasó los brazos por su cuello y se estrechó contra él; adoraba sentir la presión de su cuerpo. Después, él la tomó en brazos y la llevó hasta la habitación.

–Jordan, tengo que decirte algo –dijo ella nerviosa, cuando él la dejó sobre la cama.

–Yo también tengo que decirte algo –murmuró él mientras le acariciaba el cuerpo con las manos.

Ella las recibió gustosa y deseó sentirlas de una manera más íntima.

Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo, y entonces sintió el roce de las manos de Jordan sobre su espalda, mientras le bajaba la cremallera del vestido.

Charlotte tembló cuando él comenzó a besarla el cuello.

–Esto es muy importante –susurró Charlotte, aunque una parte de ella quería olvidarse de todo y continuar con la seducción y las sensaciones del amor.

Pero tenía que decirle la verdad, y no podía esperar.

–Jordan –dijo ella y se echó hacia atrás–. Jordan, voy a tener tu bebé.

Charlotte soltó aquellas palabras antes de que perdiese el valor. Sintió que él se paralizaba.

–Estoy embarazada –susurró ella, mirándolo a los ojos con aprensión.

Decir que parecía estar en estado de shock era poco.

–Para mí también fue un shock –murmuró ella insegura–. Es la razón por la que te pedí que me liberases del trato. Estaba tan asustada que no quería que te sintieses atrapado u obligado de ninguna manera. Y ahora tampoco lo quiero… Jordan, di algo, por favor –susurró ella–. Debería habértelo dicho en el coche, ¿verdad?

–Me lo deberías haber dicho inmediatamente –dijo él.

–Yo no lo supe hasta ayer. Pero estoy muy contenta… –dijo ella y se le llenaron los ojos de lágrimas–. Quiero tener tu bebé, Jordan.

–Charlotte.

Jordan la abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar.

–¿Esto cambia lo que sientes por mí? –preguntó ella con la voz temblorosa.

–¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? –le preguntó él.

Ella lo miró a los ojos y vio que estaban cargados de emoción.

–Te amo, Charlotte, y tener un bebé juntos será la alegría más grande de mi vida.

De repente, comenzaron a besarse de nuevo, abrazándose como si nunca se fuesen a soltar.

Charlotte sintió tanto alivio y el corazón tan lleno de alegría que pensaba que iba a explotar.

–Te amo tanto –susurró ella–. Más de lo que puedo expresar. ¿Me harás el amor?

Jordan le acarició la cara con un dedo.

–Con una condición.

Ella se apartó ligeramente y lo miró aturdida.

–Dime que te casarás conmigo –le dijo en voz baja–. Dime que te casarás conmigo en cuanto podamos organizarlo todo.

Charlotte tragó saliva al sentir un nudo en la garganta.

–¿Me lo estás pidiendo porque estoy embarazada?

–Te lo estoy pidiendo porque te amo, Charlotte. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Ella se secó las lágrimas de la cara.

–En ese caso, me casaré contigo, Jordan. Sí, quiero.

Jordan la arrastró hacia debajo de manera que los dos estuvieron echados en la cama.

–¿Por dónde íbamos? –murmuró él de manera juguetona mientras comenzaba a besarla.